LYDIA GARÉS

MENTIRAS IMPERFECTAS



MENTIRAS IMPERFECTAS

LYDIA GARÉS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Mentiras Imperfectas
© Lydia Garés, 2025
Diseño de la cubierta: © Roma García, 2025
Corrección ortotipográfica y de estilo: © Vanesa Paredes, 2025
Maquetación: © Lydia Garés, 2025
Todos los derechos reservados.
Primera edición: febrero de 2025
Sello: Independently published
Registrado en Safe Creative: 2501280749101

A todos los que luchan contra sus demonios interiores; el camino es duro, pero batalla a batalla, se gana la guerra.

A mi abuelo Vicente, que me cuida desde el cielo junto a todos los demás.

Los límites entre el bien y el mal son más finos de lo que creemos, y dentro de cada hombre se libra una batalla constante.

Crimen y castigo,
FIÓDOR DOSTOYEVSKI

El tiempo no es una cuerda que se puede retener; pasa como el agua entre los dedos.

LUCRECIO

Las preguntas más simples pueden abrir las puertas más complejas.

AGATHA CHRISTIE

NOTA PREVIA

Estimado lector:

Gracias por tu interés en mi nueva novela. Antes de que te sumerjas en sus páginas, quiero comentarte algo importante: este libro es la segunda parte de una bilogía. Si aún no has leído *Círculos perfectos*, puede que algunos detalles se te escapen.

Para ayudarte y ponerte en contexto, en la siguiente página encontrarás un glosario de personajes y referencias al primer libro en ciertos capítulos, pero la mejor experiencia será leer *Círculos perfectos* primero. Así, todo encajará mejor y tú también podrás cerrar el círculo :).

PERSONAJES

Ester Espejo: inspectora de homicidios.
Tomás Aguado: subinspector de homicidios.
Javier Fernández: agente del cuerpo de informática.
Mónica Viedma: agente de la científica.
Joaquín Carrillo: comisario.
Lucía Molina: agente.
Fátima Ortiz: agente.
Marta: novia de Iván.
Iván: novio de Marta.
Fernando: padre de Iván.
Juanjo: amigo de Marta.
Noelia: amiga Marta.
Gloria: hermana de Marta.

1

TIC, TAC

Comienza la cuenta atrás.

Sótano

13 de junio de 2016. 20:00 horas.

Quedan veintiséis horas.

Sabe que, colgando bocabajo, se tardan aproximadamente veintiocho horas en morir. Hay diversos factores que pueden alterar este dato, como el estado del cuerpo o la edad. Sin embargo, observa a su presa con la sonrisa del que se sabe ganador. Faltan unas veintiséis horas para que su corazón y sus pulmones colapsen.

Mira el reloj, pero la tranquilidad que otras veces le acompaña no termina de hacer acto de presencia. Siente el cosquilleo de la impaciencia revoloteando en

el estómago. Tic, tac. Nunca le había excitado tanto una cuenta atrás. Si sus cálculos no fallan, ya deben haber recibido el *pen drive* con el vídeo. Se ha salido del patrón. Lo sabe. Es arriesgado, pero la ocasión lo merece. Todo esto traspasará fronteras. Sonríe de nuevo, saboreando su victoria un poco más a cada minuto que pasa.

Camina hacia el extremo opuesto de la estrecha habitación y se apoya en la pared, consultando un teléfono elegido para la ocasión. El aire es denso, cargado de humedad, como si el miedo hubiera impregnado las paredes. Un leve rayo de sol anaranjado se cuela por la minúscula ventana, reflejándose en el pelo de su presa.

Recuerdos de mar y playa irrumpen en su mente. Los veranos en Almería siempre parecían perfectos: el olor a sal mezclada con arena, las risas despreocupadas, la gente... Ellos también parecían felices. Él sabía fingir como nadie. La confianza de ella era tan ciega que nunca sospechó nada. Qué ingenua.

Sonríe, permitiéndose un momento de placer mientras se acerca para rozar su pelo con suavidad. «Aunque estaría tan bien arrancárselo…». Podría experimentar.

Un quejido sordo evita que siga formándose ideas de cómo podría quitarle el cuero cabelludo y lo que disfrutaría con ello.

—Hasta con la boca tapada logras molestarme. No sirve de nada que hagas ruido. Nadie va a oírte. —Su tono de voz es tranquilo y suave, frío.

El escalofrío que recorre la espalda de su víctima es tan brutal, que se mece suavemente colgando de los ganchos.

2

SIN MARGEN PARA ERRORES

Las prisas nunca fueron buenas consejeras.

Jefatura

13 de junio de 2016. 22:00 horas.

Quedan veinticuatro horas.

El grito de Marta les hiela la sangre a Tomás, Ester y Javier, que miran anonadados la pantalla del ordenador que tienen delante.

—Mierda, mierda, mierda. —La inspectora se lleva las manos a la cabeza, incrédula. —No podemos permitir que le pase nada a esa chica, si es que no le ha hecho algo ya. ¿Javier, hay algo que indique la procedencia del vídeo? —pregunta Tomás Aguado, imprimiendo urgencia en cada palabra.

—Nada. Me lo ha dado Lucía Molina, que estaba controlando los accesos en la entrada. Dice que se lo entregó un mensajero joven, de unos veinte años, que juraba no saber de dónde venía. Le ha insistido, pero no ha soltado más. Por ahí no sacaremos nada.

Ester permanece inmóvil en medio del despacho, la mirada fija en la pantalla. El cuerpo de Marta cuelga bocabajo, congelado en un instante que parece eterno. Aunque a simple vista la inspectora parece bloqueada, su mente va a mil por hora mientras sus compañeros siguen hablando, ahora apenas un ruido de fondo. La prioridad es clara: encontrar a Marta con vida. Ester inspira hondo, se yergue y empieza a dar órdenes:

—Aguado, prioriza la búsqueda de propiedades a nombre de Iván, Fernando o de Andrés. También cualquier sitio que hayan podido alquilar o usar últimamente. Había una patrulla en el domicilio de Iván, ¿no?

—Han vuelto hace apenas cinco minutos —se lamenta Javier.

—Pues necesito que vuelvan. Que revisen el garaje, el trastero y el piso entero. Luego ya me apañaré con el juez y con el comisario Carrillo. Javier, intenta llamar a Juanjo también. Sé que se ha ido hace pocas horas por

todo lo de Rachel, pero a ver si sigue cerca y sabe algo de Marta o Iván, algo que se nos haya podido escapar. Llama también a Noelia, y luego ayuda a Aguado con el catastro.

La firmeza de su voz impulsa a los agentes, que salen del despacho sin perder ni un segundo.

Ester, en cambio, siente los nervios a flor de piel. Se masajea las sienes en un gesto automático, intentando calmarse. Granada no está acostumbrada a crímenes tan brutales, y este caso podría convertirse en un nuevo escándalo mediático, como el ocurrido hace apenas unos días con Rachel: la joven neoyorquina que había llegado a la ciudad para finalizar sus estudios y

que fue hallada muerta en circunstancias que han dejado una huella imborrable.

La inspectora recuerda los detalles, demasiado recientes: su conexión con Iván y Fernando, el descubrimiento de la doble identidad de este último como Andrés, y su confesión en comisaría hace unas horas justo antes de que todo explotara. Lo que comenzó como un caso aislado, pronto ha desvelado algo mucho más oscuro: Iván, la mente maestra detrás de todo, y supuesto amigo de Rachel. Fernando, el verdadero padre de Iván, vecino de la neoyorkina. Tres personas y una conexión: Soledad, la hermana que Rachel había ido a buscar y que resultó ser hija de Fernando, fruto de una violación a su madre. Por desgracia, otra de las víctimas del dúo padre-hijo. Con el asesinato de Rachel quisieron trazar un círculo perfecto.

Y ahora Marta, novia de Iván y amiga de Rachel, no solo ha sufrido la pérdida de alguien cercano, sino que también está atrapada en la misma red que ha acabado con la vida de su amiga.

La prensa no tardará en cebarse, siempre buscando el morbo. El eco de los posibles titulares comienza a resonar en su mente. Sensacionalistas, portadas amarillistas. “La inspectora Espejo, una incompetente. Una joven muerta, y otra desaparecida.” “Granada ya no es segura”. El estómago le vuelve a dar un vuelco, esta vez con más fuerza, al imaginarse el miedo que debe estar sintiendo Marta. «Tengo que parar esto antes de que sea demasiado tarde», piensa mientras se dirige a la entrada en busca de Lucía Molina.

—¿Recuerdas cómo era el chaval? ¿Iba solo o había alguien cerca? —pregunta Ester directamente.

Lucía asiente con seriedad.

—Estaba solo. Era alto, delgado y llevaba un tatuaje llamativo en la parte trasera del cuello. Ah, y los pantalones caídos, enseñando medio culo. ¡Qué moda, de verdad!

Pese a la situación, Ester no puede evitar una media sonrisa. Lucía tiende a irse por las ramas, algo que muchas veces desquicia a otros, pero a la inspectora siempre le resulta simpático.

—Vale, voy a pedirle a Ortiz que te sustituya y sales a buscarlo. Yo revisaré nuestras cámaras exteriores.

Ester se marcha sin esperar respuesta. Lucía, acostumbrada a ese ritmo, simplemente aguarda a que Ortiz llegue para salir en busca del mensajero.

Tras avisar a Fátima, la agente que sustituirá a Lucía, Ester cruza la calle hacia el negocio de Natalia Burgués, una vieja amiga. La tienda de fotos de Natalia lleva más de quince años en esa esquina, un lugar que Ester visita siempre que puede para charlar y llevarle un café con un cruasán de *La Casita del Pan*, su pastelería favorita. Natalia, a cambio, la sorprende con rollos de canela caseros cada vez que se acerca a comisaría. La inspectora nunca le hace ascos a ningún dulce, pero desde luego, todo lo que tenga sabor a canela la conquista.

La relación entre ambas se remonta a cuando Ester se hizo la foto para renovar su DNI. Desde entonces, han compartido confidencias y risas. Por eso, la inspectora sabe que Natalia no pondrá objeciones a prestar las grabaciones de su cámara de seguridad, una sencilla *webcam* que ha ido actualizando con los años.

Ester ve a su amiga en la puerta de su negocio, despidiéndose de una mujer con la que habla, mientras termina de bajar la única persiana que le quedaba subida en sus escaparates.

—¡Ester! ¿Qué te trae por aquí? —saluda Natalia con su habitual entusiasmo al verla acercarse.

—Trabajo, y del serio. Necesito ver lo que ha grabado tu cámara hoy. —Su expresión es grave—. Siento mucho entretenerte antes de irte. Dime que tienes un momento para darme las

imágenes.

Natalia sabe que su amiga jamás le pediría algo así si no fuese importante.

—Por supuesto que sí, ¡no te preocupes! Ahora mismo las descargo. Todavía tenía que cerrar la caja, que esa clienta que has visto ha venido diez minutos antes de cerrar. ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? —La curiosidad puede con ella.

Abre la puerta de la tienda y hace un gesto a la inspectora para que pase dentro.

—Estamos al límite. Un chaval nos ha entregado un vídeo hoy y necesitamos encontrar un hilo del que tirar. Tengo la esperanza de que tu cámara haya recogido algo. —El rostro de la inspectora habla por sí solo.

Natalia no necesita más explicaciones. Se dirige al ordenador para extraer las grabaciones mientras Ester espera con impaciencia, cruzando los brazos y tamborileando con los dedos. A veces tiene ese defecto: la prisa la posee. Cuando se trata de algo urgente, lo necesita todo *a la voz de ya.*

—Muchas gracias, preciosa. Te debo un desayuno. —Ester abraza a su amiga cuando esta le da un *pen drive* con las imágenes.

—Ya sabes que *pa* lo que necesites, aquí me tienes. Que sea leve, primor. Estoy segura de que irá bien. Mucha suerte.

La sonrisa que Natalia le dedica la reconforta momentáneamente. Ester le vuelve a dar las gracias mientras sale del negocio. El último resquicio de luz que quedaba se ha marchado para dar paso a una noche de cielos despejados que, contra todo pronóstico, ha rebajado el calor de forma considerable. Junio es su mes favorito en cuanto a temperatura nocturna se refiere. Se puede salir a pasear a gusto sin pasar frío ni morirte de calor como en agosto.

Cruza rápidamente la plaza en dirección a Jefatura. Otra punzada en el estómago. Esta vez más fuerte, casi eléctrica. «Definitivamente, necesito dormir más y reducir el estrés». Pero un pensamiento fugaz le cruza la mente, algo que no quiere pensar, algo que la hace sentirse vulnerable: «¿Y si...?». La sensación le sube por la espalda, dejándole un nudo en la garganta.

Ahora solo queda esperar que alguna imagen sirva para dar con el chico... o con algo que les acerque a Marta.

3

CORRUPCIÓN

Los monstruos no siempre lo parecen.

Verano de 1999.

La mezcla de olores a las afueras de la estación de autobuses le resulta curiosa. Mucho perfume, pero también tabaco, gasolina, humo de coches y algo agrio que no logra identificar, pero que le provoca un gesto instantáneo de repulsión. Apestoso.

Camina de la mano de su padre cuando, apoyado en una de las paredes de mármol del edificio que acaban de dejar atrás, ve a un hombre sentado en unos cartones. De ahí viene el olor que no ha logrado identificar, pero que ahora que están más cerca, se intensifica. Aún no conoce la palabra para describirlo, pero sí sabe que le da asco y le incomoda.

El hombre, al percibir la mirada de la niña, que tendrá unos tres años, sonríe y se agarra el pene en un gesto lascivo que ella todavía no entiende y sus padres no ven. Acto seguido se lo saca y ella no puede dejar de observar, extrañada, eso tan pequeño que sale del centro del pantalón del hombre, pero que crece por momentos.

El paseo continúa con los padres sumidos en una conversación que ella oye sin prestar atención. Algo le parece mal, pero no sabe qué. Es una sensación confusa que se le queda atrapada en el pecho, mientras avanza con el paso mecanizado, los ojos fijos en ese hombre que no deja de mirarla.

4

VERDADES SILENCIADAS

El eco de un secreto.

Jefatura

13 de junio de 2016. 22:20 horas.

Quedan veintitrés horas y cuarenta minutos.

Hace quince minutos que Lucía Molina ha salido de comisaría para intentar encontrar al chico del *pen drive*. Ester ya tiene listas las grabaciones de Natalia y las de comisaría que apuntan al exterior, así que no pierde el tiempo y se dirige presta hacia su despacho para visualizarlas. Mientras tanto, el comisario Carrillo sigue con la revisión del catastro para ver qué propiedades están a nombre de Fernando e Iván, con el apoyo de Aguado y Fernández.

Entra en su despacho sintiendo un gran peso sobre sus hombros. La habitación la recibe sombría, iluminada por un halógeno envejecido que emite una luz débil y apagada. O quizá es a ella a quien se le están agotando las fuerzas. Llevan unos días muy intensos y abrumadores, sin apenas dormir ni comer; y ahora se les presenta otra posible víctima.

Ester había sido creyente hasta la muerte de su hijo. Criada en una familia religiosa, su fe se basaba en la idea de que el Señor proveía si uno pedía. En su vida de adulta ella seguía creyendo en que algo había ahí arriba: energía, Dios, Universo… que cada uno lo llamase como quisiera. Sin embargo, perder a su hijo siendo tan pequeño, verlo sufrir, sobre todo en su último mes de vida, le había cambiado totalmente la percepción. Ya solo creía en sí misma y en la posibilidad de que, con los actos adecuados, uno podía lograr un mundo mejor. Al final, los milagros parecían no existir.

Sin embargo, se descubre a sí misma pidiendo encontrar a Marta con vida, estuviera donde estuviese.

El ordenador carga las imágenes de jefatura mientras la inspectora consulta su reloj, recordando que Javier le entregó el sobre sobre las ocho menos

veinte o menos cuarto. Retrocede media hora, hasta las siete de la tarde y le da al *play*.

Tras un rato reproduciendo a cámara rápida, comprueba que el chico aparece solo en pantalla a las ocho y cuarenta y dos minutos. Accedió por la entrada principal desde la propia Plaza de los Campos. Quizá tendrían más suerte con las grabaciones de Natalia y se viera al joven pasar por su puerta y hablar con alguien.

Ester se frota la frente con movimientos circulares, intentando aliviar el dolor punzante que le atraviesa la cabeza. Cierra los ojos unos minutos, inclinándose hacia atrás en su silla,

luchando contra las descargas eléctricas que se suceden en su mente a la velocidad de la luz, provocándole un pequeño mareo. Sabe que eso es debido al estrés. Tras las muchas horas en intensos interrogatorios y análisis de pruebas, ahora enfrentan una carrera contrarreloj para encontrar a Marta con vida.

Son casi las diez y media de la noche. Se recompone y coge su libreta para anotar lo más inmediato que tiene que atender. Con este nivel de cansancio, su mente requiere ver las cosas por escrito para procesarlas con mayor claridad.

En orden de prioridades, tienen que avisar a los padres de Marta sobre lo sucedido con su hija. Ester ha querido dejar un poco de margen hasta ver si lograban encontrar algún hilo del que tirar, pero sabe que la llamada es inevitable, y que tendrá que hacerla en breve. Por desgracia, nadie espera que una llamada a más de las diez de la noche sea portadora de buenas noticias. Lo segundo más relevante es revisar la cámara de Natalia. Además, no puede olvidar que mañana tiene que comparecer junto a Fernando, que ya pasará a disposición judicial.

La inspectora se levanta lentamente, con el cuerpo extenuado por las horas de trabajo, como si cada paso fuera más difícil que el anterior, y deja su libreta encima de la mesa. Dirige sus pasos hacia el aseo, buscando el alivio de un poco de agua fría, mientras su mente se apresura a procesar las últimas noticias. Al abrir la puerta se topa con Fernández, que se dirigía a verla.

—No he podido contactar ni con Juanjo ni con Noelia. Tampoco hemos encontrado nada útil en el catastro. En Madrid tienen dos pisos, alquilados, sin trastero, solo con garaje. En Granada tienen tres pisos en propiedad: el de la madre de Fernando, que está alquilado y no tiene anejos que se hayan podido usar; el de Iván, que, como sabéis, sí tiene garaje y trastero; ahora mismo está vacío, aunque lo están empezando a registrar en busca de huellas y pistas, y el de Vicente, el anciano dueño del piso donde se cometió el asesinato de Rachel. Además, tienen otro en Almería, en primera línea de playa. —Las ojeras, más grandes que de costumbre, parecen opacar el marrón vivaracho de los ojos de Javier.

—Espera, ¿no era Marta de Almería? —Ester recuerda haber escuchado algo de la ciudad en alguno de los interrogatorios, pero no acaba de ubicar el pensamiento ni la información. Necesita dormir.

La inspectora se gira sin dar oportunidad a que Javier responda y va directa a la pizarra, por si hay algo anotado. Los nombres de las víctimas de Fernando e Iván parecen observarla, haciendo que la inspectora sienta un cosquilleo incómodo en la nuca. «Se hará justicia. Lo prometo». Es un pensamiento breve pero intenso.

Fernández, que la ha seguido, ve la libreta que siempre lleva la inspectora encima de la mesa, la coge y se la ofrece.

—Gracias, Javier. Perdóname, no sé si antes ibas a decir algo más, pero me he venido para acá y a lo mejor te he dejado con la palabra en la boca.

—Estamos todos al límite. Por desgracia, vengo a darte una mala noticia. La hermana de Marta, Gloria, no aparece. Debería haber avisado a sus padres al llegar a Granada esta tarde, pero no lo ha hecho. El matrimonio está de camino porque ni Gloria, ni Marta, ni Iván responden el teléfono. La única que les ha contestado ha sido Noelia, hace un par de horas, pero ella les ha confirmado que no sabe nada. Ha sido entonces cuando han llamado preocupados a la centralita. Al no haber podido contactar con ninguna de sus dos hijas, la desesperación de ambos se ha disparado y temen algo malo. Allí han visto la relación de Marta con el caso de Rachel y les han aconsejado venir a comisaría. Tienen que estar al llegar.

Ester se queda paralizada, con los ojos abiertos de par en par. El cansancio acumulado

desaparece de un plumazo, reemplazado por la urgencia de la noticia.

5

SIN LÍMITES

Todo tiene un precio, incluso el alma.

Invierno del 2000.

Su cuerpo se curva rápidamente, presa de una convulsión repentina. El espasmo tan brusco la ha despertado, y su corazón late con fuerza. Intenta respirar despacio para calmarse: inhala lentamente por la nariz y exhala por la pequeña boca, formando una «o» casi perfecta. Así la enseñó a hacerlo; repite el proceso unas cuantas veces más hasta que, por fin, logra relajarse por completo.

Poco después, sintiéndose protegida por las sábanas de felpa suave y las mantas que la cubren, dirige la manita hacia su entrepierna y la masajea, primero suavemente, luego con más fuerza hasta hacerse un poco de daño. Unos minutos después, la relajación es total y vuelve a dormirse profundamente. «Madre» siempre lo hacía. A ella no le gustaba, pero aprendió a callar y no cuestionar si no quería acabar encerrada sin comer.

Después de esos encuentros, siempre conseguía lo que pedía. ¿Helado? Lo tenía. ¿Una muñeca nueva? Allí estaba.

Aprendió, como el perro de Pávlov, que, si su comportamiento era el adecuado, la respuesta siempre significaba un deseo cumplido. Cada vez que era complaciente y cedía, dejando que «madre» la tocara, obtenía lo que quería.

Con el tiempo, su cuerpo se convirtió en una gran moneda de cambio. Comprendió que, al ofrecerlo, podía conseguirlo todo.

Con él, los límites dejaron de existir.

6

SOMBRAS DE PODER

El control no es un acto, es una mentalidad.

Sótano

13 de junio de 2016. 22:30 horas.

Quedan veintitrés horas y media.

Marta no tenía idea de que el simple acto de abrir un diario la llevaría hasta este sótano. Un altar bien custodiado de alguien que ya está marcado por la oscuridad, una puerta que se abrió sin que ella pudiera anticipar lo que encontraría al otro lado. Cuando piensa en los horrores que ha leído y visto, el pecho se le paraliza y la garganta se le cierra. Pero aquí está: frente a él.

La habitación está demasiado tranquila, como si el aire mismo estuviera esperando algo. Y ahí está, su presencia, esa sonrisa que ya no busca ser sutil, ese rostro que, por fin, se atreve a mostrarse por completo. Iván no tiene máscaras que ponerse. Solo la verdad que se le escapa a través de cada mirada.

***

Iván

Observo a Marta, mi mirada fija, impasible, sabiendo perfectamente lo que haré a continuación. Todo está calculado. Ella está asustada, lo sé, pero no muestra nada que realmente valga la pena. La tensión en el aire se disipa pronto, y mi mente se deja llevar por otros recuerdos más agradables: la imagen de Rachel, su rostro distorsionado por el pánico, el dolor y el grito que rompió la quietud del cuarto, cuando se dio cuenta de que estaba colgada de los ganchos. Esa sensación de poder, de control, que me recorre cada vez que juego con mis presas. Mi cuerpo responde: se me pone dura, deseando prolongar su sufrimiento, torturarlas, pero sabiendo que debo ser paciente para un mayor impacto.

He visto muchos documentales sobre asesinos en serie. Psicópatas que no sienten nada, o eso afirman. Pero yo soy diferente. No soy tan estúpido como para ser atrapado. He aprendido. Cuando vi a mi padre con Margarita, a punto de matarla, me sentí… excitado. Ese momento selló mi destino. Entonces supe que eso era lo que quería. El control absoluto. El placer derivado del sufrimiento ajeno.

Las relaciones me aburren soberanamente. Las mujeres son tan… previsibles. Necesitan que las protejan, pero todas son controladoras. Me cansan, me agobian. No puedo soportar que me invadan con su dependencia. Al final, no son más que herramientas, medios para un mismo fin, todas encaminadas al mismo desenlace. Solo hay que saber cómo manejarlas. Sin embargo, requería a una, claro, pero no para compartir mi vida. No. Buscaba a alguien con un propósito

más alto, alguien más manejable que las demás. Entonces apareció Marta. Perfecta. Justo lo que necesitaba.

Antes de iniciar nada con ella, investigué su vida con cuidado. Descubrí todo sobre ella. Venía de una familia común, de clase media, con una hermana menor adoptada, Gloria, que, por lo que pude ver, era un estorbo constante. Y eso me decía mucho. Las personas que se sienten inferiores, como Marta, son útiles, porque todo lo que necesitan es alguien que las guíe, que las manipule. Marta sería mi coartada perfecta. La usaría como excusa para moverme por toda España sin levantar sospechas. Juntos, podríamos pasar desapercibidos mientras yo acumulaba víctimas, una tras otra.

Con los años, perfeccioné mi método y seleccionaba a las víctimas con cautela. Sin embargo, hubo algo que no pude evitar: el símbolo en la libreta de Margarita. Nadie lo vio. Nadie lo investigó. Eso me irritó profundamente y me hizo comprender lo incompetentes que son las autoridades.

Al principio, pensé que sería prudente seguir dejando marcas, algo que conectara los casos, pero pronto me di cuenta de lo inútil que resultaba. Si la policía no podía notar un detalle tan simple, ¿qué más daba dejar algún rastro más? Mi paciencia es infinita, pero también lo es mi desprecio por la incompetencia ajena.

Por eso, con Rachel decidí ir más allá y dejé el símbolo en su estómago. La letra “a” mayúscula seguida de la “l” en minúscula, en honor a mi apellido: Alarcón. Fue la primera, después de Margarita, en tenerlo tan evidente.

Cuando mi padre filtró por error las fotografías de la neoyorkina, fue cuando tomé la decisión de hacer lo mismo con la autopsia. Quería llegar más lejos, que la prensa hablara del símbolo. Aproveché su desliz para expandir mi red. Así, mis clientes aumentarían.

7

LA ESPERA

A veces, el silencio puede ser más atronador que la propia tormenta.

Jefatura

13 de junio de 2016. 22:45 horas.

Quedan veintitrés horas y quince minutos.

La sala de reuniones de la jefatura parece más pequeña esa noche. La luz de los fluorescentes parpadea de manera intermitente, como si el edificio mismo compartiera la tensión que impregna el aire. Huele a café frío y a aire viciado, algo habitual en noches como esta.

Ester siente el cansancio en cada poro de su piel, algo que se nota en los círculos oscuros bajo sus ojos. Sentada al final de la mesa, la urgencia de la situación la mantiene alerta. Tamborilea los dedos contra su libreta de notas mientras espera, junto a Javier, la llegada de los padres de Marta y Gloria. Lucía Molina no ha encontrado al mensajero y todavía tienen que ver los vídeos de la cámara de Natalia.

En esos instantes se abre la puerta, dando paso al comisario Carrillo, su corpulencia llenando el espacio. Tomás Aguado va tras él, sosteniendo una carpeta con la poca información que tienen hasta ahora. Ester nota cómo los ojos de su compañero la estudian un momento, intentando calibrar su estado emocional. Aunque la inspectora trata de mantener la compostura, sabe que Tomás, que además de amigo es un gran psicólogo, verá más allá de su fachada.

Ester observa al equipo, el cansancio marcado en sus rostros, pero ninguno de ellos dice nada. Todos lo saben: el tiempo corre en su contra. La desaparición de Marta y de su hermana Gloria, así como las circunstancias que rodean ambos casos, son demasiado graves para perder el tiempo.

—Ya están aquí —anuncia Carrillo con un tono firme mientras una agente abre la puerta para acompañar a los padres al interior.

El chirrido de las bisagras parece presagiar una conversación difícil. El matrimonio Lozano Espinar se planta frente a ellos, nerviosos, pero intentando mantener la calma. Miran especialmente a Ester, quien ha sido la cara visible de la investigación durante todo el caso de Rachel.

—Buenas noches y gracias por venir. Soy la inspectora Ester Espejo —. Les estrecha las manos y los invita a sentarse después de las oportunas presentaciones del resto del equipo.

Los ojos de la madre están enrojecidos, probablemente por haber estado llorando, pero mantiene la mirada fija en la inspectora, esperando alguna señal. Ester no sabe por dónde empezar. El peso de la noticia le oprime el pecho, como un yugo que la paraliza por un instante. Le cuesta disimular el nudo que se forma en su garganta, como si de alguna manera lo que está a punto de decir pudiese hundirla a ella también. Recordar el sufrimiento de los padres de Rachel

la atormenta en silencio, como un eco lejano que la zarandea y la empuja hacia atrás en el tiempo, a un momento que no quiere revivir.

Mientras titubea, sus ojos se fijan involuntariamente en el señor Lozano Espinar, que se frota las manos con una insistencia casi frenética, como si intentara borrar la ansiedad de su cuerpo. Su gesto parece mecánico, ajeno a todo, como si el acto mismo de restregarse pudiera aliviar el dolor que está comenzando a quemar sus entrañas. La señora Lozano Espinar, por su parte, mantiene las manos firmemente cruzadas sobre su regazo, apretándolas con fuerza, como si no pudiera soportar que nada la tocara, ni siquiera el aire que la rodea.

—Gracias por venir tan rápido —empieza Carrillo, adoptando un tono formal y sustituyendo a Ester—. Sabemos que debe ser un momento muy difícil, pero tenemos que hablar de la situación de sus hijas.

El rostro de la señora Espinar se contrae al escuchar “sus hijas”. Mira de reojo a su marido, quien parece cada vez más incómodo. Ester toma la palabra con cuidado.

—Sentimos mucho comunicarles que Marta está en peligro. Iván la tiene retenida en est…

—¡¿Cómo?!— chillan ambos a la vez, levantándose de los asientos e interrumpiendo a Ester, que se incorpora extendiendo los brazos hacia ellos, como queriendo contenerlos a la vez que protegerlos.

La mujer se lleva las manos a la cara, ahogando un sollozo que Ester conoce demasiado bien. La misma angustia que experimentaron los padres de Rachel, la misma desesperación. La inspectora siente cómo se le cierra la garganta y tiene que hacer un esfuerzo por mantener la compostura. El recuerdo de la noticia que le dio a los padres de Rachel la persigue como una sombra.

Les ofrecen agua, que ambos aceptan agradecidos. Después de unos minutos, el matrimonio consigue sentarse de vuelta.

—¿Puedo fumar, por favor? —La voz de la mujer tiembla mientras susurra.

Está prohibido fumar, pero no van a negárselo teniendo en cuenta las circunstancias.

—Por supuesto, adelante —. Tomás, que no soporta el olor a tabaco, abre la ventana para facilitar que el humo salga y evitar que los sensores puedan saltar.

La mujer enciende un cigarrillo fino y alargado. Las manos, huesudas y pálidas, tiemblan casi más que su voz.

—Es vital que trabajemos juntos para encontrar a Marta. Además, el hecho de que Gloria no aparezca, nos lleva a pensar que haya podido correr la misma suerte que su hermana, pero tenemos que indagar. ¿Tienen motivos para pensar que se haya ido por su propio pie? —Recupera la palabra Ester, que se ha alejado ligeramente en su silla para evitar oler el tabaco. Al igual que a su compañero, no le resulta agradable.

Los padres de Marta se quedan callados unos segundos, paralizados por las palabras de la inspectora, intentando procesarlas. El padre baja la vista y su rostro se endurece, apretando los labios con fuerza, mientras su esposa da caladas rápidas al cigarro.

De repente, el señor Lozano rompe el silencio con un carraspeo, con la voz rota por la tensión:

—¿Cómo que Gloria también? ¿Cómo? Dios Santo, díganme que esto es un error, que nuestras niñas están bien. —La voz se le rompe y Ester no puede evitar que una lástima profunda se aloje en su pecho. Siempre que ve a un hombre mostrarse vulnerable se siente así.

La inspectora abre la boca, pero antes de que pueda responder, la señora Espinar levanta el rostro, con lágrimas corriendo por sus mejillas:

—No puede ser…—Sus palabras son apenas un susurro—. ¿Por qué? ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Cómo que mis niñas están en peligro? ¿Cuándo ha pasado lo de Marta? No me puedo

creer que Iván haya hecho algo así… —Su voz se quiebra y las preguntas se suceden en un torbellino, la desesperación marcando su voz. Sospechaban que algo podía estar pasando, pero tener la confirmación duele y asusta demasiado. Piensa en Iván de nuevo, incrédula. Carraspea un momento antes de continuar—: Gloria se llevó una mochila pequeña con ropa para dos días; dijo que se iba a quedar con Marta. Por supuesto que no tenemos motivos para creer que se haya ido voluntariamente. Espero que ese desgraciado no la tenga también. —De repente su tono ha adquirido una fuerza repentina, que seguramente esté lejos de sentir en realidad.

El silencio vuelve a llenar la sala por un instante, cargado de angustia.

Tomás da un paso adelante. Su presencia se impone, calmada y segura, irrumpiendo en el caos emocional. Sabe cómo manejar estas situaciones, cómo controlar las emociones de los padres, cómo ser el apoyo cuando más se necesita. Habla con una voz firme pero tranquilizadora, como si el peso de su experiencia pudiera sostener a la pareja:

—Sabemos que es una situación complicada y entendemos lo duro que es escuchar estas noticias. Estamos trabajando en ello, señores. Queremos asegurarles que vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para encontrar a sus hijas y traerlas de vuelta sanas y salvas. Cada detalle, por pequeño que parezca, puede ayudarnos. Por favor, ¿pueden pensar si en los últimos días han notado algo fuera de lo común en sus comportamientos? ¿Marta o Gloria mencionaron algo extraño? ¿Alguna persona nueva en sus vidas?

Tomás, consciente de que las pistas señalan a Iván como el responsable de la desaparición de Marta, y con serias sospechas de que Gloria podría haber caído también en sus manos, sabe que es fundamental no descartar ninguna vía de investigación. Necesitan cada dato, por mínimo que sea, para reconstruir lo ocurrido. La señora Espinar tira el cigarro al vaso con agua para apagarlo y se seca las lágrimas con las manos temblorosas, intentando recomponerse:

—No… Bueno, Marta siempre ha sido muy reservada, pero últimamente... parecía preocupada, aunque no quiso decirnos por qué. Por supuesto, lo que ha pasado con su amiga Rachel la ha marcado. Pero yo creo que había algo más. Gloria estaba igual que siempre, alegre y jovial.

Ester escribe detalles de lo que el matrimonio va contando. Recuerda a su padre y la costumbre que él también tenía de apagar el cigarro en vasos, o incluso en platos de comida al finalizar. Ver el agua amarillenta por la nicotina le produce un acceso de asco.

Aparta la mirada y observa a Tomás, notando el tono profesional, pero también la calma, que emana de él en momentos como este. El subinspector lo hace parecer sencillo, pero ella sabe que, por dentro, su compañero también carga con el peso de la situación.

A medida que los padres de Marta tratan de procesar las noticias, Ester se siente vacía. Piensa en su propio hijo, en la pérdida irreparable que ella misma sufrió. Es un pensamiento fugaz, pero doloroso. Tiene que enfocarse, no puede dejar que sus emociones interfieran. El caso de las hermanas requiere su total atención.

—Necesitamos acceder a los ordenadores de sus hijas. Pueden ser clave para entender lo que está ocurriendo. Conseguir el ordenador de Marta debería ser sencillo, ya que es probable que esté en el piso de Iván, donde ahora mismo los compañeros de la científica están realizando el registro. Sin embargo, el de Gloria es más complicado. ¿Hay algún familiar que pudiera hacer el favor de acercarlo personalmente? —dice Ester sin apartar la mirada de ambos progenitores.

Tomás observa todo con atención; de repente, algo en el ambiente parece enrarecido, como pegajoso.

—Mi hermano trabaja en turno de noche y no tenemos a nadie más allí —comenta la madre, secándose las lágrimas.

—Podemos coordinarnos con la policía de Almería para recoger el portátil —sugiere el comisario Carrillo—. ¿Podría su hermano abrirles la puerta?

La mujer mira la hora y asiente.

—Voy a llamar a mi hermano ahora mismo. —Se levanta, yéndose a un rincón con el móvil ya preparado.

—De acuerdo, yo me encargo de avisar a los compañeros de Almería —concluye Carrillo mientras se dirige presto a la salida de la sala.

El padre parece intranquilo, mirando al suelo, sin decir palabra, sus labios son una fina línea, blancos. Ester observa su postura, la tensión en sus hombros, la manera en que evita el contacto visual con ellos.

—¿Está usted bien, señor? —pregunta Tomás, con voz firme pero respetuosa—. ¿Quiere más agua?

El padre asiente rápidamente, pero Ester nota la inquietud en su rostro. Hay algo en su actitud que no cuadra. Algo que Tomás también percibe, porque su mirada se vuelve más penetrante, más crítica. La incomodidad del padre es palpable.

—¿Gloria…? —pregunta de repente Aguado, rompiendo el silencio con una voz calculadamente neutra—. Ella es adoptada, ¿verdad?

El ambiente en la sala se congela momentáneamente. El señor Lozano parece enderezarse en su asiento, demasiado rígido, mientras su esposa, al teléfono, frunce el ceño.

—¿Qué tiene eso que ver? —responde el hombre, haciendo un gesto circular con las manos, como queriendo abarcar la sala entera, sin entender la relación de ese dato con la desaparición de sus hijas.

Tomás inclina la cabeza, como si estuviera hablando con un niño asustado. O atando cabos.

—A veces las relaciones familiares pueden darnos información sobre el comportamiento actual de una persona; nada más que eso —responde.

La señora Espinar suelta un suspiro aliviado cuando consigue confirmar que su hermano está de camino a su casa, pero su marido sigue con los músculos tensos. Ester lo observa de nuevo, notando también la incomodidad que subyace en cada pequeño gesto.

—Váyanse a descansar —los insta—. Les prometo que les mantendremos informados. Estamos poniendo todo de nuestra parte para encontrar a Marta, y haremos lo mismo con Gloria.

—Muchas gracias, inspectora —coinciden ambos.

—Confiamos en usted y su equipo —añade la mujer, mirando a los tres policías que tiene delante, con un tímido gesto de validación asomando a sus labios.

Cuando la pareja sale de la sala, Ester se deja caer contra el respaldo de la silla, incapaz de contenerse más.

—¿Qué hacemos con la prensa? —susurra, más para sí misma que para los demás—. No solo es Marta… Ahora también Gloria. Si confirmamos que Iván la tiene, ¿cómo les decimos a los padres que seguramente estén a punto de morir?

Todavía no se han publicado las últimas novedades de la investigación, lo cual agradecen en silencio. Aunque no tardarán en salir a la luz, necesitan todo el margen posible para gestionar lo nuevo que se les acaba de echar encima.

Javier, que había permanecido callado, finalmente habla.

—Espero que no se nos adelanten. Es una posibilidad: ya hemos visto todas las trabas que ha habido en el caso de Rachel con las filtraciones. Espero que encontremos a Gloria en cualquier otra parte, pero no tiene pinta… Así que, si está también secuestrada por Iván, quiero creer que,

de alguna forma, nos lo hará saber, tal y como ha hecho con Marta. También quiero creer que las vamos a encontrar con vida. ¿Quieres que me encargue de la prensa?

—No, ahora mismo no. Te lo agradezco, Javier, pero necesitamos descansar, aunque sea un poco. Voy a aprovechar que Fina trabaja en el turno de noche hoy para pedirle que vaya ella a gestionar el comunicado de la comparecencia de Fernando. Quizá con ese pequeño adelanto logremos parar algo la rueda —sentencia Ester.

Tomás, que no había vuelto a abrir la boca, comenta:

—¿Qué opináis del padre?

Ester y Javier levantan la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir? —inquiere la inspectora.

—Está ocultando algo. No sé el qué, pero su lenguaje corporal estaba gritando que hay algo que no quiere que sepamos.

Carrillo, que acaba de volver y ha oído a Tomás, bufa:

—Esto es una pesadilla.

—Y empeorará si tenemos razón —responde Tomás. Su tono no es acusatorio, pero sí firme. Ester sabe que tiene algo más en mente, pero que ha decidido no compartirlo en ese momento.

Mientras se preparan para salir de la sala e irse a descansar, un agente irrumpe impidiéndoles el paso.

—Comisario, equipo: los compañeros de Almería nos acaban de informar de que ya tienen el portátil.

—Perfecto, Linares, muchas gracias. ¿Puedes decirles que por favor busquen todo lo que pueda darnos una pista acerca de Gloria? Estaría bien que pudiesen tener un informe para mañana a primera hora. —Carrillo imprime urgencia y autoridad a su voz.

Ester ya no tiene fuerzas para nada más. Se despide de su equipo y se dirige hacia el coche a paso veloz. Son las once y veinte y está deseando llegar a su casa. Ni siquiera va a cenar. Ni a ducharse. ¿Es lo más higiénico? No. Pero está tan agotada que decide que irse a la cama es la mejor idea de todas. Aunque sean cinco horas. Necesita cerrar los ojos y parar la mente.

Conduce como un autómata. No se percata de que ya está en su porche. No sabe cómo ha llegado, pero lo ha hecho. Arturo, su marido, la recibe con un abrazo cálido y reconfortante que a Ester le sabe a hogar. Él la conoce como nadie y nota que su mujer está agotada. La inspectora no sabe ir a medio gas. Para ella es o todo o nada. Cuando se le presenta cualquier caso, trabaja con pasión hasta desentrañarlo. Esto del blanco o negro tiene, como todo en la vida, sus ventajas y desventajas; pero Ester no sabe desconectar. A veces necesita medicación para dormir. Lo único bueno de su implicación en los casos es que, hasta ahora, nunca ha dejado ninguno sin resolver.

Antes de que Ester suba las escaleras para dejarse caer en la cama, Arturo le da un paquete envuelto.

—¿Esto qué es? —le pregunta.

—Ábrelo.

La inspectora sonríe como una niña pequeña ante la sorpresa. Es un libro de Dolores Redondo, una de sus autoras favoritas, y una bolsa de *Maltesers*, uno de sus snacks preferidos. Sabe que no son muy sanos, pero le chiflan.

—¡¡Ohhh, muchas gracias, mi amor!! ¿Y esto? —Ester lo abraza, feliz.

—Eso es porque te quiero y porque trabajas demasiado. A nadie le amarga un dulce y, bueno, el libro sé que no lo leerás hasta que acabes con el caso, pero así ya lo tienes. Lo he visto al salir del juzgado y no he podido evitar comprártelo.

Ester se deja abrazar por Arturo, buscando en su calor un respiro de la tormenta que está viviendo. Cada gesto suyo, aunque pequeño, la reconforta más que mil palabras.

Hay veces que Arturo y ella apenas coinciden, ya que su trabajo como abogado también le absorbe mucho tiempo. Sin embargo, los detalles por parte de ambos son algo que, desde que se conocieron, sigue avivando la llama de la relación cada día. Ester se come una bolita de chocolate, besa largamente a su marido y, ahora sí, sube al piso de arriba y se mete en la cama después de lavarse los dientes.

Puede perdonar acostarse sin ducharse, pero no sin lavarse los dientes. Está tan cansada que decide no tomar ninguna pastilla para dormir. Cuando se despierta bruscamente a las cuatro horas, se arrepiente de no haberlo hecho. Tiene el corazón acelerado y un sudor frío recorre su espalda; aunque su cuerpo está agotado, su mente se niega a descansar. Arturo, a su lado, no se ha dado cuenta del respingo que ha dado su mujer. Tener una cama de metro ochenta de ancho, ayuda.

La inspectora intenta relajarse. Son las cuatro menos diez de la madrugada, pero sigue con el pulso tan acelerado que duda que pueda volver a dormirse. Bebe un poco de agua y se vuelve a tumbar.

Los retazos de la pesadilla que la han despertado se niegan a abandonar su mente. Marta gritando. Rachel llorando, abrazándose a sí misma en un apartamento sin paredes, infinito, de color blanco nuclear que daña la vista. La figura corpulenta que la había acechado sigue ahí, vibrando en su memoria, imponente y peligrosa. Y al fondo, en la oscuridad, hay otra presencia. Dos figuras, juntas y difusas, se enfrentan; pero Ester no logra identificarlas. Una de ellas, pequeña, parece desafiar a la otra, gigante, pero la visión se distorsiona antes de que pueda comprender completamente lo que está ocurriendo.

Marta los señala y un nuevo grito suyo le hiela el corazón a la inspectora. Se incorpora de nuevo en la cama, luchando por despejar la niebla del sueño. Las imágenes siguen flotando en su mente, como ecos, entrelazadas con los gritos de Marta y Rachel, arrastradas por el peso de una sensación de amenaza inminente. No puede evitar sentirse inquieta, como si esas figuras ocultas al fondo representaran algo más, algo que aún está por desvelarse, algo vinculado con la pesadilla que no logra entender del todo.

Ester cierra los ojos, la sensación de angustia se apodera de ella nuevamente. Sabe que su mente ha tejido un caos de imágenes, pero hay algo en el sueño que no puede ignorar. Algo que la persigue más allá de la pesadilla, en cada rincón de la investigación, en cada paso que da hacia la oscuridad de lo que está por venir.

Suspira profundamente, sintiendo que el cansancio físico no ha desaparecido; la tensión también persiste. Los rostros, las sombras, siguen acechando. Y sabe que, igual que en la pesadilla, el tiempo se le escapa.

8

SORPRESA

En esta vida, nadie es invencible.

Sótano

13 de junio de 2016. 23:30 horas.

Quedan veintidós horas y media.

El aire está cargado. Pesa como una manta húmeda, con un hedor penetrante a moho y metal oxidado. De vez en cuando, una gota de agua rompe el silencio, golpeando el suelo con un sonido que se extiende por el sótano como un eco burlón. Un reloj invisible haciendo tic, tac. Las paredes, ásperas y frías al tacto, parecen cerrarse cada vez más.

Ahora que la noche ha caído, el único consuelo es la tenue luz parpadeante que cuelga del techo, proyectando sombras deformes que se retuercen como fantasmas. Tic, tac, sigue el goteo. El tiempo avanza, implacable, pero cada segundo parece un siglo. Pronto, el destino vendrá, y no habrá lugar donde esconderse.

El estómago de Marta ruge, un sonido que, en el silencio del sótano, parece un grito. Iván sonríe al escucharla. Casi siente compasión.

Un chirrido metálico rasga la quietud del momento, seguido por pasos firmes que resuenan en el eco de la habitación. Por fin han llegado.

La puerta se abre con un estruendo que nadie notará. Están demasiado alejados de otras viviendas. Dos figuras cruzan el umbral. Una de ellas, encorvada por el peso que arrastra, parece más sombra que persona.

—Hola —saluda, su voz retumbando en las paredes.

El brillo oscilante de la bombilla revela, primero, un cabello inconfundible. Marta lo reconoce. Lo reconocería en cualquier lugar. Y luego un rostro que ella conoce incluso mejor que el suyo propio. Un grito sordo surge a través de la boca tapada con cinta americana.

No se puede creer que Gloria también esté en ese sótano.

9

NIÑA BUENA

La mentira tiene muchas caras.

Verano de 2002.

El verano en Almería está llegando a su punto álgido. El calor pegajoso hace que el aire esté pesado, cargado de polvo y humedad y un zumbido constante de mosquitos que no dan tregua. La madre, con su vestido de estar por casa y las manos manchadas de repelente, mata uno tras otro usando su matamoscas con un gesto automático, casi mecánico, como si ya no le importara la batalla. Lleva un rato intentando tender una lavadora sin llevarse veinte picotazos de regalo.

Gloria, por su parte, juega fuera, descalza, correteando por el jardín con sus amigos del vecindario. Ríe, haciendo eco en el aire caliente, mientras su madre sigue con su tarea sin prestarle demasiada atención.

Dentro de la casa, Marta permanece sentada cerca de la ventana, mirando fuera con aire ausente, como si el calor le hubiera congelado el alma. Observa a su hermana, a lo lejos, sin poder dejar de sentir una extraña mezcla de envidia y resentimiento. Gloria siempre parece estar llena de energía, llena de vida, mientras que ella... se siente invisible, atrapada entre las paredes de la casa y la ausencia de su propio lugar.

La madre, al darse cuenta de que Marta no sale, se asoma a la puerta, frunciendo el ceño.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, sin mucha sorpresa. Sabe que su hija mayor está teniendo muchos problemas de celos últimamente.

Marta se encoge de hombros, con el rostro sombrío.

—Nada.

La madre suspira y, al ver que Marta está tan quieta, como si su presencia fuera un obstáculo, le hace un gesto hacia el exterior.

—¿Por qué no vas a jugar con Gloria? —dice con tono de reproche, como si esperara que las dos hermanas compartieran más momentos juntas. Sin embargo, Marta no se mueve. Intenta ser imparcial, pero a veces no puede evitar que el tono de su voz suene un poco áspero.

Gloria, al ver la oportunidad, se acerca al cristal de la ventana, pegando la cara contra el vidrio caliente, y mira a Marta con esa sonrisa provocadora que siempre le hace sentir incómoda. Sus ojos azules brillan con una intensidad fría, como si todo lo que hace estuviera calculado, estudiado.

—Vamos, Marta, ven. ¡Hace calor y tú estás aquí metida, pareces una vieja! —le grita con burla, haciéndola sentir aún más atrapada en la casa.

Pero Marta no contesta. Algo dentro de ella la mantiene en su sitio, inmóvil, sintiendo la acidez en la boca del estómago mientras ve a Gloria lanzando miradas triunfales. No es la primera vez que su hermana la ataca de esa forma.

La madre se rinde, suspira y, sin decir más, sale para seguir tendiendo la ropa y continuar con

su batalla contra los mosquitos.

Gloria, sabedora de su poder sobre Marta, entra en la casa aprovechando que su madre acaba de salir. Su respiración cálida se mezcla con el aire estancado. Sin avisar, da un pequeño empujón a la mesa, haciendo que el vaso de zumo de Marta se derrame por todo el mantel y caiga al suelo. El líquido naranja se extiende por la superficie de la mesa como un río, manchando todo a su paso.

—¡Gloria! —grita Marta, levantándose rápidamente, pero Gloria ya la ha empujado de nuevo para que se quede quieta, sin dar espacio a una respuesta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué siempre me echas la culpa de todo? —pregunta Gloria, su voz inocente y suave, como si no tuviera idea de lo que acaba de hacer.

Marta, nerviosa, comienza a balbucear.

—¡No he sido yo! ¡Lo has hecho tú! ¡Siempre eres tú! —chilla, señalando el desastre con los ojos llenos de frustración.

Gloria la mira fijamente, primero sorprendida, luego con una pequeña sonrisa en los labios. Sus ojos azules son fríos y calculadores, brillando con un destello de diversión.

—¿Ves? Siempre me culpas a mí. Siempre me haces quedar mal. No sé qué hacer para que dejes de hacerme esto, Marta. —Y con un movimiento dramático, Gloria deja caer una lágrima, falsa, pero bien calculada.

La madre, al escuchar el alboroto, aparece en el umbral de la cocina y ve la escena de sus hijas. Gloria, con la cara empañada de lágrimas, se acerca a ella mientras Marta aún trata de defenderse.

—Mamá, siempre me hace esto. Siempre me culpa... —Gloria solloza mirando a su madre con ojos suplicantes, mojados de lágrimas que caen como perlas sobre sus mejillas. Su madre, al verla tan vulnerable, no duda ni un segundo.

—¿Qué ha pasado, Gloria? —pregunta la madre con tono dulce, acariciándole el cabello.

—No sé, mamá. Yo solo he entrado... y ella... —Gloria mira a Marta, que tiene los ojos llenos de desprecio—, siempre me hace sentir como si fuera yo la culpable de todo. El zumo se le ha caído y dice que he sido yo, pero yo no he sido.

Marta, paralizada por la mentira tan descarada de Gloria, mira a su madre en busca de apoyo, pero no lo encuentra. La madre, con una mezcla de cansancio y fastidio, lanza un suspiro.

—Marta, por favor... ¿Por qué no limpias esto? —dice, señalando al vaso y al zumo mientras Gloria la observa con satisfacción.

Todo ha quedado claro. Otra vez.

Marta, tragándose las lágrimas, asiente sin decir nada, mientras su hermana la observa con una mirada fría, llena de superioridad, y una sonrisa en los labios que procura que su madre no vea.

Esta vez, no habrá castigo. Esta vez, la niña buena es Gloria. Siempre es Gloria.

10

BAJO LA SUPERFICIE

La verdad no se oculta: solo espera a ser descubierta.

Granada

12 de junio de 2016. 19:00 horas.

Veintiuna horas y media antes del secuestro.

La tarde es densa, como si el calor de Granada en este mes de junio conspirara para hacer más pesados los minutos.

Las persianas están medio bajadas y las motas de polvo flotan perezosas en los haces de luz que atraviesan el salón de Iván. Marta, sola en la casa, siente el peso de su respiración en el silencio.

Tras el hallazgo de Rachel, su mundo ha sido un torbellino de emociones: tristeza, ira, miedo… y algo más. Algo que no puede sacarse de la cabeza.

Iván.

Desde el asesinato, ha estado más extraño de lo normal. Excusas para no hacer planes, largas jornadas "en el gimnasio" y ese aire evasivo que antes podía pasar por simple despiste, pero que ahora la incomoda. Marta siempre ha sido celosa, lo reconoce, pero esta vez no es solo eso. Es una sensación en el estómago, un instinto que la empuja a actuar.

Cruza el pasillo y entra en la habitación que comparte con Iván. Todo está impecable, como siempre; su novio es un maniático de la limpieza y el orden. Abre los cajones de las mesitas de noche y de la cómoda, cuidando cada movimiento para no dejar rastros de su búsqueda. No encuentra nada útil. Entonces, sus ojos se detienen en el armario. Al abrirlo, ve su ropa colgada con precisión. Una de sus bolsas de gimnasio reposa en el suelo, junto con algo de ropa deportiva doblada al lado. Marta abre el macuto con nerviosismo, pero no halla nada fuera de lo común: camisetas, una toalla, desodorante, gel de ducha. Suspira, intentando calmar el temblor en sus manos, pero entonces algo llama su atención.

La pila de camisetas desentona con el orden del resto del armario, como si las hubiera dejado a toda prisa, sin el cuidado que caracteriza a Iván. Marta se inclina hacia adelante, aparta ligeramente la bolsa y las prendas, y entonces lo nota: la base del armario parece extraña, levemente desajustada, como si no encajara del todo. Se arrodilla, quita el macuto y la ropa, y pasa los dedos por las esquinas hasta dar con un pequeño reborde. Tira con fuerza y la madera cede con un crujido seco.

El aire parece desaparecer de la habitación.

Dentro del compartimento oculto hay una colección de zapatillas. Algunas están como nuevas, otras gastadas, pero todas tienen algo en común: son de mujer y solo hay una de cada; no

está el par completo. Marta siente que le falla el pulso al reconocer una de ellas. Es imposible equivocarse. Blanca impoluta, el logo de Adidas con el pequeño descosido que le hizo su gata Felipe… Esa zapatilla era de Rachel. La había visto cientos de veces.

Con el corazón latiendo como un tambor, retira del todo la madera. Encuentra un portátil, varios fajos de billetes y, al fondo, un cuaderno negro. Las manos le tiemblan cuando lo coge, pero no puede detenerse ahora. Ignora el portátil, porque sabe que Iván lo tendrá bien protegido. Se sienta en la cama, el cuaderno pegado al pecho y, al abrirlo, su cuerpo se enfría como si de repente estuviese en Sierra Nevada en pleno invierno.

Las palabras parecen susurrarle desde las páginas:

Es curioso cómo siempre he tenido el control sin ni siquiera esforzarme. De niño lo vi en el orfanato, donde los demás jugaban a ser el líder de un grupo y yo solo observaba. No entendía la necesidad de ser aceptados que tenían. Yo, sin pretenderlo, era un líder nato. Mis opiniones y decisiones eran las más valoradas. Yo era su líder sin necesidad de jugar a nada.

Mis ojos siempre se posaban en las debilidades, en lo que nadie veía. Los otros niños lloraban por su familia, por su ausencia. Yo... nunca necesité de esos lazos. Cuando mi padre me sacó de allí, me quiso enseñar a no depender de nadie, a tenerlo todo bajo control. Pero yo ya casi era un maestro.

Los recuerdos son difusos, pero sé que desde muy joven entendí el poder de la manipulación. Tal vez nunca se trató de buscar una motivación profunda, una razón. No, eso sería demasiado simple. Es más como una necesidad. Una compulsión por sentir que el mundo gira a mi alrededor, que todo puede ser moldeado, controlado por mis manos. El sufrimiento ajeno... Esa es mi recompensa. Siempre quise saber qué se siente al matar, al oler el último aliento de una persona, al ver cómo la vida abandona su cuerpo. Cuando por fin lo probé, ya no he podido parar. Ni quiero. Observar cómo los ojos de mis víctimas se van apagando, cómo intentan comprender lo que está sucediendo, pero es demasiado tarde, me vuelve loco. Soy yo quien marca el ritmo, quien decide cuándo se acaba. Quien tiene el control absoluto.

El cuaderno tiembla en sus manos. Marta no sabe cuánto tiempo ha pasado desde que comenzó a leer, pero sabe que ya no hay marcha atrás. Las piezas comienzan a encajar en su mente, cada mirada, cada palabra de Iván. El miedo inicial da paso a una furia helada.

Y entonces, cierra el cuaderno y se levanta. Afuera, los coches pasan ajenos a la gravedad de la situación, ignorando el descubrimiento que acaba de cambiar su mundo para siempre. Marta no sabe qué hará, pero una cosa es segura: no puede enfrentarse a esto sola.

11

MARIONETAS

El poder no está en lo que se ve, sino en lo que se hace creer.

Sótano

13 de junio de 2016. 23:45 horas.

Quedan veintidós horas y quince minutos.

Pese a ser verano, el frío húmedo del sótano se cuela en cada rincón, empapando los huesos como un veneno lento. Marta intenta mantener la compostura, pero sus manos tiemblan mientras recorre con la mirada la habitación, buscando respuestas entre las sombras. Gloria está ahí, inmóvil, tirada en el suelo, el cabello cubriendo su rostro como un velo. Un segundo más y el silencio se volvería insoportable.

Se respira una quietud inquietante, rota solo por el crujido de las cadenas que sostienen los ganchos. El sonido es sutil, pero constante, como si anunciara una tragedia que aún no termina de desplegarse. Marta no puede apartar la vista de Gloria. De repente, el cuerpo de su hermana es elevado con fuerza con una palanca y queda suspendida en el aire como una marioneta rota. Cuelga de los ganchos, la boca tapada, el cuerpo inerte salvo por el leve temblor que delata que aún respira.

El estómago de Marta se revuelve. Intenta no recordar lo que leyó en el diario de Iván: cómo las elegía, cómo disfrutaba cada instante con sus presas. Pero ahora, con Gloria frente a ella, la escena adquiere un peso insoportable. Por primera vez, Marta siente que está perdiendo la capacidad de pensar con claridad. Recuerda los momentos de su infancia, aquellos en los que Gloria la trataba con desprecio, con esa crueldad que solo alguien cercano puede mostrar.

Ella siempre había sido el centro de atención, manipulando a los demás con esa sonrisa falsa que nadie más veía, pero que Marta conocía tan bien.

Marta nunca había sido suficiente para Gloria. Su hermana la había visto siempre como una persona débil, como alguien a quien podía controlar y someter a su voluntad. Y aunque ella había tratado de ignorarlo, había pasado tanto tiempo con esa sensación de inferioridad, que era difícil despejar la niebla de resentimiento que se había formado a lo largo de los años.

«¿Es esto lo que merece?» La pregunta le arde en el pecho. «¿Lo que está pasando ahora es justicia o venganza?».

El vacío de la habitación, la distancia fría y silenciosa que ahora la separa de su hermana, hace que el conflicto en su interior se intensifique. ¿Qué sentido tiene que experimente compasión? ¿Qué razón hay para no desearle todo el mal del mundo?

Sin embargo, al verla allí, suspendida en el aire, no puede evitar notar un nudo en el

estómago, un resquicio de humanidad que le recuerda que Gloria, por mucho que le haya hecho, sigue siendo su hermana.

Un eco de pasos vuelve a llenar la habitación, y Marta gira la cabeza con brusquedad, buscando su origen.

—¿No es hermoso? —pregunta una voz familiar desde la penumbra.

Iván

La belleza del momento es innegable. El equilibrio perfecto entre el dolor y la desesperación, la prueba de que no hay mayor obra de arte que aquella esculpida en sufrimiento.

He perdido la cuenta del rato que ha estado Gloria tirada en el suelo. Es una marioneta rota. Solo hace falta un empujón para que caiga del todo, aunque ahora no sea el momento de desperdiciar energías con ella. Su respiración entrecortada me lo confirma: está al borde de la conciencia, y ese es el momento más delicioso. El instante en que todo parece estar en equilibrio, justo antes de que se rompa.

Marta está hecha un desastre, pero no es eso lo que llama mi atención. Su mirada… parece diferente. Más viva de lo que imaginé. Quizá he subestimado lo que era capaz de soportar, lo que esconde en esos ojos desesperados.

Observo todo con calma. Hay un orden en el caos que he creado, una precisión que me reconforta.

Se oyen unos cohetes lejanos, amortiguados por el doble acristalamiento. Probablemente haya fiestas en algún pueblo de alrededor. El sonido me trae un recuerdo a la mente: frío, invierno, nochevieja en Almería. Los labios de Gloria, descarados, besándome delante de Marta. El desprecio que sentí al ver la confusión en los ojos de mi novia, ese brillo de impotencia que reflejaba. No entendía nada, ¿verdad? Pero yo sí. No era más que un juego. Gloria sabía lo que hacía, y Marta, siempre tan patética, solo podía observar, inmóvil, como si su rol en la escena fuera ser la espectadora.

Recuerdo la sensación de poder que me invadió en ese momento. El control absoluto, la certeza de que todo giraba a mi alrededor. Gloria, tan dispuesta a jugar, tan segura de que podía manipular a todos, y Marta, en su rincón, tragándose cada pedazo de humillación con la cabeza baja. No sentí lástima por ella. No podía sentirla. Todo lo que vi fue una niña débil, atrapada en un destino que ella misma había permitido.

Fingí indignación, claro. Me ofendí por el gesto de Gloria, por el espectáculo que había montado, aunque en realidad me embriagaba. Marta nunca se enteró de lo que realmente pensaba. Nunca sabría que, en el fondo, el placer estaba en verla perderse, en verla humillada. La gente aún no entiende que el poder no reside en lo que se ve, sino en lo que se hace creer.

12

TENSIÓN

El reloj jamás perdona.

Granada

14 de junio de 2016. 7:30 horas.

Quedan catorce horas y media.

El reloj del dormitorio marca las siete y media cuando Ester se despereza en la cama, con la luz de la luna todavía colándose tímidamente entre las persianas. A su lado, Arturo duerme profundamente, su respiración rítmica es un remanso de calma en medio del caos que la atormenta. Ester se levanta con cuidado para no despertarlo, pero al pasar por su lado, él abre los ojos ligeramente y murmura:

—Que tengas muy buen día, mi amor.

Ester le sonríe, besándole suavemente la frente antes de salir de la habitación. Hoy Arturo no tiene que ir al juzgado hasta las nueve.

Después de asearse, baja a la cocina y prepara la cafetera. Unos minutos después, el café humea en su taza mientras hojea las notas que cogió la noche anterior de comisaría. Las imágenes del caso y los detalles que descubrieron sobre Iván y Fernando aún retumban en su cabeza. Aunque no quiera admitirlo, el peso de la investigación empieza a dejar huella.

Poco después, ya en su coche, la ciudad apenas despierta mientras la inspectora se dirige hacia los juzgados. Hoy a primera hora comparece Fernando.

Se muere de ganas de mirar las noticias, pero se ha obligado a no hacerlo.

El día ha amanecido fresco, una rareza que solo la brisa temprana del río Genil puede justificar en pleno inicio de junio. El sol, aún bajo, proyecta sombras largas y doradas sobre las fachadas encaladas del Albaicín, mientras las primeras luces se reflejan en los adoquines de las calles.

Ester abre la ventana del coche nada más salir de la autovía, dejando que el aire, cargado con el aroma a flores y pan recién horneado de los negocios cercanos, llene el habitáculo. Ese frescor momentáneo es engañoso, lo sabe; para el mediodía, la ciudad estará envuelta en un calor seco y aplastante, típico del verano granadino.

Mientras conduce, las primeras señales de vida urbana se hacen notar: un barista barre la terraza frente a su cafetería; algunos escaparates se iluminan tímidamente; el tintineo metálico de las persianas subiendo se oye en los negocios de siempre: pescaderías, panaderías, fruterías... Las montañas de Sierra Nevada, apenas visibles entre la bruma, prometen un día soleado, pero ese soplo fresco del amanecer aún le permite pensar con claridad. Un detalle insignificante, pero necesario en medio del caos.

Sus ojos recorren el camino mientras su mente trabaja en otro recorrido, uno mucho más tenso. La inspectora repasa mentalmente el plan para el día. Mientras ella va al juzgado, Tomás tiene que ver las imágenes de la cámara del negocio de su amiga Natalia, ya que, con la desaparición de Gloria y la visita del matrimonio, se habían dejado esa tarea pendiente. Quizás las grabaciones muestren algo que las primeras pesquisas han pasado por alto. Un pequeño detalle, una sombra, un rostro… cualquier pista que ayude a encontrar a Marta antes de que sea demasiado tarde.

Aunque su intuición le dice que probablemente no contengan nada revelador, cualquier pista, por pequeña que sea, puede marcar la diferencia. Además, el hecho de que Lucía no haya dado con el mensajero la inquieta más de lo que quisiera admitir. Tenía la esperanza de encontrar un hilo del que tirar por ahí.

Aparca en los juzgados de La Caleta en el espacio reservado para ellos y ve que la prensa ya está allí. Quién sabe cuánto rato llevan; nada más verla, varias cámaras y periodistas se le acercan, pero ella se apresura a entrar dentro de los juzgados. Todavía no. Necesita tiempo. Además, el café no le ha sentado bien y nota el estómago pesado.

13

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Solo Dios puede juzgar nuestros actos.

Calabozos

14 de junio. 7:35 horas.

Quedan catorce horas y media.

El ruido metálico de las llaves en la cerradura del calabozo resuena en el pasillo de jefatura. Fernando levanta la cabeza, sus ojos recorren lentamente la figura del agente que viene a buscarlo. La puerta chirría al abrirse y una voz firme lo apremia:

—Vamos, es la hora.

Fernando se incorpora con calma, manteniendo esa expresión de superioridad que lo acompaña desde su llegada. Aunque por dentro siente un alivio creciente, en el exterior luce impasible. El agente lo esposa de nuevo, asegurándose de que sus manos queden tras la espalda, y lo escolta hacia el furgón policial.

Anoche cuando declaró se reunió con la abogada de oficio que le asignaron. Le dio pena no haberse podido acercar más, necesitaba olerla.

Habían acordado que su defensa se basaría en culpar a Iván de todo. Su hijo lo había manipulado. Ahora la volvería a ver para ultimar detalles antes de comparecer.

Al salir, los *flashes* de las cámaras y el bullicio de los periodistas rompen el silencio matutino, empañando de blanco los tintes rosáceos del cielo del amanecer. La comisaría ha permitido que la prensa esté allí deliberadamente, buscando distraer la atención mediática del caso de Marta y Gloria antes de que explote. Los periodistas gritan preguntas al detenido, intentando arrancar alguna reacción:

—¿¡Fernando, es cierto que confesaste todo!? ¿Cuántas víctimas más hay?

—¡Mira aquí, Fernando! ¿Qué tienes que decir a la familia?

Fernando apenas esboza una sonrisa fugaz, como si disfrutara el protagonismo, antes de que los agentes lo empujen hacia el interior del vehículo blindado. En pocos minutos, el furgón deja atrás a los reporteros y avanza por las calles tranquilas de la ciudad. La brisa fresca del amanecer mitiga el calor prometido para este día de junio.

Al llegar al juzgado, el ambiente no es menos agitado. Una nueva ola de periodistas espera en la entrada, apuntando micrófonos y cámaras hacia la puerta del furgón. Mientras Fernando es escoltado hacia el interior, su mirada recorre el tumulto con una mezcla de desafío y satisfacción.

Camina tranquilo, con sus ojos oscuros repasando los pequeños detalles: las pisadas firmes de los policías, el eco en el suelo de baldosas, las miradas fugaces de los funcionarios. Ha confesado. Lo ha soltado todo. No por remordimiento, sino porque, por primera vez en años, puede respirar. Su hijo Iván ya no va a ser su sombra, ya no lo amenaza. Una cárcel es más

segura que cualquier refugio que hubiera encontrado en libertad.

«Que juzguen mis actos. Yo ya sé que Dios me perdonará», piensa, esbozando su media sonrisa torcida mientras es conducido hacia los calabozos del juzgado. Ahora, bajo el techo de la sala judicial, se decidirá su destino.

14

COMPARECENCIA

El engaño es un arte difícil de perfeccionar.

Juzgados de La Caleta, Granada.

14 de junio. 8:00 horas.

Quedan catorce horas.

Los agentes vuelven a por Fernando y lo conducen a una pequeña sala donde se reunirá con su abogada de nuevo antes de comparecer.

Abren la puerta y lo conducen al interior, donde la letrada lo espera de pie junto a una mesa blanca rectangular. Dos sillas gastadas se enfrentan a cada lado. Los policías lo dejan en la habitación y se retiran, cerrando tras ellos.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra? —saluda la mujer, tendiéndole la mano y manteniendo las distancias.

—Ahora que la veo a usted, de maravilla —contesta él, acomodándose en su asiento.

La abogada ignora el mensaje, se sienta, y comienza a repasar los puntos clave:

—Recuerde que, si quiere menos años, tenemos que alegar pánico a su hijo. Él lo ha manipulado todo el tiempo. Su miedo tiene que ser palpable. No puede haber lugar a dudas, ¿comprende?

Fernando asiente. La letrada continúa hablando sobre el caso, aunque él no tarda en desviar su atención. Llevan casi treinta minutos discutiendo la defensa, pero su mirada se detiene en otros detalles: el porte despampanante de la mujer, el pecho turgente que destaca en su figura alta y esbelta, y su cabello rizado y abundante, perfecto para sujetarla si fuera necesario.

Y esas piernas…

—… ¿de acuerdo?

—Sí, claro —confirma, sin haber prestado atención a nada más que a su cuerpo.

Los agentes le piden que se levante y lo llevan en dirección a la sala de vistas.

Cuando lo sacan, la abogada se relaja. No ha sido consciente de la cantidad de aire que estaba reteniendo hasta que Fernando ha salido por la puerta.

8:25 horas.

Ester avanza por los pasillos del juzgado, su silueta se define entre las luces frías y los muros grises. Se dirige con decisión hacia la sala de vistas. Algunos la saludan a su paso. La audiencia de Fernando Gallardo está a punto de comenzar.

El ambiente en la sala es opresivo. Los espacios blancos y austeros amplifican la gravedad de la situación. Fernando es escoltado por dos agentes, que lo conducen hasta la silla destinada al

acusado, frente al juez. El fiscal y los abogados quedan a los laterales.

La inspectora conoce bien a todos, especialmente al juez, Pablo Martínez, y al fiscal, José María Pimentel, que han trabajado previamente en casos suyos. Lo que más admira de ellos es su trabajo riguroso y la meticulosidad con la que analizan cada detalle del caso.

Los abogados están también preparados. Los padres de Rachel han contratado a Raúl Ruíz, uno de los mejores letrados de lo penal en Granada. Alejandra Morales, la abogada de oficio de Fernando, está empezando a ganar notoriedad en los tribunales.

Ester, sentada en un lateral de la sala, observa con atención al acusado. Conoce su expediente, su historial y sus crímenes, pero lo que ve es otra cosa: un hombre que parece más aliviado que arrepentido. El juez y el fiscal repasan las pruebas del caso de Rachel.

—Señor Gallardo —comienza el juez con tono severo—, ¿ratifica su participación en el secuestro y asesinato de Rachel Lynn?

Fernando, apenas visible bajo una luz cenital, asiente con voz ligeramente temblorosa. Ester sabe que en el fondo es un cobarde.

—Sí, señoría.

La abogada de oficio le había recomendado decir que no, que había sido manipulado. No entiende el cambio de guion.

—Señor Gallardo, usted ha admitido su implicación directa en el secuestro y asesinato de Rachel Lynn. ¿Podría detallar su rol en este crimen? —pregunta el juez. El fiscal, a su lado, se ajusta las gafas.

Fernando levanta la vista hacia ellos, respirando con más calma ahora.

—Mi rol, como lo llama, es garantizar que todo se haga… limpio —contesta, su voz repentinamente firme y orgullosa—. Elegir a las próximas presas es un placer enorme. Siempre he apoyado a mi hijo en todo, hasta el final. No hay nada más satisfactorio que ver a esas chicas temblando frente a mí, sabiendo que su destino ya está sellado.

Ester aprieta los dientes, sintiendo una mezcla de repulsión e indignación. La indiferencia y frialdad con la que Fernando está hablando ahora resulta apabullante. El fiscal se vuelve a ajustar las gafas, con sus ojos diminutos muy abiertos. La inspectora se mantiene firme, esperando que se hagan las preguntas necesarias. La abogada de la defensa no entiende por qué no está siguiendo la línea que habían acordado.

—¿Podría aclarar a qué se refiere con "limpio"? —interviene el juez, sin apartar la mirada de Gallardo.

—Ayudo a preparar los lugares y mantengo a las chicas dormidas hasta que Iván llega, asegurándome de que todo esté listo para cuando él lo necesite. En el caso de Rachel, todo fue por capricho. Su muerte tenía un propósito. Rachel… —hace una pausa, mirando brevemente hacia Ester— ...era un daño necesario para cerrar nuestro círculo.

Al pronunciar estas palabras, Fernando se excita. El placer del recuerdo invade su mente.

Ester siente una punzada de rabia, pero el juez mantiene la compostura. «Maldito hijo de la gran puta», piensa la inspectora, deseando con todas sus fuerzas que el peso de la ley caiga sobre Fernando sin ningún miramiento.

El juez frunce el ceño; su voz resuena en la sala.

—Cuando menciona a “esas chicas”, refiriéndose también a ellas como “presas”, ¿está confirmando entonces que, además del asesinato de Rachel Lynn, ha participado en otros crímenes similares? —presiona.

Fernando sonríe, apenas perceptible.

—Todo lo que he hecho está registrado, sí. Ya no tengo más que añadir.

Ester casi salta en su asiento, pero logra controlarse. El juez y el fiscal tienen acceso a los vídeos y a todas las pruebas. Su señoría carraspea antes de continuar:

—Tiene ahora la palabra el fiscal Don José María Pimentel García.

—Gracias, su señoría. Procederé a formular mis preguntas.

El fiscal no pierde tiempo. Su mirada es intensa, penetrante, como si pudiera llegar a lo más oscuro de la confesión de Fernando.

—¿Qué puede contarnos acerca de su hijo Iván? —La voz suena fría.

El interrogante queda flotando en el aire.

Fernando baja la mirada por primera vez, pero no responde. Ester nota un sudor repentino bajando por sus sienes. Sabe que, aunque está confirmando todo, el miedo a su hijo sigue anclado en lo más profundo de su ser.

—Me acojo a mi derecho a no declarar.

Alejandra agradece en silencio la pregunta. Sabe que es un caso complicado, pero quiere conseguir el mejor trato posible para su acusado, aunque vaya en contra de sus sentimientos. Si consigue sembrar la duda, si consigue que crean que hay miedo y manipulación, tendrá posibilidades. Y de ahí, a la fama y a poder dedicarse a defender casos que de verdad se alineen con su moral.

La audiencia continúa con preguntas que ratifican el papel de Fernando como facilitador de las capturas de víctimas. Ester toma la palabra ante la petición del fiscal, aportando detalles del informe policial:

—El acusado utilizaba su puesto como conserje en distintas sedes de la misma empresa para identificar y seleccionar algunas víctimas, facilitando su posterior secuestro. Sin embargo, es su hijo, Iván, quien lidera las operaciones, investigando bien a sus víctimas, asegurándose de mantener todo bajo control y fuera del alcance de las autoridades.

El juez añade con voz implacable:

—Señor Gallardo, ¿es consciente de que su confesión no lo exime de responsabilidad? Será juzgado no solo por este caso, sino por todos los crímenes que ha admitido.

El magistrado espera una respuesta, pero Fernando se queda en silencio, su mirada perdida en un punto fijo. Aunque se aferra a la idea de que la prisión lo mantendrá a salvo de Iván, las palabras del juez lo sacuden.

—Tiene ahora la palabra la abogada de la defensa, Doña Alejandra Morales Valdivia.

La abogada de Fernando mira fijamente a su defendido. Tras unos segundos de silencio, se acerca el micrófono:

—Gracias, su señoría. Dígame, señor Gallardo, ¿se siente bien cuando habla o se encuentra con su hijo?

La pregunta pilla desprevenido a Fernando, que contesta con otra cuestión.

—¿Qué quiere decir?

—La pregunta es clara, señor Gallardo. Limítese a contestar —interviene el juez.

Fernando titubea.

—Yo quiero a mi hijo por encima de todas las cosas —responde al fin.

—No es eso lo que le he preguntado. ¿Es usted feliz, o tiene miedo de su hijo? —completa la abogada, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Fernando la mira y, de repente, siente repulsión. No va a hacer caso de ninguna mujer. Para él, la única mujer que alguna vez ha valido la pena ha sido Remedios, su madre adoptiva. Se recompone y dirige la vista hacia Alejandra, desafiante:

—Sí, soy feliz. ¿Qué tontería es esa de tenerle miedo a mi hijo?

El juez pide orden al acusado, que repite, volviendo a la calma previa:

—No, no tengo miedo a mi hijo.

—No tengo más preguntas, su señoría —se rinde Alejandra.

Al concluir la audiencia, que ha durado apenas cuarenta minutos, es conducido nuevamente al calabozo, mientras Ester abandona la sala con el rostro reflejando una mezcla de agotamiento y determinación. Sabe que el caso de Marta y Gloria apenas comienza, y que el tiempo juega en su contra.

En su camino hacia el aparcamiento, ve a su marido de lejos, a punto de entrar en otra de las salas del juzgado. Cruzan una mirada y se saludan con un gesto rápido pero intenso.

La prensa todavía no ha abandonado el lugar, ávida de información. Sin embargo, la inspectora tiene suerte porque los ha pillado ligeramente distraídos. Siempre es un misterio cuánto tiempo puede tardar una comparecencia y esto ha jugado a favor de Ester esta vez, que aprovecha para entrar rápidamente en su vehículo y poner rumbo a comisaría.

El reloj marca las nueve y cuarto cuando arranca el coche.

15

LAZOS ROTOS

Hay vínculos que jamás deberían romperse y, sin embargo, se quiebran.

Jefatura

14 de junio de 2016. 8:20 horas.

Quedan trece horas y cuarenta minutos.

Tomás

Llegar a la comisaría a primera hora tiene sus ventajas; aún reina un silencio inusual en los pasillos. Cuando Tomás aparca, Fernando ya ha sido trasladado y la prensa se ha marchado de la puerta.

El subinspector lo ha hecho a propósito: lo que peor lleva de esto es la presencia constante de periodistas. Entiende que es su trabajo, desde luego, pero no los soporta.

Camina en dirección a la sala de reuniones con Ester y la comparecencia en la mente. Sabe que irá bien, tienen todo muy atado y pruebas contundentes. Además, desde su antigua comisaría han colaborado mandando todo lo que tenían del caso de Margarita, al igual que el resto de las jefaturas han aportado sus investigaciones sobre los demás crímenes.

Va pensando en esto cuando el sonido de su teléfono lo sobresalta. Su hermano.

—¿Qué quieres? —La pregunta de Tomás es directa y su voz, seria.

Cuando su padre falleció en 2010, su hermano se había portado horriblemente mal con su madre y con él mismo, todo por la herencia —que, por cierto, no podía cobrar porque su padre había dejado todo a su madre, no a los hermanos. Si ella fallecía, entonces todo se repartiría a partes iguales. Sin embargo, Tomás comprendió que la codicia humana llega a veces a extremos tan repugnantes como los de rechazar y pelearte con tu propia familia por un puñado de dinero.

El subinspector había seguido hablando con él por contentar a su madre, cuyo amor por ambos era tan grande, que la mujer se negaba a ver que su hijo mayor estaba destruyendo lo poco que quedaba de la familia. Ese mismo año, tan solo cinco meses después de la muerte del progenitor, su madre falleció también. Fue lo que Tomás necesitó para romper lazos definitivamente con su hermano. Él, por supuesto, siguió peleando por dinero. Tomás lo dejó todo y pidió el traslado a Granada. Siempre había tenido pasión por el sur, heredada de sus padres, que habían nacido en Andalucía.

—Sito, yo…

—Para —lo interrumpe Tomás. “Sito” era como lo llamaban en casa y no iba a permitir ahora que él mancillara eso tantos años después. —No vuelvas a llamarme así. Dime de una vez qué quieres, que estoy trabajando.

—Perdona…—La línea se corta.

Tomás se queda con una sensación agridulce en el pecho, pero no piensa volver a llamarlo. La

voz de su hermano le ha sonado quebrada. Pero venir después de seis años a pedir perdón… No. Ahora mismo no tiene cabeza para gestionar eso.

Sigue caminando hacia la sala con el runrún en el fondo de su mente y de su corazón. Ya decidirá si lo llama más adelante.

Enciende las luces de la habitación, que lo recibe más gris de lo habitual.

—A la mierda. Voy a por un café. Qué momento más oportuno para llamar, Antonio…—El subinspector habla en voz alta, maldiciendo la situación en la que su hermano acaba de ponerlo.

—¿Qué pasa? —pregunta de repente Javier, que lo ha oído hablar solo.

—¡Coño, Fernández, qué susto me has dado!

—Perdón, perdón. Venía a traerte esto —dice, señalando una caja—, mientras esperamos a que Ester vuelva del juzgado —se explica Javier.

—Ay, perdona. Es que no te esperaba ahí detrás. ¿Qué es eso? —inquiere Tomás, con el pulso más calmado.

—Los compañeros de Almería han venido hace un rato a traernos el portátil de Gloria. Incluye un informe —añade Javier, señalando al mismo—, pero dicen que han encontrado contenido delicado que es mejor visualizar desde el propio aparato.

Tomás se toma unos segundos para procesar la información.

—Mm, no me gusta la situación —confiesa—. Pero necesito un café. ¿Me acompañas? Así te cuento lo que ha pasado.

Ambos se dirigen a la máquina del final del pasillo y Tomás se abre con su compañero.

—Lo siento mucho, Tomás. Si te sirve de ayuda, creo que has decidido lo correcto. Déjalo estar de momento y cuando encontremos a Marta, lo retomas. Yo sí lo llamaría, pero cuando pase todo esto.

—Gracias, Javier. Lo pensaré.

Entran en la sala, sendos cafés humeantes en las manos.

—Ester dejó ayer una copia de los vídeos de Natalia aquí, por si nos daba tiempo a ver algo antes de su llegada. Sin embargo, vamos a darle prioridad al portátil de Gloria.

—Genial —asiente Javier—. Voy a empezar a leer el informe mientras tanto.

Mientras Tomás abre la caja del ordenador, Mónica, compañera de la científica, entra en la sala, con expresión cansada y la camiseta del uniforme medio desabotonada. Se detiene un momento en la puerta, respirando hondo.

—Buenos días, chicos —saluda, cruzándose de brazos—. Venía a informaros de que, de momento, no hemos encontrado gran cosa en el piso de Iván. Falta revisar parte de la vivienda todavía, y el trastero completo, pero en la inspección ocular inicial no vimos el portátil de Marta.

Tomás intercambia una mirada con Javier, ambos con la misma pregunta en la mente: ¿Qué está pasando con Iván? Mónica continúa su breve informe, explicando lo que les falta por completar.

—Aún queda por buscar, pero conociendo a Iván y viendo los antecedentes del padre con los dobles fondos en las cosas, dudamos poder encontrarlo —se lamenta la pelirroja—. En fin, con cualquier novedad os avisamos. Nos vemos luego —se despide.

—Hasta luego, Mónica, gracias por informarnos de los avances —comenta Tomás.

—Muchas gracias, Mónica —añade Javier.

Cuando su compañera sale de la sala, Tomás y Javier se quedan en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. A Fernández no le ha pasado desapercibida la sonrisa tímida que ha puesto Aguado al ver a su compañera aparecer.

En ese momento, Ester pasa rápidamente hacia su despacho.

—Ya ha llegado la jefa. Todavía no se ha encendido el portátil—comenta Tomás.

Javier asiente y se acerca a la pantalla.

—Aquí nos han dejado la contraseña escrita los compañeros. Han preferido no desactivarla para evitar que algo pudiera pasarle al contenido. —Javier extiende un folio hacia Tomás, donde se puede ver la contraseña escrita en la parte superior.

—Genial, gracias. ¿Te ha dado tiempo a leer algo interesante?

—No, solo he podido ver lo de la contraseña y que hay varias partes marcadas como importantes a lo largo de las páginas. Pero justo después ha llegado Mónica y he parado.

Tomás sonríe ante el comentario.

—Me alegro de ver que te has animado un poco, jefe.

—Muchas gracias. Aunque sea tu jefe, se me sigue haciendo raro que me llames así, ja, ja.

Javier corresponde a su risa. Está a punto de preguntarle por Mónica, pero sabe que no es el momento. Más adelante seguro que hay otra oportunidad.

—Mira, parece que ya ha cargado. ¡Por fin! —exclama Tomás, contento.

Cogen el portátil y el informe y se dirigen al despacho de la inspectora.

De repente, el pensamiento de lo que podrían encontrar dentro del aparato los envuelve en una nube de incertidumbre. Caminan en silencio, con pasos lentos, como si la tensión hubiera congelado el aire a su alrededor.

16

GIRO INESPERADO

La sorpresa llega cuando menos la esperamos.

Jefatura

14 de junio de 2016. 9:35 horas.

Quedan doce horas y veinticinco minutos.

Ester

Ester entra directamente a su oficina, dejando su bolso en el perchero antes de encender su ordenador. Huele a una mezcla de ambientador, desinfectante y café. La combinación le produce una pequeña arcada. Sabe que cuando empiece a entrar el calor se arrepentirá, pero prefiere abrir la ventana para ventilar, aunque sean cinco minutos.

Los primeros rayos de sol se filtran a través de las persianas, cayendo suavemente sobre el escritorio. La inspectora, concentrada, intenta abrir las imágenes de la cámara de su amiga Natalia. El ordenador no está por la labor y abre los archivos con una lentitud que exacerba a Ester. O quizá es que ella ya está acelerada y le parece que todo lo demás va demasiado lento. Cuando por fin logra cargar los diferentes vídeos pertenecientes al día anterior, se decide a ordenarlos por tramos horarios para facilitar la labor al equipo.

Tienen varios frentes abiertos y cuanto más sencillo sea todo, mejor.

Sus manos hacen la tarea de forma automática, mientras su mente piensa en la sonrisa torcida de Fernando, ese gesto que a ella tanto le disgusta, y que imagina cuánto miedo debió de causar en las diferentes víctimas. Aunque al principio de su audiencia parecía ligeramente nervioso, tardó poco en recobrar la calma y enseñar su verdadera cara. Está tan metida en sus pensamientos que se asusta cuando un leve chirrido de la puerta corta el silencio.

Tomás entra con su habitual gesto amable, seguido de Javier, que trae consigo una expresión extraña, como si el día fuera más agobiante para él.

—Buenos días, jefa —saludan a la par. Tomás asiente con una breve sonrisa antes de dirigirse directamente al escritorio a soltar el portátil de Gloria.

—¿Y eso? —inquiere Ester.

—Esta es la novedad que tenemos hoy. Los compañeros de Almería han traído el ordenador de Gloria para que podamos ver el contenido desde aquí.

Ester se rasca la barbilla, pensativa.

—Eso significa que han encontrado cosas que no nos pueden enviar por correo —afirma, contrariada.

—Eso es exactamente lo que pasa.

Ester suspira, intentando mantener la calma.

—¿Qué tal ha ido la comparecencia? —pregunta el subinspector para que su compañera deje de pensar en el ordenador un momento.

Ester les cuenta los pormenores de la mañana en los juzgados.

—Menudo cabrón —suelta Javier—. Aunque en el fondo es un cobarde. Seguro que está agradecido de quitarse de en medio y dejar de ser la marioneta de su hijo.

—Eso desde luego —confirma Ester—. La verdad es que no ha sido agradable presenciar cómo repetía todo delante del juez, pero estoy segura de que se hará justicia.

—¿Has encontrado algo interesante? —pregunta el subinspector, cambiando nuevamente de tema y acercándose a la pantalla. Ester le responde con un gesto negativo, sin apartar la mirada del monitor.

—Nada, todavía no las he abierto siquiera. Las estaba organizando por tramos de horas, pero el ordenador va más lento de lo normal al ser archivos tan grandes —suspira frustrada. —¿Vosotros habéis podido mirar alguna?

—No, tampoco. Iba a pasárselas a Javier para hacerlo, pero he decidido que lo de Gloria era más relevante.

—Bien hecho. De todas formas, ahora os paso el orden y dividimos los tramos, así nos será más fácil.

La inspectora procede a meter los archivos ordenados en dos *pen drives* distintos. Sabe que está atrasando lo inevitable, pero se autoconvence de que esto también es relevante. Mejor ir paso a paso: empezar una tarea y luego acabarla para ser más eficiente.

—Deberíamos llamar otra vez a Juanjo y a Noelia —sugiere Tomás, pensativo.

Ester frunce el ceño y se toma un momento para reflexionar. Tal vez sepan algo que todavía no han contado, o algo que aún no han recordado o que no se atreven a compartir. Juanjo estuvo con ellos ayer por primera vez por el caso de Rachel. La inspectora recuerda lo mucho que les costó que el chaval fuese a comisaría para hablar de ello.

—No está mal pensado. Podemos volver a intentarlo —responde—. Necesitamos algo más concreto, desde luego. Nos enfrentamos a una cuenta atrás y hay que encontrar a Marta con vida. Además, con Gloria posiblemente en ese mismo escenario, la dificultad aumenta.

Tomás asiente, sabiendo que la situación es más compleja de lo que parece. Fernández, sin embargo, parece inquieto:

—Ayer lo intentamos —recuerda—, pero ni Juanjo ni Noelia fueron localizados.

—Lo sé, es raro... y no me gusta nada. Por favor, insiste, sobre todo con Juanjo—resuelve Ester, con la mirada fija en la pantalla, pero sus pensamientos a miles de kilómetros de distancia, en algo que la inquieta profundamente.

—Entendido, me pongo con ello ahora mismo. —Javier se dirige a la salida para ir a realizar la llamada con más calma.

De repente, el sonido del teléfono los interrumpe con un tono estridente que inunda el despacho. Ester lo coge al instante.

—¿Sí? —dice con firmeza.

Un par de segundos de silencio.

—¿Has encontrado algo? —pregunta con más tensión en la voz.

Tomás, que observa la reacción de Ester, intercambia miradas con Javier.

La inspectora escucha con atención, asintiendo lentamente mientras su rostro se endurece. Cuelga.

—Tenemos algo —murmura. Sus ojos se fijan en sus compañeros—. Carrillo ha llamado porque le han enviado el informe del portátil a él también. ¿Sabemos si el equipo ha encontrado

ya el de Marta?

—No, todavía nada. Pero imagino que, si está en el piso, tienen que estar cerca. Mónica nos ha contado que les falta revisar el trastero y media vivienda, que se están centrando en buscar dobles fondos en el mobiliario—aclara Javier.

La ventana, que sigue abierta, los deleita con un rayo de sol que ilumina directamente el portátil, como si lo que está por desvelarse fuera a cambiarlo todo. Ester presiona las teclas con firmeza, introduciendo la contraseña que Javier le facilita, y la pantalla se enciende.

Los tres observan en silencio mientras las imágenes y archivos que les han dejado preparados desde Almería comienzan a aparecer sobre el fondo salvaje que tiene Gloria en su ordenador. Casi puede oírse el latir de sus corazones al unísono, expectantes, ansiosos.

El equipo revisa rápidamente los primeros documentos del informe que, aunque relevantes, no están marcados por los compañeros de Almería como urgentes. De repente, llega: la inspectora se detiene en una carpeta con el nombre de “Proyectos de familia”, señalada por los almerienses. Los tres se miran y algo en su interior se revuelve.

La tienen justo en medio de la pantalla.

Clic, clic.

Un archivo de video aparece. El nombre es evocador: “Juguetes de familia”.

Ester siente un nudo en el estómago.

—Esto no me gusta —murmura, con los ojos clavados en la pantalla.

La mirada de Tomás se detiene en el rostro de su compañera, con la tensión acumulándose. En ese instante, el equipo es consciente de que están a punto de descubrir algo mucho más turbio de lo que esperaban. La inspectora sigue leyendo el informe de los compañeros, incapaz de enfrentarse a otro vídeo. No ahora.

Tres pares de ojos leen al unísono lo más relevante del informe de los almerienses. La investigación ha dado un giro inesperado, y Ester intuye que lo que viene será aún peor.

El día, que había comenzado con prisas por la cuenta atrás de la que depende Marta, se va tornando más oscuro con cada minuto que pasa.

17

DESCUBRIMIENTOS

El cuerpo muestra lo que la inocencia todavía esconde.

Otoño de 2006.

El sol de la tarde se filtra por las cortinas de lino blanco, suavemente, dejando que los bordes del mueble de la sala se alarguen en sombras. La niña arrastra sus pies descalzos por el suelo frío, con la cabeza llena de pensamientos dispersos. Todo está en su lugar, como siempre. Están solos su padre y ella en la casa. La radio suena baja, con la voz de un locutor que habla de cosas que no le interesan; hasta que escucha de fondo el sonido del teclado, el característico golpeteo de su padre.

Se acerca al umbral de la puerta, sus ojos fijos en la pantalla brillante del ordenador. La luz fría del monitor proyecta sombras extrañas en el rostro de su padre. Está tan concentrado que no se percata de su presencia. Da un paso más y ve imágenes que no logra comprender del todo, pero que despiertan una sensación cálida y confusa en ella. Los cuerpos de dos mujeres se entrelazan en posiciones que no entiende, sin embargo, le provocan una extraña vibración en la piel, algo que no sabe identificar, pero que le resulta familiar.

Del altavoz que tiene conectado el ordenador salen gemidos leves, con poco volumen. Como si esos sonidos estuvieran prohibidos. Su padre, que sigue mirando embobado, con la boca semiabierta, no deja de mover el brazo derecho con un ritmo constante mientras agarra sus partes íntimas. De repente, la imagen de hace unos años del vagabundo —ya sabe la palabra para describirlo—, acude a su mente.

Sale rápidamente del despacho, sigilosa como solo ella sabe.

Esa noche, durante la cena, se siente feliz. No sabe explicarlo todavía, pero todo esto le recuerda a «madre» y sus primeros y únicos años en el orfanato.

—Hoy estás muy contenta—nota su madre.

—Sí, es que hoy he hecho un descubrimiento muy *chuli* en clase —sonríe, mirando a sus progenitores.

—¡Anda! ¿Y eso? ¿Qué has descubierto?

—Hoy nos han explicado cómo se forma la lluvia y he pensado que aquí sería más probable que lloviera. He descubierto el poder del mar —explica.

Sus padres la miran, orgullosos, y piensan en cómo algo tan sencillo puede hacer tan feliz a un niño.

Más tarde, con los dientes limpios y ya en su cama, se tapa hasta la cabeza, intentando dormir, aunque su mente está muy despierta. Empieza a bajar la mano hasta su sexo, pero los sonidos que vienen de la habitación de sus padres la distraen.

Son inconfundibles.

El crujido de las sábanas, los susurros bajos, el ligero golpeteo de algo que se mueve contra

el suelo. Aprieta los ojos, tratando de conectar significados. Algo dentro de ella, como una chispa encendida en lo más profundo, la mantiene alerta. Recuerda el ordenador, las imágenes brillantes, y entonces empieza a preguntarse si lo que sucede detrás de la puerta tiene que ver con eso que ha presenciado hoy.

Se queda quieta en su cama, con los ojos bien abiertos, la mente en ebullición. La oscuridad de la noche parece más densa, más aplastante. Sabe que lo que ha visto no es algo que se pueda compartir. Pero lo entiende, al menos un poco. Hay algo en esos cuerpos de mujeres, en los movimientos, en el sonido demasiado bajo del altavoz, que los hace especiales, que los convierte en una moneda de cambio. Y, en ese instante, lo reafirma: el poder, el deseo, no nace del corazón. Nace del cuerpo. Como el suyo.

Se lleva las manos a la entrepierna y frota con fuerza, como si quisiera tatuar la sensación que le recorre la piel. Algo en su pecho se siente diferente, más pesado. A partir de ahora, las cosas no serán como antes.

Cuando su cuerpo convulsiona, cae rendida y duerme plácidamente toda la noche.

18

JUGUETE

La podredumbre florece en los lugares más inesperados.

Jefatura

14 de junio de 2016. 9:55 horas.

Quedan doce horas y cinco minutos.

El silencio en el despacho de Ester es denso, como si el aire mismo se hubiera detenido. La inspectora sigue mirando la pantalla, incapaz de apartar los ojos del informe que los almerienses han enviado. Aunque intuye lo que el vídeo contiene, por lo que están leyendo, algo dentro de ella se resiste a enfrentar la verdad. Un escalofrío recorre su espalda al leer las últimas líneas.

Tomás y Javier permanecen en silencio, observando a su compañera, cuya mandíbula está apretada mientras lucha contra la necesidad de seguir. La tensión es palpable, como un peso invisible sobre ellos.

Ester traga saliva, pero no puede dar el siguiente paso. Sabe que el vídeo está ahí, esperando a ser visto, y su estómago se revuelve solo de pensarlo. De repente, una arcada la dobla por la mitad.

—¿Estás bien? —Se preocupan ambos.

—Sí, disculpad, pero después de todo lo que hemos presenciado estos días, no sé si voy a ser capaz de enfrentarme a lo que describen los compañeros de Almería.

Ha intentado evitar reproducirlo, no solo porque le repugna, sino porque todo esto se está volviendo demasiado personal. El caso la está tocando de una manera que no puede controlar. La figura de esa joven, atrapada entre la oscuridad y la manipulación, la desborda. La maldad no conoce límites y estos días lo ha confirmado.

Finalmente, Tomás rompe el silencio que se había instalado en el despacho. Se acerca al teclado con una determinación que Ester no tiene. Con un solo clic, el vídeo comienza a reproducirse.

El equipo se agrupa nuevamente frente al portátil, los ojos fijos en lo que está por mostrarles. La tensión en el aire es tan densa que podría cortarse con un cuchillo. Ester apenas puede mirar, pero sabe que tiene que hacerlo.

La pantalla empieza a llenar el despacho con la imagen de un espacio doméstico. Los detalles, los rostros, el tono de la luz… todo parece familiar, pero el aire se enrarece de inmediato. El título del archivo es claro: "Juguetes de familia". Y en cuanto las primeras imágenes se despliegan, la sensación de incomodidad se hace palpable, mostrando una realidad más turbia de lo que jamás imaginaron.

Lo que sigue es una sucesión de escenas que nadie esperaba, ni siquiera después de haber leído el informe. Ester siente que algo se quiebra dentro de ella, pero mantiene la calma. La

figura de Gloria, ahora más que nunca, parece una sombra de algo mucho más grande y peligroso. En la pantalla, aparece junto a su padre en una dinámica que, aunque velada por la distancia física, destila una tensión espantosa. Es un juego de poder innegable. Gloria no solo se muestra distante, sino peligrosa. Y el padre, a su lado, parece una marioneta, su deseo de controlar la situación convertido en algo oscuro y retorcido. Después de un juego de dominación, Gloria posee a su padre. A su propio padre.

El ambiente en la habitación se espesa. Ester respira hondo, tratando de mantener la compostura y evitar otra arcada, pero algo en su rostro revela que ya no pueden seguir ignorando la magnitud de lo que están enfrentando.

Tomás, que sigue mirando la pantalla, se mantiene en silencio, estupefacto. Javier, de pie detrás de ellos, frunce el ceño, tratando de asimilar lo que está viendo.

—Esto... —Ester empieza, pero la palabra se queda suspendida en el aire, como si no pudiera salir de sus labios. Las imágenes siguen desarrollándose, cada vez más explícitas, más perturbadoras. Parece que Gloria toma el control de la escena, despojando a su padre de cualquier atisbo de dominio.

—¿Qué significa esto? —pregunta Tomás, incapaz de ocultar su sorpresa.

Ester se obliga a mantener su profesionalidad. Aparta la vista un momento, observando el reloj, como si el paso del tiempo pudiera ofrecerle un respiro. Pero no lo hace. Lo que está viendo no la deja respirar, y esa presión se intensifica con cada segundo.

—Tenemos que ser cautelosos —dice, más para sí misma que para el equipo, pero la tensión en su voz es innegable. —El hombre no sabe que está siendo grabado, pero ahora tiene sentido el comportamiento tan extraño que viste en él ayer, Tomás.

—¿Crees que Gloria lo está chantajeando con estos vídeos?

—Lo creo. Aún falta revisar el resto del contenido y los documentos, pero no me cabe duda de que esto que estamos viendo es más que una simple grabación. Es un mensaje. Y no es solo el caso de Marta lo que está en juego ahora, sino algo mucho más grande.

Sus compañeros asienten. Un abismo se acaba de abrir ante ellos.

Javier, notando la atmósfera cargada, da un paso hacia el escritorio.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta, pero su tono ha cambiado. Está desconcertado, pero también decidido.

Ester respira hondo, tratando de poner orden en su mente mientras observa la figura de Gloria en la pantalla. Algo dentro de ella sabe que la joven, aunque aún en la penumbra de su propia tormenta, tiene una fuerza indiscutible. Tiene las riendas de la situación y ese poder le pertenece.

—Lo primero es terminar de analizar esto —responde Ester, finalmente—. Luego, veremos qué podemos hacer con lo que hemos descubierto. Quizá haya algo más que nos guíe hacia su paradero.

Y aunque sus palabras son firmes, la incertidumbre que las acompaña se siente como una sombra que empieza a cubrir cada rincón de la comisaría.

—Yo también pondría el foco en el padre —sugiere Javier—. Si su hija lo está chantajeando, no sabemos hasta qué punto puede ser inocente en la desaparición.

—Exacto, pero con cautela. Esto no puede salir de aquí hasta que hayamos terminado de revisar todo el contenido —ataja Ester.

19

TINTA Y SANGRE

Cada historia tiene su tinta. Cada crimen, su sangre.

Granada

12 de junio de 2016. 19:30 horas

Veintiuna horas antes del secuestro

Marta se levanta de la cama e intenta dejar todo tal y como lo ha encontrado en la habitación. Necesita aire, pero no puede dejar de pensar en lo que acaba de leer. Sabe que es arriesgado, pero no devuelve el diario a su sitio y sale del piso, que de repente se le ha quedado pequeño.

El corazón le va a mil por hora y el bolso que lleva colgado le pesa como si estuviera lleno de piedras.

Piensa en todo lo que implica lo que hay escrito en ese cuaderno maldito y tiene que parar en mitad de la calle para controlar las ganas de vomitar. La pared del edificio en la que se apoya arde todavía, pese a que ya no le da el sol. Paradójicamente, ese calor, en lugar de abrumarla, le aporta el frescor necesario para calmar las náuseas.

Tiene que seguir leyendo, pero necesita calmarse primero. Se dirige hacia una de sus cafeterías favoritas y se pide una tila. Aunque, llegados a este punto, no sabe si es mejor beberse un vaso de *whisky*.

Se sienta en la última mesa del local, que la recibe fresco gracias al aparato de aire acondicionado que funciona a máxima potencia para combatir el calor de Granada.

Se dispone a sacar el diario, pero todavía está temblando. Ve el bote de sus pastillas al fondo del bolso. Lleva años tomando medicación para la ansiedad, pero, irónicamente, no se ha acordado de ellas en estos momentos. Decide levantarse a pedir un vaso de agua para tomarse una.

Ya más relajada, con la tila humeante al lado, abre el cuaderno por las últimas páginas. Necesita encontrar algo sobre Rachel. Desea no hacerlo, pero sabe que ha sido él. La persona a la que ama, con quien ha compartido su vida estos últimos años. Pensar que ha dormido con un asesino al lado le provoca una segunda arcada. Ve el nombre de su amiga en las últimas páginas, tal y como imaginaba, y se dispone a leer.

Diario de Iván

Rachel

11 de junio de 2016

Rachel… Qué nombre tan dulce, tan lleno de promesas. Fue un juego, en un principio. La

conocí cuando aún estaba lejos, al otro lado del océano, en Nueva York. Me atrapó su mensaje en ese foro, desesperado, pidiendo ayuda. No sabía nada de ella, ni ella de mí, pero fue suficiente. Me dejé llevar por el anonimato de Internet, por la facilidad con la que podía manipularla. Ella buscaba respuestas para encontrar a su hermana perdida, Soledad. Lo que ella no sabía, lo que jamás sospechó, es que la hermana ya estaba muerta. Yo había acabado con su vida. Al principio, ella había sido solo una obsesión más. Cada vez que la veía en el trabajo, sabía que tenía que caer.

Cuando descubrí que era mi hermanastra, algo en mí se disparó. Tenía que ser mía. Cuánto disfruté tocando su cuerpo, rajando sus pezones y documentando todo. Y cómo me ponía pensar en que también podría tener a Rachel. Círculos perfectos. Pero no le dije nada, por supuesto. No era el momento. Quería ver hasta dónde llegaba su necesidad, su desesperación. Quería ver con qué facilidad podría moverla como a una marioneta. Y fue más sencillo de lo que pensé.

Me hice pasar por un detective privado, prometiéndole que podíamos trabajar en su caso, como si estuviera cerca de encontrar a su hermana, como si estuviera casi al alcance de mi mano. Le di ilusión, la esperanza que todos quieren. La esperanza que los mantiene vivos. Le sugerí que viniera a España. Le hice creer que podría ser la heroína, la que resolviera el misterio, la que por fin reuniera a su madre con su hija perdida. Y, en el momento clave, cuando nos íbamos a reunir por Skype, la dejé plantada. No hay nada que avive más un fuego que acercarle yesca seca. Dejarla con la miel en los labios fue clave para que sus ganas de venir a España se dispararan.

Vino, claro. No podía resistirse. ¿Cómo iba a resistirse? Algo en su interior le decía que debía hacerlo, que la respuesta se encontraba aquí, en España. Vi que entraba en otro foro buscando información sobre programas de estudios en el extranjero. Sus ganas de venir a Europa eran tan grandes que ya planificaba el modo de hacerlo, pero aprovechando el viaje. Como siempre, la respuesta recaía en mí. La solución estaba en el control, en cómo manipularla para que hiciera lo que yo quería, como todos los demás a los que alguna vez me he acercado. Le contesté en ese otro foro dando información valiosa sobre la posibilidad de acabar su carrera en Granada. Fue tan fácil…

Marta tiene que parar. Se levanta rápidamente y va al aseo del local a vomitar. Iván es… No tiene palabras para describirlo.

Se enjuaga la boca y la cara y respira entrecortadamente, intentando recuperar la calma. Sale y vuelve a sentarse frente al diario, incapaz de seguir leyendo. Toma un largo trago de su infusión para relajar el estómago y templar los nervios, y vuelve a abrirlo por donde se había quedado. Tiene que hacer el esfuerzo y terminar al menos la parte en la que habla de Rachel. La pobre Rachel…

El recuerdo de los celos que sintió por su relación con Iván la golpea. Y pensar que él era el dueño de su futuro desde antes que ella la conociera siquiera…

No me bastaba con sugerirle Granada. Tenía que conseguir que viviese donde yo la necesitaba, así que me puse manos a la obra. Compartí los enlaces de varias inmobiliarias en el foro donde ella preguntaba, asegurándome de que la mejor posicionada fuese la que yo quería. Además, cloné la web para que ella viera primero el piso en cuestión. Todo tejido como una enorme red perfecta, como en cada uno de mis asesinatos. La planificación es clave. Nunca dejo cabos sueltos.

Que alquilara el piso que yo quería me resultó demasiado sencillo. He de reconocer que

cuando las cosas son fáciles me gusta, pero también me aburro. La motivación de cerrar el círculo con ella era, sin embargo, mayor.

La puse en contacto con Noelia, aprovechando que ella hacía prácticas en la oficina de relaciones públicas de la universidad. Sabía que coincidirían en clase, porque me encargué de ello hackeando *las listas, pero no quería dejar nada al azar. Utilizaría la amistad de ambas para que Marta pudiese entrar en escena también y, finalmente, yo la conociera en persona.*

Qué ojazos, qué pelo. Qué olor. Sin duda, había merecido la pena todo el esfuerzo. Esa noche me follé a Marta con dureza, sin dejar de pensar en la boca de Rachel, en sus tetas, y en cómo se vería colgando de los ganchos.

Ha sido la víctima número siete. Se ha convertido en algo especial. Cada uno de mis encuentros tiene un toque único, pero con ella todo fue diferente. Mejor. Ella era la última pieza para cerrar mi círculo perfecto. Lo que había entre ella, Soledad y yo era demasiado bonito. Esta es mi obra maestra. Me pongo cachondo de pensarlo. Algo así nunca lo ha hecho nadie. Soy único. Invencible.

Casi mato al estúpido de mi padre cuando abrí la puerta de la habitación y la vi despierta y a él lamiéndole la cara. Detesto cuando no siguen mis instrucciones. No es tan difícil: lo único que tiene que hacer es mantener a las presas dormidas hasta que yo llegue para hacer el resto del número para el vídeo. No entiendo cómo se puede ser tan inútil. Me exaspera.

Me dirigí al baño minúsculo para desinfectarme bien las manos antes de enfundarme unos guantes de látex y lavarle las babas del asqueroso de mi padre.

Limpiarles la cara cuando están dormidas o muertas me da una paz increíble.

Cuando volví más tarde y la vi ahí, delante de mí, suspendida de los ganchos, me excité de nuevo. Perfecta. Cada minuto que pasaba me acercaba más a la victoria.

Lo he hecho bien. Todo encaja. Nadie podrá detenerme.

Cuando la desperté, el miedo que reflejaron sus ojos, el terror, es algo que no se puede simular. Ella estaba a punto de entender lo que yo ya sé: que todo tiene un propósito, un fin; q*ue lo que estaba pasando, esta espera que la estaba desgastando, era solo el principio.*

Soy el arquitecto de su dolor, del sufrimiento de cada víctima y eso... eso es lo que me da vida.

Marta cierra el diario con lágrimas en los ojos. Agradece ser de las pocas clientas del local. En ese momento no puede soportar todo lo que ha leído, es superior a sus fuerzas.

Recoge todo con manos temblorosas; el chico de la cafetería la observa.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —inquiere preocupado, acercándose a su mesa.

Marta simplemente niega con la cabeza, incapaz de hablar; un intento de sonrisa asoma en sus labios para tranquilizar al chaval, que la reconoce de otras veces. Sabe que es una clienta habitual, aunque en otras ocasiones ha venido con amigas o con ese novio adicto al gimnasio que tiene.

—Toma, te he traído un poco de agua —ofrece, con los ojos sinceros escrutando el rostro de esa chica que tiene enfrente y que parece desmoronarse con cada segundo que pasa.

Marta coge el vaso, agradecida, mientras dos lágrimas ruedan por sus mejillas. Se aclara la voz y, por fin, algo ronca todavía, habla:

—Muchas gracias. Estoy bien. Es que me acaban de dar una mala noticia y no he podido evitar ponerme así, pero ya se me pasa. Por favor, dime cuánto te debo.

—Lo siento mucho. Y por la infusión no te preocupes, va a cuenta de la casa.

—No, por favor, qué vergüenza. En otra ocasión quizá…

—No, nada, de verdad, no me debes nada. En otra ocasión te dejo pagar, no te preocupes —

expresa el chico, amable.

Marta asiente sonriendo. Le vuelve a dar las gracias y sale del local hacia el calor granadino.

«¿Y ahora qué hago?». El pensamiento le golpea la mente con fuerza.

20

HILOS SUELTOS

Cuando todo se complica, solo queda el instinto.

Jefatura

14 de junio de 2016. 10:10 horas.

Quedan once horas y cincuenta minutos.

El reloj del despacho marca las diez y diez cuando el sonido del teléfono de la inspectora retumba de nuevo, un tono grave y urgente que corta el aire. Ester intenta reponerse de lo que acaban de presenciar y coge el auricular, consciente de que no es un momento cualquiera. La voz es familiar, y la tensión en el tono de su interlocutora lo dice todo.

—Buenos días —saluda la madre de Marta al otro lado. —Hemos seguido intentando contactar con el teléfono de nuestras hijas, pero ahora los dos están apagados. ¿Saben ustedes algo nuevo?

Ester asiente, intentando ordenar sus pensamientos mientras el estrés se apodera de ella. Aún no tienen pistas claras sobre el paradero de las hermanas y eso la tiene profundamente inquieta.

—De momento, seguimos trabajando con el ordenador de su hija Gloria; lo han traído desde Almería para facilitarnos la labor. Seguimos sospechando que ambas puedan estar juntas. Les mantendremos informados. Por favor, si recuerdan algo, por mínimo que sea, llámennos de vuelta. Si necesitamos que vengan, también se lo haremos saber.

El sollozo al otro lado de la línea rompe la coraza de Ester. Otra madre que sufre por sus hijas… Cuánto dolor. La angustia ajena le pesa más de lo que esperaba. La presión y el peso de la responsabilidad la están aplastando, pero aún tiene que mantener la compostura. Si esa madre supiera lo que acaban de ver…

—Muchas gracias. Por favor, encuentren a mis niñas… —La voz rota, congestionada.

Tras colgar, Ester se da la vuelta y dirige una mirada a sus compañeros. De repente siente que el despacho se siente diminuto. Le falta el aire.

—No puedo más —confiesa, echándose a llorar.

Tomás y Javier se adelantan rápidamente para abrazarla. La única vez que habían visto llorar a su compañera fue durante el entierro de su hijo y en alguna visita posterior a su casa, cuando estaba de baja. Ella siempre mantiene la compostura, especialmente en su puesto de trabajo. Su profesionalidad siempre ha sido digna de admirar. Ahora, sin embargo, su cuerpo menudo se convulsiona con una pena que sale de muy adentro. Tras un par de minutos, la inspectora logra reducir el llanto.

—Venga, vamos, que ya estamos cerca —la anima Javier, sin saber muy bien qué decir.

Tomás se mantiene en silencio, apretando a su compañera entre sus brazos. Después de unos cinco minutos, la inspectora se recompone del todo.

—Gracias, chicos. No sé qué me pasa estos días, pero no puedo soportar tanto sufrimiento ajeno. La situación me está superando. —Su voz suena congestionada por el llanto reciente.

—No te preocupes. Estamos al límite. Llevamos muchos días trabajando a destajo. Desde que sucedió lo de Rachel no hemos parado, y ahora no solo tenemos a Marta presa de Iván, sino que Gloria también parece ser otra víctima más. A mí me va a explotar la cabeza, pero siento que estamos cerca —la reconforta Tomás.

—Exacto, el equipo entero está volcado en el caso. Los compañeros siguen revisando el piso de Iván y en Almería también están analizando cada palmo de la vivienda frente a la playa. Estoy seguro de que encontraremos algo. Voy a llamar ahora mismo a Juanjo y Noelia y me acercaré al piso de Iván a ayudar allí para terminar cuanto antes, ¿te parece bien? —Javier sonríe con esa mueca cálida que solo él sabe expresar en momentos como este.

Ester le aprieta la mano y le sonríe de vuelta.

—Muchas gracias. Sí, encárgate de eso, por favor.

Javier no pierde tiempo y sale rápidamente del despacho.

—¿Te parece que vayamos a la máquina a tomarnos uno de esos cafés rancios y en diez minutos seguimos con la cámara de Natalia y el ordenador de Gloria? —Propone la inspectora.

—Sí, pero del portátil me encargo yo.

Para sorpresa de ambos, el café de la máquina hoy les ha sabido bien. Ester se dirige un momento al baño. Necesita refrescarse.

—Lleva las cosas a la sala de reuniones y espérame allí, que estaremos más cómodos que en mi despacho. Voy en cinco minutos —le pide a su compañero.

El agua fresca le ha sentado de maravilla y ya no se nota que ha llorado. Mientras se dirige a reunirse con Tomás, el comisario Carrillo la intercepta:

—Javier ha llamado a tu despacho. Como no te ha localizado y era importante, me ha llamado a mí para decirme que tanto Juanjo como Noelia no pueden venir, que ella está en Almería y Juanjo en Cuenca, pero que llevan un par de días sin saber de Marta y que están preocupados. Al parecer, Noelia se ha mostrado especialmente intranquila porque también recibió ayer la llamada de los padres de su amiga.

—Ah, vaya, justo me ha pillado en el lavabo —se excusa Ester—. Normal que la chiquilla esté nerviosa. Esta situación supera a cualquiera. Quizá piensa que ella puede ser la siguiente víctima si sospecha que a su amiga le ha pasado algo…

—Sí, bueno, le ha suplicado a Javier que por favor fuera honesto con ella y le contara si le había pasado algo a las hermanas.

—¿Y Javier qué ha hecho? Que a veces peca de ser demasiado empático. Espero que se haya controlado y no haya desvelado nada del caso.

—Le ha dicho que no se preocupe, que sospechan que los tres se han ido unos días fuera a desconectar y que por eso no contestan, pero que nosotros tenemos que seguir el protocolo ante la preocupación de los padres.

—¿Y se lo ha creído? —Levanta una ceja Ester.

—Al parecer sí, se ha quedado más tranquila.

—Pues menos mal, porque menuda patraña lo del protocolo. Me alegro de que Javier haya podido salir del paso. A mí también me hubiese costado, dadas las circunstancias.

—Se ha defendido bastante bien, sí —conviene el comisario—. Avísame con cualquier novedad, ¿vale?

—No lo dudes.

Ester se da media vuelta para seguir hacia la sala de reuniones. De repente, se detiene y se

golpea la frente con la palma de la mano. Ese gesto tan suyo cuando algo importante, que no puede obviar, le viene a la cabeza.

—¡Comisario! —grita —. ¿Y Juanjo?

Carrillo se gira sobre sus talones.

—¿Qué pasa con él?

—¿Él no se ha preocupado de que a Marta le pudiera estar pasando algo? ¿No ha dicho nada relacionado con eso?

—Javier me ha dicho que se ha mostrado preocupado, pero no, él no ha insistido como Noelia.

Ester sonríe.

—Vale, muchas gracias. Solo quería confirmar. Te llamo si hay algo nuevo.

Ester vuelve sobre sus pasos hacia la sala de reuniones y Carrillo se queda en medio del pasillo, mitad maravillado, mitad estupefacto.

La inspectora entra rauda en la habitación. Tomás está en uno de los extremos de la gran mesa blanca, ordenando una serie de documentos del ordenador de Gloria que ha impreso para mayor comodidad.

Ester respira hondo, sabiendo que no hay más tiempo que perder.

—Javier ha logrado hablar con Juanjo y Noelia. Adivina qué —comienza Ester.

Tomás la mira expectante, pero no abre la boca. Sabe que, a su jefa, aunque directa y concisa por norma general, a veces le gusta crear expectación.

—Noelia estaba muy ansiosa e intranquila por su propia seguridad. Juanjo, al parecer, se ha mostrado preocupado, pero no en exceso. ¿No te parece raro, después de lo que nos dijo aquí en comisaría ayer?

Tomás recuerda la confesión de hace unas horas de Juanjo, asegurando haber sido sorprendido en la calle, haber recibido una paliza y una carta amenazadora después, con el pretexto de que se alejara de Rachel.

—Hombre, pues la verdad es que sí es raro si tenemos en cuenta lo que él mismo sufrió. ¿A dónde quieres ir a parar? —Tomás cree intuir por dónde van las cábalas de su jefa, pero quiere oírla soltar su teoría.

—¿Y si Juanjo tiene algo que ver? ¿Y si está aliado con Iván y por eso tanta reticencia a venir aquí cuando se lo requerimos para lo de Rachel? Es joven y fuerte. Además, si tenemos también en cuenta la confesión de Fernando…

La inspectora se calla de repente al recordar a Fernando hace tan solo unas horas delante de ellos, contando sin remordimiento alguno todo lo que habían hecho su hijo y él. Y dando a entender que se lucraban con los vídeos y las prendas íntimas. Todavía tenían que tirar de ese hilo para luchar por una condena mayor para Fernando y para Iván, si es que lograban atrapar a este último.

—¿Crees que Juanjo también está disfrutando del dinero?

—Es una posibilidad, desde luego. Voy a anotarlo. No quiero perder de vista esa pista. Cuando Javier vuelva, lo hablamos con él a ver qué opina, ya que él es quien ha hablado por teléfono con Iván.

Ambos se quedan callados de repente, pensando, analizando. Casi se puede escuchar la maquinaria de sus mentes trabajando, cada uno sumido en sus propios pensamientos, como si intentaran encajar las piezas de un rompecabezas demasiado complejo. Finalmente, ella rompe el silencio:

—No sé, Tomás... Esto empieza a oler muy mal.

La luz blanquecina del halógeno parpadea de repente, como si confirmara su acuerdo con las palabras de Ester.

21

ECO DEL PASADO

A veces, las experiencias dolorosas endurecen el alma.

Invierno de 2008.

Se frota las manos con fuerza, intentando calentar los dedos entumecidos por el frío. Está sentada fuera, recordando. Ha cumplido doce años y ahora entiende todo.

Marzo de 1999.

El gran salón-biblioteca del orfanato huele a moho y desinfectante, una mezcla que no puede evitar asociar con miedo y tristeza. Algunas ventanas están cubiertas con papel de periódico para mantener el frío afuera, pero, aun así, el aire es gélido. La niña se aprieta la bufanda alrededor del cuello y se arrima más a sus hermanas, intentando encontrar algo de calor. Están jugando a un juego de palmas.

En el extremo de la sala, la madre superiora las observa con sus ojos fríos y severos. Todas la llaman «madre» porque así lo dicta el orfanato. Pero «madre» no tiene misericordia, no entiende de caridad. La niña no recuerda queja alguna de las demás, pero tampoco está segura de si ellas tienen que ir a su despacho.

A todas les regala un dulce después de misa. Luego se sientan juntas en el salón, riendo y jugando, mientras «madre» sonríe con un brillo de satisfacción en los ojos. Un recuerdo cruza su mente.

A veces, ella se quedaba sin dulce porque lloraba demasiado cuando iba a su despacho.

La primera vez no lloró. «Madre» la llamó al despacho y le dio mucho cariño. Acababa de cumplir tres años.

Sin embargo, las siguientes veces la niña no se sentía segura y lloraba. Llanto de miedo y confusión, pero «madre» nunca cedía, siempre la tomaba de la mano y la llevaba a su despacho.

—No es nada, niña. Todo está bien —le decía mientras la sentaba sobre la falda, apoyando las manos, frías, sobre su espalda.

Una tarde, hace unas semanas, después de la misa, «madre» la volvió a llevar a su despacho. Fuera, la niebla flotaba espesa, envolviendo los edificios del orfanato en un manto gris. «Madre» cerró la puerta con llave y la niña miró hacia abajo, intentando que las lágrimas no se escaparan.

—No llores, pequeña. Esto es por tu bien—, murmuró, mientras sus manos rasgadas manipulaban el uniforme de la pequeña. La niña miró al suelo, sintiéndose sucia, culpable.

Al principio unas lágrimas se le escaparon, sintiendo un ardor incómodo y una opresión en el pecho. Pero pronto la niña dejó de llorar. Ya no dolía tanto. A veces, incluso, no sentía nada, solo un vacío. «Madre» siempre decía que era por su bien, que nadie más la quería y que esta

era la única forma de que aprendiera.

—Tu madre te abandonó, pequeña. Pero yo no lo haré —susurraba «madre» en su oído mientras su mano gélida la envolvía.

Las semanas pasaban y «madre» alternaba: a veces la llevaba al despacho, a veces la visitaba en su cama. Ella sabía que debía obedecer. Si quería un dulce, una muñeca, un helado… Debía callar.

Ha perdido en el juego de las palmas, desconcentrada pensando en «madre». Ya no tiene miedo. Ahora le da igual, solo quiere premios. Y algo muy distinto le inunda el pecho.

La comprensión de su infancia le aporta una tranquilidad casi inquietante. «Madre» abusaba de ella. Probablemente también lo hiciera con las demás, pero nunca tuvo confirmación. Sin embargo, lo agradece. Ella es quien es ahora gracias a eso.

22

HUELLAS

Con más frecuencia de la imaginada, lo oculto está a simple vista.

Piso de Iván

14 de junio de 2016. 10:35 horas.

Quedan once horas y veinticinco minutos.

Javier

El aire parece más limpio de lo esperado cuando Javier entra al piso de Iván, pero la sensación de sofoco no tarda en instalarse. Aunque todavía no es oficialmente verano, en Granada el calor ya se hace notar. Además, la aparente pureza del ambiente no logra camuflar el peso invisible de los casos en los que trabajan. Fuera, los ruidos de una moto y los pasos acelerados de peatones se mezclan con el zumbido de las cigarras, tan típicas de esta época. Dentro, reina un silencio inquietante.

Mientras se ajusta el mono blanco y los guantes, se detiene un momento a observar la estancia principal desde la puerta de entrada: muebles minimalistas, superficies impecables y un orden que roza lo obsesivo. Todo huele a limpio, a desinfectante, pero ese olor no es reconfortante; parece un disfraz para lo que yace oculto. Recuerda las muchas escenas en series y películas en las que los protagonistas se preocupaban por el penetrante olor a lejía durante los registros.

—Por aquí, Javier —le indica Mónica, señalando el dormitorio principal e interrumpiendo sus pensamientos.

—Perfecto. ¿Por dónde vais? —pregunta mientras toma el kit para huellas.

—Estamos revisando las mesitas de noche. Nos queda la cómoda y el armario. Quédate tú aquí y yo empiezo en el dormitorio secundario junto con Ana.

—Genial —asiente.

Llega al dormitorio, donde dos de sus compañeros revisan palmo a palmo cada mesita de noche.

—Hola, chicos —saluda.

—Buenas —responden al unísono, concentrados en su tarea.

Con los guantes enfundados, Javier coge el material y se pone manos a la obra. Ya les falta poco y el foco lo tienen puesto en encontrar algún doble fondo donde Iván pueda guardar cosas relevantes, tal y como les pasó con Fernando y su taquilla en la gasolinera. En el piso de Almería han encontrado dinero detrás de una hornacina que tenía en la ducha, bien protegido para evitar la humedad.

Pensándolo fríamente, a Javier le parece una genialidad. Él jamás hubiera puesto dinero donde hubiese agua cerca.

Decide comenzar por el armario: marrón chocolate como el resto de mobiliario del dormitorio, de corte sencillo, aunque elegante y sobrio, que, en opinión de Javier, dista mucho del estilo que él esperaba para alguien joven.

—Para gustos, colores —murmura, dejando salir su pensamiento.

Está anclado a la pared, así que decide empezar por ahí. Retira la ropa después de buscar en los bolsillos y solapas, sin encontrar nada relevante. Por lo que conocen de Iván, le hubiese parecido extraño encontrar algo entre su ropa; poco inteligente. Aunque también está el dicho de que, a veces, lo más inteligente es precisamente esconder algo a la vista.

Se intenta concentrar apretando el fondo del armario, aunque su mente sigue ocupada por las llamadas que ha hecho de camino a la vivienda. Había contactado a Juanjo y a Noelia para saber si alguno tenía noticias de Marta. Noelia, muy angustiada, incluso había llegado a preguntarle por su propia seguridad. Juanjo, en cambio, le ha resultado... incómodamente tranquilo. «¿Por qué no parece más afectado?», piensa mientras sigue palpando el fondo en busca de un sonido que revele un hueco detrás. «¿Y por qué su tono sonaba casi impaciente, como si quisiera terminar rápido la conversación?».

No parece haber nada.

Frunce el ceño con frustración al pensar en Marta, cuyo secuestro le resulta cada vez más desconcertante.

Después de hablar con sus amigos, llamó a la inspectora para contarle las novedades, pero no estaba en su despacho. Pensando que habría pasado algo, contactó al comisario, quien le confirmó que no había cambios relevantes.

Sigue palpando las paredes del armario sumido en sus pensamientos. Cuando llega al suelo, siente un crujido.

Bingo.

Ve una pestaña minúscula, como un resorte. Tira levemente hacia arriba y desliza, descubriendo un doble fondo bajo el armario.

Vacío.

—Mierda… —Chasquea la lengua, disgustado. Aunque era de esperar, tenía la esperanza de encontrar algo valioso. Un eco de decepción atraviesa su pecho, pero no puede permitirse bajar la guardia.

Se dispone a coger las huellas que pueda haber en la zona y avisa a sus compañeros.

—Aquí hay un doble fondo, pero está vacío. Qué tal las mesitas de noche, ¿alguna novedad?

—Nada por aquí —responde Víctor—. Voy a empezar con la cómoda.

—Ahora te ayudo, Víctor. Me falta el último cajón de esta mesita, pero de momento tampoco hay nada interesante —comenta Daniel.

Javier se inclina para ir echando el producto por secciones, para facilitar que el polvo se distribuya de manera uniforme. Empieza por los bordes de la tapa y va recogiendo algunas huellas.

Cuando lo aplica en la pared del fondo, una mano completa se revela.

Una mano que, desde luego, no pertenece a un hombre.

Y mucho menos de las dimensiones de Iván.

Sigue recogiendo huellas, con el pulso ligeramente acelerado. Su mente comienza a entretejer posibilidades. «¿Quién podría haber estado hurgando aquí? ¿Acaso Marta?». La emoción crece, pero también el temor.

23

SILENCIO ROTO

Hasta en la oscuridad puede encontrarse esperanza.

Jefatura

14 de junio de 2016. 12:30 horas.

Quedan nueve horas y media.

La mañana ha cundido bastante y el equipo ya está de vuelta en comisaría, cotejando las huellas encontradas. Gracias al caso de Rachel, tienen las de los amigos, así que será fácil averiguar si la mano es de Marta.

Javier deja a sus compañeros en el laboratorio y se dirige rápidamente al despacho de la inspectora. No encuentra a nadie, así que se va a la sala de reuniones.

Mientras Ester revisa las grabaciones de la cámara de Natalia, el cansancio empieza a hacerse notar de nuevo, pero la inspectora no se permite descansar. La búsqueda es demasiado importante. Hace pausas en las secuencias, observando con cuidado cada rostro, cada gesto.

Nada.

Tomás tiene delante el portátil de Gloria y la mesa llena de informes. Lo que han visto sus ojos hasta ahora supera cualquier cosa que él haya presenciado jamás.

El sonido de la puerta los saca de su concentración.

—Hola. Tengo novedades —saluda Javier.

—Hola —contestan al unísono, dejando a un lado lo que están haciendo para prestar atención a su compañero—. ¿Qué has encontrado? —pregunta Ester.

Javier detalla lo ocurrido con el doble fondo y las huellas.

—Mi teoría es que la mano es de Marta, lo cual explicaría por qué la ha secuestrado Iván. Quizá encontró algo que no debía y él la sorprendió.

—Me encaja. A ver qué nos dicen desde el laboratorio —comenta Tomás. Ester cabecea, de acuerdo.

—Y tengo otra preocupación —añade Javier—. Os contó Carrillo lo de las llamadas a Juanjo y Noelia, ¿verdad?

Tomás y Ester asienten y Javier les cuenta sus impresiones.

Pero la reacción de sus compañeros no es de sorpresa. Ya manejaban otra hipótesis: Iván no actuaba solo.

—Creemos que Juanjo podría estar implicado —admite Ester, directa.

—¿Juanjo? —replica Fernández, incrédulo. —No me pareció tan preocupado como Noelia, desde luego, pero... ¿aliado de Iván?

Tomás asiente con gravedad.

—Su comportamiento nos llama la atención. Como teníamos pendiente mirar la *deep web*

para buscar más pruebas contra Iván y su padre, hemos pedido al equipo de informática que investigue si hay conexiones con Juanjo. Queremos descartar que esté involucrado en el intercambio de información o algo peor.

La conversación flota en el aire mientras Javier digiere las palabras.

—Realmente tiene sentido. A mí la conversación con él me ha parecido incluso abrupta, como que tenía prisa, ¿sabéis? —La pregunta es retórica. Se le escapa un suspiro e inquiere—: ¿Vosotros qué tal vais?

—A mí me queda revisar el último vídeo de Natalia —contesta Ester —, pero de momento nada me ha llamado la atención.

—Yo apenas estoy empezando con el portátil de Gloria. Sigo en la carpeta "Juguetes de familia", en la que hay más de 40 vídeos.

—Madre mía… ¿Qué puede llevar a una persona a hacer eso? —se pregunta Javier, de nuevo más para sí mismo que para sus compañeros.

—La vida está llena de maravillas, pero también de cosas terribles —añade la inspectora.

—Desde luego —conviene Javier —. Voy a ayudar a mis compañeros de informática a ver qué encuentro.

—Perfecto, Javier, gracias. Nos avisas con lo que sea —se despide Ester.

Fernández se gira, pero antes de llegar a la puerta, el timbre del móvil de Ester corta el aire. La inspectora siente un nudo en el estómago; solo unas pocas personas tienen acceso directo a esa línea.

Número oculto.

Se apresura a contestar.

—Inspectora Ester Espejo. —Su voz es firme, aunque una corriente de nerviosismo se filtra en su tono.

Sus compañeros la miran, expectantes.

Una respiración pesada responde desde el otro lado de la línea. Por un momento, Ester piensa que es una broma o alguien que ha marcado el número equivocado. Pero entonces lo escucha:

—¡Ayuda! —La voz de Marta llega entrecortada, casi irreconocible por el llanto y el pánico. —Por favor… está aquí Glo…

El grito se corta abruptamente con un ruido seco, como si alguien hubiera golpeado el teléfono. Ester se pone de pie de un salto, su silla cae al suelo detrás de ella.

—¡Marta! —grita.

Tomás y Javier corren hacia ella, alarmados por el tono de su voz.

—¿Qué ha pasado? —preguntan con urgencia.

Ester señala el teléfono, apretando los dientes.

—Era Marta. Sonaba aterrada. Se ha cortado la comunicación justo antes de poder terminar. Creo que intentaba decirme que su hermana también estaba ahí, con ella.

Su mente corre en mil direcciones. «¿Cómo había logrado hacer esa llamada? ¿Había escapado? ¿Era una trampa?».

Tomás interviene, más calmado:

—Puede que Iván no haya sido tan cuidadoso esta vez. Si Marta tenía el teléfono, quizá dejó algo más a su alcance. Algo que podamos rastrear.

Ester no responde. Se queda mirando el teléfono, sintiendo cómo el frío del aparato se filtra en su piel mientras su mente batalla entre la esperanza de que Marta esté viva y el temor de que esa llamada haya sido su último grito de ayuda.

—¿Y si es una trampa? —verbaliza al fin.

—Con Iván todo es posible, pero tenemos que pensar que todavía hay esperanza —la anima Tomás.

La inspectora asiente en silencio. Ella es la que siempre ve lo positivo en las situaciones; su vaso siempre está medio lleno. Sin embargo, en esta investigación parece que todo está del revés.

—La llamada ha durado menos de un minuto —interviene Javier, que había permanecido en silencio analizando posibles soluciones—. Lo único que podemos hacer es solicitar los registros a la operadora. Con un poco de suerte, podremos ver las torres que ha usado el teléfono durante la conexión.

—Buena idea —reacciona Ester—. Yo me encargo de llamar y acelerar el proceso.

Tomás asiente, cruzándose de brazos con gesto pensativo.

—¿Entonces crees que podremos acotar la ubicación? —pregunta, con el ceño fruncido.

—Necesitamos el historial de conexiones con las torres para identificarla —responde Javier —. No será tan preciso como una triangulación en tiempo real, pero nos dará una idea de la zona —explica con tono decidido mientras abre la puerta.

Los pasillos de comisaría nunca se les habían antojado tan largos. La luz blanquecina de las luces del techo vuelve el entorno casi estéril. Los tres avanzan decididos, con la inspectora al teléfono pidiendo a las operadoras los informes.

—¡Maldita sea! —murmura Ester, chasqueando la lengua y colgando la llamada—. Necesitan algo por escrito, por supuesto —aclara, ante las miradas expectantes de sus compañeros.

—Ahora les enviamos la petición desde mi ordenador —ofrece Javier.

—Sí, además, así nos darán acceso directo según me ha comentado. Conocen el caso de Rachel, pero no pueden facilitarnos los datos sin más, sin una solicitud con nuestra firma —explica la inspectora—. En nada que la enviemos vuelvo a llamar. No podemos permitir que se atrasen lo más mínimo.

Caminan acelerados, ya a punto de llegar a su destino. Ester va pensando en todo lo que han dicho sus compañeros y su expresión cambia: el hecho de que Marta haya podido hacer esa llamada significa que sigue viva… y tal vez no está tan lejos como creen.

24

CONTROL

Donde no hay escapatoria, se siembra el miedo.

Sótano

14 de junio de 2016. 12:30 horas.

Quedan nueve horas y media.

La noche en el sótano ha pasado lenta y mal; ha sido una experiencia agonizante e infernal. Marta nota el cuerpo pesado y un dolor punzante le atraviesa el cráneo. Siente como si su cabeza estuviera a punto de estallar, con una presión implacable que no da tregua.

El cuerpo de su hermana Gloria sigue meciéndose suavemente, en un movimiento apenas perceptible. Sabe que sigue viva porque el pecho se le mueve con la respiración. El ritmo es lento y entrecortado, pero ahí está.

Se pregunta qué clase de somnífero habrá usado para que todavía permanezca inconsciente.

Los primeros rayos de sol llevan un rato filtrándose a través del ventanuco y ella agradece la luz natural. El parpadeo de la bombilla la iba a volver loca.

Iván

Observo a las hermanas. La risa me posee al recordar lo sencillo que ha sido manipularlas, aunque rápidamente se transforma en una sensación áspera en la garganta. Maldito zulo polvoriento.

Mis pensamientos divagan, rozando los bordes del tedio, hasta que la frustración comienza a burbujear en mi interior. Estoy demasiado aburrido y no tardaré en enfadarme. Lo noto. Las puntas de los dedos me arden.

La policía no tiene ni puta idea de lo que está pasando. Aunque seguro que mi padre ya se ha ido de la lengua. El muy imbécil... Siempre arruinándolo todo con su bocaza y su falta de control.

No puedo dejar que esta situación se me vaya de las manos. Pero el descontrol se filtra en mí como un veneno lento, afilado. Hace horas que lo noto, arañándome la calma.

Gloria empieza a moverse ligeramente. El efecto de la droga ya se está disipando. Marta la observa con una mezcla de alivio y pavor, pero yo solo siento desprecio. Qué espectáculo tan patético.

Marta está agotada, pero no rota. No todavía. Su respiración irregular y su mirada fija en Gloria son casi conmovedoras. Sé que está al límite. Solo necesita un pequeño empujón.

Miro el móvil, colocado en la esquina de una mesa desvencijada que se tambalea con el más mínimo roce. Mis pensamientos van a mil revoluciones.

—¿Qué tal si hacemos un pequeño experimento? —La voz suena ronca, seca como el polvo del sótano, fruto de estar en silencio tantas horas.

Los ojos de Marta se abren de par en par, quizá incrédula, quizá sorprendida por la idea repentina. No es necesario insistir.

—Si quieres que ella sobreviva... —mi mente completa la frase. Las palabras flotan, ya dichas, ya comprendidas. Basta con mi mirada.

Marta sabe lo que tiene que hacer.

Una llamada. La policía sigue siendo tan inútil que necesitan que les den las pistas en bandeja. Si ella hace una llamada, será como lanzarles un cebo. Algo para entretenerlos mientras todo sigue su curso.

El teléfono. Ese pequeño aparato que puede cambiarlo todo. Ahora está en su poder. Sus manos tiemblan mientras lo sostiene. Los números ya marcados. Duda. Es tan predecible. Yo sonrío. Esta es la mejor parte: el instante en que cruzan el límite, en que toman la decisión que no podrán deshacer.

El tono de llamada rompe el silencio, espeso como el aire rancio del sótano. Marta apenas respira. Gloria sigue inmóvil. Y yo... yo disfruto cada segundo. La angustia, la tensión, la expectativa.

No importa lo que diga en la llamada. Es irrelevante. Lo único que cuenta es que muerdan el anzuelo. Y yo sigo aquí, inmóvil, moviendo los hilos.

—Inspectora Ester Espejo. —La voz de la interlocutora reverbera con un leve deje de nerviosismo.

Marta sigue en silencio, pero el sonido de su respiración se percibe en cada centímetro del sótano. Casi se puede oír su corazón latir, desbocado.

Finalmente, grita.

—¡Ayuda! —Se le rompe la voz. —Por favor… está aquí Glo…

Pum. Manotazo.

La llamada se cuelga y el teléfono cae al suelo.

Saboreo el momento.

25

PODER

La manipulación se revela de muchas formas.

Primavera de 2010.

El aula está en silencio, salvo por el rasgueo de los bolígrafos y el zumbido lejano de una mosca atrapada en la ventana. Gloria no presta atención al ejercicio de Matemáticas frente a ella; sus ojos están fijos en David, un chico de su clase que intenta resolver un problema en la pizarra. Es listo, pero torpe, y eso la divierte.

Sabe que él la mira cuando cree que nadie lo nota, un vistazo fugaz que delata lo fácil que sería tenerlo en sus manos. Hoy ha dejado caer, como al descuido, que necesita ayuda con el próximo examen. La invitación quedó suspendida en el aire, suficiente para que él se ofrezca a estudiar con ella en la biblioteca después de clase. Gloria sonríe para sí misma, anticipando la victoria.

Cuando la campana suena, recoge sus cosas con calma, ignorando a David hasta que él la alcanza en la puerta. Su voz tiembla un poco al hablarle, y eso la hace sentir invencible.

En la biblioteca, el juego comienza. Deja que él le explique conceptos que ya entiende, inclinándose lo justo para que perciba su perfume. Sus respuestas parecen ingenuas, pero están cuidadosamente diseñadas para que él crea que está al mando. Gloria evalúa cada reacción, midiendo qué palabras o gestos hacen que él se ruborice más. Se muerde el labio con dulzura y picardía, apenas un gesto leve, pero suficiente para notar que a David le tiembla ligeramente la voz.

Cuando lo despide con una sonrisa agradecida, aunque falsa, sabe que lo tiene donde quiere. No le interesa David como persona; lo ve como una herramienta, una práctica para algo mayor. Tener el control es su objetivo, y cada interacción no es más que una estrategia para alcanzar la perfección en su juego.

Cuando llega a casa se siente poderosa y llena de energía. Necesita canalizarla de alguna manera, pero su hermana no está. Lástima.

Va para su dormitorio con un objetivo en mente y, al pasar por el despacho, ve a su padre con el ordenador encendido.

—Hola —saluda.

—Hola, cielo. ¿Qué tal tu día? —le pregunta, amable.

—Bien. Me he quedado con David practicando Mates. ¿Y el tuyo?

—Atareado. Pero ahora que ya he mandado unos correos que tenía pendientes, voy a aprovechar para jugar un poco al ajedrez con un amigo —le explica. A Gloria no le interesa lo más mínimo, pero sonríe.

—Genial, yo voy a la ducha.

Se despide de su padre y se encamina hacia su habitación. De repente, cae en la cuenta de que

ambos están solos en la casa. Y ella ya sabe lo que su padre hace cuando no hay nadie más en la vivienda o, como ahora, su hija estará ocupada en la ducha. Lleva muchos años espiándolo, observando su comportamiento.

Gloria coge su ropa y va al baño a dejar que el agua corra, fingiendo que ya está dentro. Acto seguido se dirige hacia el despacho y ahí está, inconfundible, su padre masturbándose. Como siempre, usa un vídeo de dos mujeres. A veces aparecen en posturas de dominación la una con la otra; otras veces, son vídeos más simples. Pero siempre mujeres delgadas, con buen pecho. Rubias.

Siempre le sorprenderá, sin embargo, el poco tacto, la mente tan inútil. ¿Por qué deja la puerta abierta si sabe que no está completamente solo?

Deja a su padre terminar con su tarea y vuelve al cuarto de baño. Cuando se está desnudando, observa su cuerpo en el espejo: delgada, pero con las primeras curvas de su futuro cuerpo de mujer haciendo acto de presencia. La regla le vino cuando apenas tenía once años, así que ya tiene bastante pecho si se compara con las chicas de su edad. Su pelo, rubio, cae largo hasta casi rozarle el culo.

De repente, el pensamiento golpea su mente:

¿Y si su padre deja la puerta abierta a propósito?

26

TRAICIÓN

Hay palabras que duelen más que mil puñales.

Granada

12 de junio de 2016. 20:30 horas.

Veinte horas antes del secuestro.

Las calles de Granada la reciben con una temperatura infernal que no tiene pinta de bajar pronto. Aunque solo había una pareja en la cafetería, no puede seguir leyendo el diario en público. Iván está enfermo. Todo esto es superior a sus fuerzas y es mejor enfrentarse a lo que le queda en soledad.

Marta todavía se siente mareada. Las piernas le pesan y nota cómo el pulso le palpita en las sienes. Como un martillo.

Pum, pum, pum.

Camina como un autómata sin prestar atención a la dirección a la que sus pasos la dirigen. La mente le va a mil por hora. Sabe que el cuaderno alberga horrores, pero su curiosidad está disparada.

Ahora toma sentido en su mente: todo lo que siempre se ha dicho sobre que el morbo está presente en este tipo de casos. Por mucho que se imagine lo que puede encontrar en sus páginas, está deseando llegar a algún sitio privado y seguir leyendo.

Hay algo de masoquismo en sus ganas de abrir los ojos al fin.

Continúa su paseo y llega a Emperatriz Eugenia, una de las calles más vivas de la zona centro de Granada, pero que ahora no está demasiado concurrida. Aprovecha que, a su derecha, en el cruce con el Carril del Picón, hay una pequeña plaza con bancos y una fuente en medio. Los árboles le darán cobijo.

Se sienta en el más alejado de todos, el único que se encuentra vacío. Respira con dificultad, el corazón le late con fuerza y las manos le tiemblan. Pero necesita leer. No sabe dónde podría ir para estar totalmente a solas, así que ese banco servirá.

Mira a su alrededor, coge aire y saca el cuaderno. Lo abre por la mitad y pasa algunas páginas hasta que llega a un encabezado que llama su atención. Ese fue uno de sus primeros viajes juntos.

Cuenca, 2013

El olor de Rocío me ha embriagado. Normalmente es algo que no atraería especialmente mi atención; eso es más del estilo de mi padre.

Sin embargo, el suyo ha envuelto cada poro de mi piel. Su pelo, largo y moreno, más bien

liso, huele a coco y flores, una combinación fresca que, contra todo pronóstico, me ha llevado de vuelta a la infancia, a las noches de feria de verano con mi padre. Es curioso: ese recuerdo no me provoca añoranza. Solo incomodidad, como si una sombra intentara colarse en mi mente y arruinara mi calma. No soporto las emociones que no puedo controlar, y la nostalgia es una de ellas.

Pensándolo bien, me alegro de haberla elegido como próxima víctima. Así ese olor desaparecerá.

Esta noche brindaré con Marta para celebrar nuestro aniversario; el resto sucederá como siempre.

Estoy deseando llegar al piso que ha preparado mi padre para disfrutar del espectáculo.

Marta no deja de temblar. El calor sofocante de Granada no ayuda, pero la verdadera razón es lo que acaba de leer. Sus ojos recorren una y otra vez las páginas del diario de Iván, como si buscara una manera de racionalizar lo que él ha escrito. Palabras cuidadosamente seleccionadas describen, con un placer casi poético, los momentos más oscuros de su vida. ¿Cómo es posible que alguien que ha sido parte de su mundo, alguien a quien ha amado, pueda ser capaz de semejante monstruosidad?

Marta cierra momentáneamente el diario, intentando recordar ese viaje. El hotel aparece en su mente con una claridad que duele...

Un alojamiento en el centro de la ciudad. Habitación sencilla, con dos camas individuales unidas. Sábanas blancas y edredones a juego, con un reposapiés color vino que combinaba perfectamente con las pesadas cortinas y los marcos de las ventanas. El baño, aunque antiguo, estaba impoluto y, encima del lavabo, podían encontrar artículos de aseo. Una tabla de madera decorativa cruzaba la bañera; apoyados encima encontraron sales de baño y dos pastillas de jabón con un dulce olor a lavanda. Marta se sintió la persona más afortunada del mundo. Iván la había llevado de viaje a Cuenca como regalo por su aniversario. Habían llegado por la mañana, dejado todo en la habitación del hotel y, seguidamente, habían ido a explorar la ciudad. Poco antes de las dos del mediodía les dio hambre y entraron a un restaurante del centro, bastante castizo, en el que las raciones eran abundantes y deliciosas. Se pusieron las botas.

Después de comer, él le había dicho que tenía una sorpresa para ella, pero que necesitaba ir solo a un sitio, que si no le importaba esperarlo en alguna cafetería o irse de tiendas. Claro que aceptó.

Logra parar el recuerdo y coge aire para evitar hiperventilar. Trata de mantener la calma. A su alrededor, el sonido tenue del agua que brota de la fuente le proporciona un contraste casi cruel: un rincón de paz en medio de su caos interno. El cielo, teñido de tonos anaranjados, parece mirarla con indiferencia, como si nada hubiera cambiado. Sin embargo, para Marta, todo ha cambiado.

Suspira, sintiéndose estúpida. «¿Cuántas cosas me has ocultado sin que yo lo notara?», piensa, frustrada, enfadándose consigo misma. Los recuerdos de su infancia invaden su mente: los juegos en la casa familiar, las risas que compartían... y, por supuesto, Gloria. La favorita. Con su hermana aprendió a ser fría y a tener una coraza fuerte. Ahora se da cuenta de que no era tan resistente como ella creía; Iván la atravesó sin problemas.

Reflexiona acerca de lo que acaba de leer y recordar. Iván tuvo que aprovechar ese momento para ir a ver a la tal Rocío que describe en ese pasaje. Cuando la llamó para ver dónde estaba,

una hora después, ella paseaba por el centro de Cuenca, ilusionada pensando en la sorpresa que su novio le tendría preparada. «¡¡Qué inocente, qué tonta!!», se insulta mentalmente.

Le dio un collar precioso y una foto de ambos de ese mismo día en la ciudad. Coronó la cena con un ramo de flores. Ahora, ese recuerdo le duele igual que le repugna. Llora de impotencia. Menos mal que nadie puede verla; sigue sola en las inmediaciones de la pequeña plaza.

Se seca las lágrimas, traga saliva, y abre el diario para seguir leyendo.

Cada vez perfeccionamos más la técnica. El grito de Rocío al verse colgando de los ganchos y sentirse desnuda ha destrozado sus cuerdas vocales. Una lástima. Sin embargo, a pesar de la voz ronca que ha seguido después, el vídeo ha quedado espectacular. El terror que emanaba de su garganta mientras le hacía cortes en los pezones me la ha puesto tan dura que casi me desconcentro.

Sus ojos, de un marrón profundo, se abrieron tanto que me resultaron casi cómicos.

Cuando terminamos la función, mi padre insistió, como siempre, en que quería lamerla. También me suplicó poder penetrarla con protección. Ha sido tan pesado que, al final, le he dejado el sujetador para que se corra en él. Me ha costado contenerme: me enerva demasiado cuando se pone así.

Después de recogerlo todo minuciosamente, llevamos el cuerpo a un descampado a las afueras de la ciudad que habíamos investigado previamente. Sin cámaras cercanas, sin tráfico, apenas iluminado por una farola en una calle aledaña. El lugar era perfecto. Colocamos el cuerpo con sumo cuidado junto al muro que había al fondo, entre unos arbustos, y nos alejamos sin prisa.

Son las cuatro y media. Estoy duchado, limpio y listo para meterme en la cama. Marta sigue dormida, gracias a las drogas que le administré en la cena.

La emoción que recorre cada célula de mi cuerpo es tan intensa, que dudo que pueda dormir. Pero tengo que intentarlo.

La zapatilla de Rocío ya descansa en mi maleta y el olor de su pelo jamás volverá.

Marta cierra el diario con un movimiento brusco, como si le quemara entre las manos. Siente que le falta la respiración; el mareo la obliga a inclinarse hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas y sujetándose la cabeza con las manos. La sensación de náusea no viene solo del calor ni de la falta de aire. Es el peso de la revelación, de la traición. Su novio la drogaba para poder asesinar con tranquilidad.

Lucha contra sí misma para no tirarse del pelo.

Cuando era más pequeña, desahogaba la frustración tan grande que sentía ante muchas situaciones vividas con su hermana pegándose golpes en la cabeza o tirándose del pelo cuando nadie la veía. Con los años, ha logrado ir reduciendo esos impulsos, pero ahora tiene que hacer un esfuerzo titánico para no hacerlo.

Sus dedos aprietan el cuaderno con tanta fuerza que las yemas le duelen. Quiere arrojarlo lejos, olvidarlo, pero sabe que no puede. Ese horror es su realidad ahora, una verdad que tiene que enfrentar.

Aprieta los labios, sintiendo una mezcla de rabia y tristeza. No solo por lo que él ha hecho, sino por lo que eso significa para ella. Ha compartido con él momentos que, hasta ahora, atesoraba como recuerdos felices. «¿Eran todos una mentira o Iván, en algún rincón escondido de su ser, realmente me ha querido?», se pregunta, destrozada.

Se lleva las manos a la cara, tratando de contener las lágrimas que amenazan con volver. Lo que acaba de leer no puede ser cierto, y, sin embargo, sabe que lo es. Todo encaja: los viajes, los detalles… Lo que más le atormenta es la dualidad de un hombre capaz de sonreírle con ternura mientras guarda ese monstruo dentro.

Mira a su alrededor, sintiéndose expuesta incluso en la soledad de la plaza. Guarda el diario en su bolso con manos temblorosas y respira hondo. Se pone de pie, tambaleándose un poco. Necesita aire fresco, necesita claridad. Son las nueve y el cielo empieza a oscurecerse; con ello, la plaza adquiere una atmósfera más tranquila.

Aún quedan más páginas por leer, pero no está segura de querer descubrir lo que viene después. Y, sin embargo, sabe que volverá a abrirlo.

Porque el temor a lo que pueda encontrar es insignificante frente a su necesidad de saber.

27

SOMBRAS Y PANTALLAS

Hay puertas que nunca deberían abrirse.

Jefatura

14 de junio de 2016. 13:00 horas.

Quedan nueve horas.

La puerta del departamento de informática se cierra tras ellos con un sonido metálico. El aire parece más denso, como si la tensión de los últimos días hubiera impregnado cada rincón de la sala. Javier corre hacia su mesa, con la urgencia espoleando sus talones.

La habitación está llena de pantallas. Las luces blanquecinas proyectan sombras duras en los rostros cansados de los agentes, acentuando la sensación de aislamiento. Todo se mueve a un ritmo frenético: el murmullo constante de teclas y voces de otros oficiales que se sumergen en la complejidad de la *deep web*, buscando rastros, pistas ocultas. Algunos están en silencio, con la concentración grabada en sus rostros; otros discuten en voz baja sobre posibles conexiones y rutas.

Ester le facilita a Javier un folio que acaba de sellar y firmar para que éste pueda escanearlo y enviarlo a las operadoras por correo electrónico. Unos minutos después, Tomás se inclina hacia su estación de trabajo, impaciente.

—¿Todo listo? —le pregunta, mirando a su compañero.

—Casi. Ya les he mandado la solicitud oficial escaneada. Ahora tenemos que esperar la confirmación —responde Fernández, absorto en las pantallas que parpadean frente a él.

El cursor titila en la pantalla, y Javier aprieta los dientes mientras el correo parece tardar siglos en actualizarse. Ester tamborilea con los dedos sobre la mesa, incapaz de ocultar su frustración. Cada segundo perdido lo siente como un golpe directo a su esperanza.

El brillo de las luces frías hace que todo se vea aún más distante, como si la realidad se desvaneciera por momentos.

—Voy a quedarme con Javier hasta que le respondan. ¿Puedes llamar a Juanjo de nuevo? Hay que localizarlo como sea —pide Ester al subinspector.

—Por supuesto. Pero se me ha ocurrido algo mejor. Voy a ir a su piso a ver si es verdad que no está en Granada —añade, ante la mirada inquisitiva de su compañera.

—Me parece bien —asiente la inspectora, con una pequeña sonrisa de satisfacción y orgullo. Su equipo siempre al pie del cañón.

Tomás sale del departamento de informática con rapidez, teléfono en mano. El crujido de la puerta devuelve a la inspectora a la realidad.

—No te han contestado, ¿verdad? —pregunta, nerviosa.

Javier niega con la cabeza y gira la silla hacia su jefa.

—¿Quieres que investigue a ver cómo van mis compañeros con la *deep web*? —sugiere.

—Vale. Voy a llamar a la operadora de nuevo para insistirles mientras tanto.

Ester siente los nervios a flor de piel. La cuenta atrás se agota. A veces siente que están cerca; otras, se atormenta pensando que ya es demasiado tarde.

El tono del teléfono resuena una y otra vez en su oído, burlándose de ella. Ester cierra el puño, conteniendo su frustración. Cada repetición le recuerda lo que está en juego. Marta, con su rostro joven y vivaz, aparece como un destello en su mente. «¿Está asustada? ¿Intentando escapar? ¿O ya...?». Ester sacude la cabeza con fuerza. No puede permitirse pensar en eso ahora.

Al sexto timbre, salta una máquina automática. Normalmente las tolera, pero hoy no soporta tener que hablarle a un robot para conseguir conectar con una persona al otro lado de la línea.

Pasan diez largos minutos de espera y, cuando está a punto de colgar, por fin oye una voz. Le suena a ángel caído del cielo.

—Soy la Inspectora Ester Espejo, del grupo de Homicidios de la ciudad de Granada. He hablado antes con su compañera Laura… —Ester se sumerge en una breve explicación y le menciona el documento que han enviado hace un cuarto de hora.

Tras cinco minutos de conversación, a Javier le llega un correo electrónico con las instrucciones para acceder a la información de las torres.

—Muchas gracias por su ayuda —se despide Ester—. Javier, ya tenemos algo —lo llama.

Fernández se acerca rápidamente y, sin perder un segundo, sus manos vuelan sobre el teclado, como las de Mozart en plena sinfonía.

—Los compañeros han encontrado algo en la *deep web* —informa mientras tanto—. En un foro bastante turbio, los usuarios anuncian vídeos, imágenes y grabaciones de un sinfín de hechos repugnantes, como violaciones en masa, pedofilia, *snuff movies*…

—Siempre que pienso que el ser humano no puede sorprenderme más, descubro que estoy equivocada —susurra Ester con pesar en la voz.

—Pues sí, la verdad es que el ser humano es increíble en muchos aspectos —concuerda Javier —. Los compañeros han podido ver en ese foro a un usuario que anuncia vídeos jugosos, incluyendo una imagen de lo que pueden esperar quienes paguen el acceso —continúa—. La última foto subida es de Rachel. Parece que lo tenemos, Ester.

La inspectora se palmea las piernas en gestos rápidos de felicidad y victoria mientras sonríe a su compañero.

—Gracias, chicos —anuncia en voz alta para el resto del equipo—. Seguid por esa línea de investigación, que ya es nuestro. Recordad que buscamos un cómplice también.

Sus compañeros asienten, felices pese a la situación, y siguen manos a la obra.

Tras unos minutos de espera, el sistema empieza a arrojar datos de las torres.

Javier interviene, señalando la pantalla.

—Aquí está: la llamada pasó por dos torres principales. La primera está cerca del polígono industrial a las afueras de Alfacar y la segunda, en el camino hacia esa misma localidad.

—Dame un segundo. —Ester aprieta los labios, revisando un mapa detallado en su teléfono, olvidando la felicidad momentánea anterior.

El pueblo de Granada donde se ha triangulado la señal comprende un área bastante grande, pero la red de torres y el terreno irregular ayudarán a limitar la búsqueda. No hay tantas casas, lo cual les facilita la tarea.

—Avisa a las patrullas cercanas para que revisen la zona entre esas dos torres —ordena finalmente, recuperando la firmeza—. Que revisen carreteras secundarias, entradas a caminos,

cualquier sitio donde puedan haberse detenido. No dejéis nada al azar.

Mientras Javier se pone manos a la obra, Ester se queda mirando la pantalla, la tensión se dibuja en cada línea de su rostro. Aunque tienen más información que hace unos minutos, la incertidumbre sigue atenazándola. La región entre las dos torres es extensa, un laberinto de caminos rurales, antiguos olivares y varias casas y naves diseminados a las afueras del pueblo; cualquiera de ellos podría ser la clave.

El sistema continúa cargando datos adicionales. Javier se gira de nuevo hacia ella, señalando algo más en la pantalla.

—Espera, aquí hay algo. Parece que la señal se quedó fija en un punto durante un par de minutos antes de desconectarse.

Ester siente cómo un escalofrío le recorre la espalda.

—¿Fija? —pregunta, acercándose con el ceño fruncido—. ¿Dónde exactamente?

—Más cerca del polígono industrial. Es un margen pequeño.

Ester asiente rápidamente. Su mente ya trabaja a toda velocidad.

—Eso reduce las opciones. Avisa a las patrullas y diles que empiecen por ahí. Si hay una fábrica abandonada, un edificio en desuso o alguna casa aislada, todo tiene que ser revisado.

—Perfecto. ¿Quieres que me una a ellos? —pregunta Javier.

—Vale, ve con ellos mientras yo termino con la grabación de la cámara de Natalia, que me quedan dos tramos horarios que ver. En cuanto termine, me uno a vosotros. Pero necesito comprobar algo. —Su mirada se pierde por un instante, como si conectara piezas de un rompecabezas que solo ella puede ver.

Lleva unas horas con una sensación molesta en el cuerpo, como si su instinto le estuviera gritando algo.

Mientras Javier transmite las órdenes, Ester respira profundamente, obligándose a recuperar la calma. El tiempo corre y la sensación de que va en su contra es abrumadora, pero ahora tienen una dirección. Una chispa de esperanza se filtra entre las sombras de su preocupación.

¿Llegarán a tiempo?

28

PERVERSIÓN

La tentación puede presentarse de cualquier forma.

Verano de 2011.

Gloria observa a su padre desde el umbral de la puerta del pasillo. Está encorvado en el sillón, adormilado como siempre a estas horas en verano. No lo mira como una hija mira a su padre. No lo ve con cariño ni con respeto, sino con una mezcla de distanciamiento y curiosidad, como si fuera un experimento. Sabe cómo manejarlo. Sabe que, en el fondo, él desea lo que ella le ofrece. Pero el juego debe ser sutil. Un paso en falso y todo se derrumbará.

Lleva analizando su comportamiento desde que, hace un año y medio aproximadamente, se dio cuenta de que, quizá, dejaba abierta la puerta del despacho a propósito.

La trata siempre con cariño, pero ella nota algo más; es alguien que guarda secretos. Y ella sabe cómo usarlos.

A veces se da cuenta de cómo la observa mientras se agacha para coger algo del suelo, o cómo se le van los ojos hacia su escote cuando está arreglada, a punto de salir. Ha aprovechado la situación y lo ha provocado muchas veces a propósito.

Lo abraza más de la cuenta, le da más besos que antes y también ha pasado por su despacho en toalla, haciéndose la inocente diciendo que no sabía que estaba en casa.

Además, él lleva unos meses que, aparte de los típicos vídeos de mujeres teniendo sexo, ha incorporado otra temática: “padre e hija” seguido de diferentes escenarios como “son pillados infraganti”, “hija seduce a padre”, “padre seduce a hija”.

Desde siempre ha sabido que es adoptada. Aunque él la ha criado, no es su padre biológico, y eso le da una ventaja que ella no duda en explotar. Conoce el efecto que su cuerpo tiene en los demás; ese poder la embriaga, especialmente al sentir que incluso él terminará sucumbiendo.

Su padre se mueve en el sillón, probablemente incómodo por permanecer en la misma postura tanto rato.

Camina hasta la mesita auxiliar sin hacer ruido y deja su móvil posicionado de forma estratégica para que no se vea, pero apuntando al sillón. Sabe lo que tiene que hacer. Pone el teléfono en modo grabación y lo deja en el borde, apoyado contra una figura y un cuadro familiar que decora la superficie.

Se acerca a su padre con paso firme, pero sin prisa. Le gusta ese momento, la calma antes de la tormenta. Le sonríe sin abrir demasiado los labios, con un gesto calculado que no llega a sus fríos ojos azules.

—¿Papá? —Su voz suena suave, casi distante, como si estuviera probando algo. Él levanta la cabeza de inmediato, despertando bruscamente de su siesta.

—¿Qué pasa, hija? —responde, su tono algo adormilado.

Gloria se detiene a su lado, observando sus manos venosas, la lentitud de sus movimientos.

Parece tan fácil. Se ve tan vulnerable… Como si estuviera esperando cualquier excusa para que alguien le prestara atención.

—He estado pensando, papá —dice sin apartar la mirada de sus ojos—. No sé si realmente soy tu hija.

El aire se tensa un poco. Él la mira, confundido, como si no pudiera entender si lo que escucha es un juego o una verdad incómoda.

—¿Qué... qué quieres decir con eso? ¿Qué tonterías son esas? Claro que lo eres. —Su voz vacila, casi imperceptible, y se incorpora ligeramente en el sillón.

Gloria se acomoda en el sofá de enfrente sin prisa. Lleva una falda corta y un top a juego, perfectos para una tarde de playa. Deja las piernas ligeramente entreabiertas como si fuera un acto natural, como si estuviera en su propio espacio, sin que nadie tenga voz en el asunto. Ve que a su padre se le desvían los ojos por unos segundos y sonríe por dentro.

El hombre se encoge ligeramente, consciente de que algo no está bien.

—Solo quiero decir que… no sé si soy la hija que pensabas que tendrías. Soy otra persona, papá. Una que puede hacer lo que quiera.

Las palabras caen como un peso sobre él, aunque su expresión apenas varía. Permanece inmóvil, procesando lo que acaba de escuchar. Su reacción es mínima, casi imperceptible, pero Gloria sabe que ha sembrado la semilla. Ve la duda en sus ojos, una chispa de incertidumbre que pronto se convierte en sumisión. Ese es el tipo de poder que Gloria adora. No necesita alzar la voz ni imponer su voluntad con fuerza. Su poder es más sutil: un roce, una frase, el momento preciso. Todo empieza a girar en torno a ella.

Se pone de pie con calma, sus movimientos son precisos, medidos, como si todo estuviera cuidadosamente planeado.

—¿Sabes? —dice, mirándolo directamente a los ojos, sin vacilación—. A veces me pregunto qué harías si supieras lo que realmente quiero. Lo que realmente deseo.

Él la observa, pero sus palabras ya no le llegan directas. Son un murmullo distante, algo que no puede evitar escuchar pero que no sabe cómo detener.

Gloria se acerca a él lentamente; su presencia es imponente, a pesar de su juventud. Se sienta a su lado, en el brazo del sillón, apenas rozando su hombro, un gesto que podría parecer inocente, pero que sabe que no lo es. Cruza las piernas y la falda queda ligeramente levantada, lo justo para enseñar un poco de la braguita que hay debajo: provocando.

—No tienes ni idea de lo que sería capaz de hacer si pudieras verme tal y como soy en realidad —dice en un tono casi confidencial, lo suficientemente bajo como para que solo él pueda escuchar.

Él traga saliva, incapaz de apartar la vista de ella. Está completamente atrapado, y Gloria disfruta de la sensación. Sabe que está jugando con fuego, pero es un fuego que controla perfectamente. No necesita más que su presencia, su confianza, para que él se rinda.

La grabación continúa en silencio, pero Gloria sabe que está guardando una pieza importante. Todo está quedando registrado, todo está en sus manos.

Con una sonrisa sutil, casi imperceptible, Gloria se levanta y, entonces, su padre la coge de la muñeca y la acerca hacia sí. Ella lo mira, con sus ojos azules brillantes por la emoción. Lo ha conseguido. Tiene el control.

Su padre la besa y ella lo aparta suavemente. Se sube encima de él y nota la erección contra su sexo. Lo posee sin dejar que él lleve el ritmo. Ella manda. Como «madre» mandaba sobre ella tantos años atrás.

La interacción dura apenas unos minutos. Su padre acaba dentro de ella, y enseguida se pone

rojo de vergüenza. No sabe qué le ha pasado, cómo ha podido hacer eso. Él ha criado a esa niña desde que la adoptaron con tres años. Aunque no compartan sangre, es su hija.

—Yo… yo…. Perdóname, no sé cómo he podido… —empieza.

—Shhh —lo silencia—. Recuerda que, en realidad, no eres mi padre. Tú querías esto tanto como yo —le susurra.

Gloria se levanta, usando sus bragas como servilleta para no manchar nada. Recoge la falda del suelo y mira a su padre, triunfante. Ahora sabe que tendrá todo lo que quiera, siempre. Como con «madre».

—Nos vemos luego, papá —dice, como si nada hubiera pasado.

El hombre la mira, incapaz de hacer nada más que asentir, aún perdido en su propia confusión. Sin embargo, reconoce que le ha gustado.

Antes de irse, Gloria se acerca a la mesita y apaga la grabación sin que su padre sepa que todo está en vídeo. Luego, sale triunfal del salón. Necesita una ducha.

Piensa en Marta y en su madre, paseando por el centro comercial, ajenas a todo. Su madre... Gloria siente lástima por ella. Tiene al lado a un depredador y ni siquiera lo sospecha.

29

DISOCIACIÓN

¿Qué nos queda cuando nuestro mundo se rompe?

Granada

12 de junio de 2016. 21:00 horas.

Diecinueve horas y media antes del secuestro.

El shock invade a Marta; es incapaz de actuar con racionalidad y hace las cosas en modo automático Sus pasos la guían de forma inconsciente en dirección a su casa. Se siente más perdida que nunca.

La gente en los bares suena alegre y dicharachera, contrastando de forma dolorosa con su tormenta interior. Tiene unas ganas de llorar increíbles, pero se niega a derramar otra lágrima por ese ser.

Cada paso hacia su piso es un desafío. La imagen de Iván la atormenta, pero su mente sigue atrapada en el diario, como si pudiera encontrar allí una respuesta, un alivio. Sabe que no debería seguir adelante, que debería cortar de raíz su relación con él, pero el deseo de conocer cada detalle sobre su monstruosidad la consume. Es como si, de alguna manera, entenderlo todo le permitiera recuperar algo de control sobre su vida, algo que siente que se le escapa de las manos.

Cada página del cuaderno la acerca a una verdad que, aunque horrorosa, no puede dejar de lado, aunque su cuerpo y su alma le griten que lo haga. No sabe cómo enfrentarse a él cuando lo vea. Pese al calor que todavía se percibe en el ambiente, su cuerpo tiembla.

Tiene que contárselo a alguien, pedir ayuda. Lo más lógico sería acudir directamente a la policía, pero no puede. Antes quiere leer el diario completo, quiere entenderlo todo, tener la historia completa en sus manos, como si de alguna manera eso la hiciera más fuerte, más capaz de enfrentarse a él.

Sabe que está jugando con fuego, que cada segundo que pasa sin involucrar a las autoridades podría ponerla en peligro, pero el deseo de desentrañar la verdad la consume. No puede soltarlo. Si no lo termina, se sentiría vacía. Necesita saber tanto como necesita beber agua para vivir. Se ha convertido en algo físico.

Llega a su calle y visualiza el portal granate a lo lejos. Cada paso que da es más lento que el anterior. Una bola en el estómago crece y se hace más pesada cuanto más se acerca a su destino.

Incluso el número del portal, de color dorado, parece más apagado hoy.

Viven en un cuarto piso y, sin embargo, decide subir las escaleras. No sabe si Iván estará en casa, pero quiere retrasar el reencuentro lo máximo posible.

Mientras asciende, intenta mentalizarse. El ritmo de su corazón sigue acelerado, pero consigue calmarse un poco.

Cuando llega a su puerta, introduce la llave con un movimiento casi ceremonial. Le sudan las manos.

—Hola —saluda al entrar. Su voz ha sonado mejor de lo que esperaba.

El ventanal del salón le devuelve su propia imagen. El silencio invade el piso. Iván no está en casa.

Suspira aliviada, dejando caer su bolso en el armario de entrada. Tiene que encontrar un sitio donde esconder el cuaderno antes de que él lo descubra.

Va directa al baño a asearse. Son las nueve y cuarto de la noche, así que su novio debería llegar pronto si sus cálculos no fallan.

Se sorprende al ver su rostro reflejado en el espejo, más entero de lo que cabría esperar después de todo lo que ha leído. Cierra la puerta y deja el diario sobre la cisterna del váter.

Se enjuaga la cara con agua fría, buscando claridad. Mientras lo hace, un pensamiento la sacude. Su cesta de productos del pelo. Es el escondite perfecto. Está en la parte inferior del mueble del lavabo, detrás del papel higiénico. Iván jamás mira ahí.

Satisfecha con la idea, se sienta en la tapa del váter y abre el cuaderno. Ha decidido que necesita seguir leyendo.

En la soledad del baño, protegida por el pestillo de la puerta, tiene la privacidad suficiente para seguir hasta que él llegue.

Con las manos temblorosas, pasa las páginas hasta llegar donde se había quedado antes, en la plaza, preparándose para enfrentarse a los demonios que la esperan entre sus palabras. Sabe que cada línea la hundirá más, pero no puede detenerse.

Aranjuez, 2014

Ella era diferente. Desde que mi padre la había visto trabajar en un bar céntrico, su destino estaba sellado. Investigué su vida: simple, aburrida. Con excusas a Marta, me escapé alguna vez a Aranjuez para ultimar detalles con mi padre.

Lola me llamó la atención desde el primer momento en que la vi, paseando por los jardines de su pequeño pueblo. No llevaba prisa, disfrutaba del entorno como si tuviera todo el tiempo del mundo. Esa seguridad me irritó. Estaba deseando acabar con ella.

El plan estaba claro, como siempre. Había hecho el recorrido varias veces, estudiado cada detalle. Sin embargo, papá, con su estúpido afán por participar, casi lo arruina todo. Su torpeza me saca de quicio. Fue durante el acercamiento, cuando quiso intervenir demasiado pronto, haciendo que ella sospechara.

Tuve que apartarlo del plan del secuestro e improvisar otro viaje con Marta para que todo fuera más fluido y mi padre no estuviese cerca en el momento clave.

Marta y yo habíamos decidido visitar varios pueblos de los alrededores de Madrid, empezando por Aranjuez. Fuimos al bar por la tarde, buscando algo dulce para merendar.

Lola nos atendió con una sonrisa de cortesía, ni cálida ni distante; solo profesional. Me quedé con cada detalle: el jersey amarillo que contrastaba con su cabello castaño, los vaqueros ajustados, sus manos rápidas pero cuidadosas al servir. Era eficiente, metódica. Eso la hacía más interesante.

Marta y yo entablamos conversación con ella. Tenía que asegurarme de que me recordara.

Esa misma noche, después de dejar a Marta drogada en el hotel, la seguí. Sabía que terminaba su turno tarde, así que me aseguré de estar lo suficientemente cerca para que me notara y lo suficientemente lejos para que no sospechara. Al final de una calle poco iluminada, cuando estaba a unos cien metros de su portal, me acerqué, fingiendo estar perdido. Mi padre

fingió aparcar en la calle paralela, lo bastante cerca como para que el traslado fuera rápido, pero lo bastante lejos para que ella no distinguiese su cara.

Lola se giró y sus ojos me miraron directamente. Hubo un segundo, uno solo, en que pensé que lo había perdido todo. Sujetaba su bolso con fuerza, pero entonces dejé caer la frase que sabía que funcionaría:

«Tú trabajas en el bar, ¿no?».

Su postura cambió en ese instante: me había reconocido y se acordaba de Marta. Relajó los hombros y me dedicó una sonrisa, aunque algo cansada.

Fue ahí donde su confianza se convirtió en mi ventaja. Antes de que pudiera responder algo más, di un paso hacia ella y, con un movimiento rápido y preciso, dejé caer el extremo del puño americano que llevaba en el bolsillo contra su frente. No le di tiempo a gritar. Cayó como una muñeca de trapo, su cabello castaño se enredó sobre su rostro.

Papá estaba esperando con el coche de alquiler justo al final de la calle. La sujeté como si camináramos abrazados, me acerqué al coche y abrí la puerta trasera.

Lola era más ligera de lo que parecía; introducirla en el maletero fue cuestión de segundos.

La llevamos al piso que habíamos preparado previamente. Ventanas selladas con cinta aislante, un colchón en el suelo, y el aire denso de un lugar que no había conocido la luz en días. Cuando despierte, descubrirá que su mundo ya no es suyo. Y ahí es donde realmente comienza mi juego.

El sonido de la puerta de entrada saca a Marta de su concentración.

—¿Nena? —lo oye decir. Su voz le llega amortiguada. Está en la entrada.

Marta hace acopio de valor, se aclara la garganta y responde.

—Estoy en el baño, amor, ahora salgo. —Le da asco. Le repugna tener que tratarlo como si nada para que no sospeche.

Se levanta del váter, tira de la cadena y abre el grifo. Aprovecha el ruido para esconder con cuidado el cuaderno.

Se observa en el espejo. Un halo de determinación brilla en sus ojos. Va a llegar hasta el final. Mañana pedirá ayuda.

Cuando sale, le sonríe como si nada, lo besa y lo abraza. Se odia un poco más a sí misma por tener que hacerlo, pero no tiene elección. No todavía.

Mira hacia la pared donde cuelga el reloj de la cocina, pero en sus ojos ya no hay amor. Ahora hay un odio profundo provocado por su traición.

—Te he traído la cena —comenta Iván, amable.

—Ay, amor, te lo agradezco, aunque algo me ha debido sentar mal y tengo el estómago revuelto. No creo que coma nada —se explica ella.

En realidad, tiene algo de hambre, pero quiere tener una excusa para levantarse a medianoche al baño y que él no sospeche si la oye.

Necesita seguir leyendo ese maldito diario. Las últimas líneas que ha podido leer son demasiado tentadoras:

Almería, verano de 2013

Marta me ha presentado hoy a su familia. Ya los había investigado y tenía muchas ganas de ver a su hermana. Gloria no me ha defraudado.

Coqueta, con ganas de comerse el mundo. Despampanante. Sexy. Provocadora.

Pero ella no sabe que, en el juego de la manipulación, el maestro soy yo.

30

VICTORIA

La dominación se mide en gestos.

Primavera de 2012.

Gloria se desliza entre los pasillos del instituto, observando con una mezcla de desdén y curiosidad. Al fondo, distingue a Marta con un grupo de chicas. Está hablando con una sonrisa tímida, pero lo que más le llama la atención es la dirección de su mirada: hacia Lucas, el chico nuevo. Es obvio, hasta patético. Marta no puede ocultarlo ni aunque lo intente. Gloria sonríe para sí misma, un gesto que no se refleja en sus ojos.

Sin decir nada, se acerca al grupo con la naturalidad de quien sabe que tiene el control. Se cuela entre las conversaciones como si fuera lo más lógico del mundo. Lucas levanta la vista, y su mirada se cruza con la de Gloria. Ella no necesita hacer mucho: un giro sutil de cabello, un vistazo fugaz y seguro, y ya está. Lucas está atrapado.

Durante el recreo, lo encuentra solo, hojeando un cuaderno. Gloria se apoya contra la pared junto a él, inclinándose lo justo para que su presencia lo envuelva.

—¿Qué estás dibujando? —pregunta con tono casual, aunque no le importa la respuesta.

Lucas, sorprendido, cierra el cuaderno rápidamente.

—Nada especial. Solo bocetos.

Gloria inclina la cabeza, fingiendo interés.

—Déjame verlo —dice, con una firmeza que no admite un no por respuesta.

Lucas, dubitativo, abre el cuaderno, mostrando unos trazos a lápiz de rostros y paisajes. Gloria no presta atención real al contenido; solo finge. Mientras él explica algo sobre las sombras y las proporciones, Gloria asiente lentamente, sus ojos fijos en él, sabiendo exactamente lo que hace.

—Tienes talento —dice al final, dejando caer la frase con calculada indiferencia.

Cuando regresa a casa, Marta está en la cocina, hojeando un libro. Gloria entra triunfalmente, dejando su mochila en la mesa con un ruido sordo.

—¿Sabes? Creo que Lucas me va a pedir que salgamos juntos pronto —comenta sin mirar a su hermana, disfrutando de cómo Marta se congela por un instante antes de intentar disimular.

—¿Lucas? —pregunta Marta, fingiendo desinterés.

—Sí, Lucas. Es bastante simpático. —Gloria se sienta, tomando una manzana del frutero y mordiéndola lentamente, como si cada palabra no fuera una daga cuidadosamente lanzada. La mira con una sonrisa que no es sonrisa, sino más bien una muestra de poder. Sabe lo que le duele a Marta y disfruta con ello.

—Por cierto —añade—, deberías comer más fruta —dice, agitando la manzana frente a ella —. Te estás poniendo gorda. Y ya sabes que, aunque es superficial, los tíos no se fijan tanto en niñas pasadas de peso.

Marta se queda ojiplática. Lo que le faltaba.

—Mira, comeré lo que me salga del coño, la verdad —suelta, furiosa, levantándose y llevándose el libro con ella.

Gloria se ríe abiertamente. Le encanta fastidiarla.

Esa noche, mientras Marta se encierra en su habitación, pensado en que apenas faltan unos meses para irse a estudiar a Granada, Gloria sonríe con satisfacción. No es únicamente por Lucas. Es por ese momento, por ese pequeño triunfo, por el placer de ver a Marta quebrarse, aunque solo sea un poco.

Gloria no compite; ella gana.

31

QUIETUD

El miedo no siempre grita, a veces susurra.

Sótano

14 de junio de 2016. 14:00 horas.

Quedan ocho horas.

Ya se percibe que fuera vuelve a brillar el sol con fuerza. La temperatura en el sótano ha subido, pero el ambiente sigue siendo húmedo, dejando claro que están prácticamente bajo tierra.

Marta observa a su hermana, que ahora le da la espalda. Gloria no ha dejado de moverse desde que despertó, hace ya un par de horas, tal vez tres. Aquí abajo, el tiempo se diluye en una sucesión interminable de segundos. Gloria lo ha intentado todo para descolgarse, aferrándose a una esperanza que Marta considera absurda. Ahora ella es la única con mordaza, pero imagina que pronto se la quitará.

Cuando cruzan miradas, el miedo en los ojos de Gloria es tan evidente que Marta se pregunta si su hermana alguna vez ha experimentado algo tan intenso. Por más que indaga en sus recuerdos, no puede evocar una imagen de Gloria sufriendo.

Sin embargo, no hay en sus ojos ningún rastro de arrepentimiento o conexión con ella. Parece como si Marta no importara, como si lo único relevante fuera ella misma y su destino inmediato.

Aunque, pensándolo bien, siempre ha sido así. Gloria, la eterna egocéntrica, incapaz de mirar más allá de su propio reflejo.

Iván permanece inmóvil, ensimismado, demasiado tranquilo. Un escalofrío recorre la columna de Marta. Esa calma, tan característica en él, nunca trae buenas noticias. Se pregunta qué estará tramando esta vez.

No puede dejar de recordar la tarde anterior, el momento en que todo se vino abajo. Aprovechó una salida de Iván para seguir leyendo el diario y, a medida que avanzaba entre sus páginas, el asco se le acumulaba en el estómago.

Marta mira a Gloria e Iván, y siente cómo el peso de la traición la aplasta un poco más. El sabor amargo de la saliva, agravado por tantas horas sin poder lavarse los dientes, le quema la garganta, mientras las emociones se le agolpan con una furia difícil de contener.

Iván

Empiezo a estar cansado de la incompetencia que me rodea. El día ya está bastante avanzado; no ha vuelto a entrar ni un rayo de sol directo por el ventanuco. Me giro lentamente hacia Marta. Su respiración, algo entrecortada, me llega con claridad. Puedo ver cómo lucha con las emociones que la invaden: desconfianza, miedo, tal vez algo de arrepentimiento. No importa. De hecho, me resulta placentero ver la confusión en su rostro. Por más que me odie, no puede

escapar.

—Sabes —comienzo, con voz suave, casi susurrante—, lo que has hecho… ha sido un error. Pero no te preocupes. Todos cometemos errores.

Marta fija sus ojos en los míos, buscando respuestas que no encontrará. La observo en silencio, dejando que el vacío entre nosotros se alargue.

—No te va a gustar lo que está por venir —continúo, y mi voz se torna más grave, más sombría—. Pero ¿sabes qué es lo que realmente me excita de todo esto? Que no tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer.

Marta permanece callada, y empiezo a enervarme. Simplemente me observa. Ni un gesto de angustia, ni de miedo. Nada. La nada más absoluta.

Eso no me gusta nada. Prefería la mordaza a hablar con la pared.

32

PUM, PUM, PUM

Algunos latidos hablan más que las palabras.

Granada

12 de junio de 2016. 21:30 horas.

Diecinueve horas antes del secuestro.

Iván observa a Marta con atención. Hay algo raro en ella, pero no sabría decir qué. Ha comprado comida mexicana, una de las favoritas de ambos. Tiene que compensar los días que ha estado distraído en el gimnasio; además, siempre que comete algún asesinato, le apetece darse caprichos.

Como si no fuera suficiente con ver el sufrimiento reflejado en los ojos de sus víctimas, su cuerpo le pide comida. Mucha comida.

—Está riquísimo. Qué mal que me duela tanto el estómago —comenta Marta tras probar uno de los tacos al pastor.

—¿Estás bien? —pregunta él, mostrando una preocupación que, en realidad, no siente. Pero no puede negar que sí tiene curiosidad.

Marta lo mira con sus enormes ojos castaños muy abiertos, sorprendida. Agita su melena rizada mientras gesticula con la mano en un gesto que pretende quitar importancia a la situación.

Termina de masticar y responde:

—Sí, es solo el dolor de barriga, amor. No te preocupes. Habré cogido algún virus estomacal.

Sonríe, pero el gesto no llega a reflejarse en sus ojos. Iván desconfía. La conoce demasiado bien. Algo le ocurre, y no tardará en descubrirlo. Le devuelve la mueca:

—Vale —dice, alargando la «a».

La cena continúa en un silencio algo tenso. Marta se comería todo, pero recuerda que tiene que disimular. Con pesar, se deja más de la mitad en la mesa.

—No puedo más. Ya estoy notando pinchazos otra vez y voy a tener que volver al baño —se lamenta, exagerando ligeramente el tono.

Se levanta, recoge su plato y añade:

—Para mañana a mediodía ya tengo comida.

Guarda las sobras en un táper, deja su plato en el fregadero y se retira directa al baño, fingiendo un malestar que no siente.

Allí, durante quince largos minutos, se debate entre el miedo y el impulso de volver a leer el diario. Sin embargo, sabe que es más seguro hacerlo de noche, cuando Iván duerma. Finalmente, tira de la cisterna y sale.

Desde enero, Marta ha estado tomando medicación y asistiendo a terapia por todo lo ocurrido

con su hermana. El beso de Gloria a Iván en Nochevieja fue la gota que colmó el vaso, pero teme descubrir algo peor acerca de ellos dos en las páginas del diario.

«No puedo tomarme la pastilla para dormir esta noche», piensa. Necesita respuestas. Está deseando coger el diario.

Se sienta en el sofá y pone la televisión. Mientras finge ver la película que están emitiendo en un canal secundario, su mente divaga y se empieza a temer lo peor: «¿Y si siempre han estado liados?».

Todos los veranos que han pasado en Almería, tantas oportunidades para estar solos…

El pensamiento le provoca una arcada; siente la bilis recorriendo su garganta y otro nuevo acceso de vómito la dobla por la mitad.

Iván, que la había estado observando, se levanta de la mesa del comedor y acude hacia ella:

—¿Quieres que vayamos al médico? —Esta vez sí está convencido de que a su novia le ocurre algo realmente.

Quizá está paranoico por pensar lo contrario, después de todo.

Marta niega con la cabeza, controlando sus emociones, y lo aparta con suavidad.

—No. Solo necesito descansar —contesta al fin.

Se levanta con calma y vuelve a ir al baño. Necesita enjuagarse la boca y coger aire para no hacer ninguna tontería.

Las ganas de confrontarlo crecen por segundos, pero sabe que no es la mejor opción. Su novio es un asesino: el pensamiento de que no dudaría en matarla a ella también la inunda por completo.

Se está empezando a marear, necesita aire fresco. Se baja los pantalones y se sienta en la tapa del váter, que está fría. La náusea va remitiendo poco a poco. Se levanta la camiseta y la apoya en la cisterna, agradeciendo el contacto con la superficie. Cuando se siente mejor, se levanta, se enjuaga la cara y se lava los dientes.

El rostro que le devuelve el espejo se le antoja ajeno por unos segundos. Inhala y exhala con lentitud para regular su ritmo cardíaco y sale al encuentro de Iván de nuevo. Se le va a hacer la noche muy pero que muy larga.

Su novio le propone ver una película de Netflix y ella acepta, haciéndose un ovillo en la parte larga de la *chaise-longue* que reina en el salón.

Él le deja espacio, consciente de que Marta no parece estar en su mejor momento. Si lo piensa detenidamente, han sido días duros y difíciles para su novia. Es normal que esté así, teniendo en cuenta lo débil que es.

Marta, mientras tanto, se concentra en reducir sus pulsaciones. No ha sido buena idea cenar; normalmente puede comer aunque las circunstancias que la rodean no sean buenas. Como padece de ansiedad, la forma que siempre ha tenido de combatirla es la comida. Por eso, a pesar de la reciente muerte de Rachel y todo lo que acaba de descubrir, ha sido capaz de cenar algo. Ahora, sin embargo, se arrepiente.

Con solo recordar los veranos tan malos que su hermana le hacía pasar con respecto a Noelia, siempre intentando ser el centro de atención e incluso logrando que alguna vez se enfadaran ambas, se pone enferma. No le cuesta imaginar que haya pasado lo mismo con Iván.

«Calla, calla, calla», se repite mentalmente, tratando de contener la rabia que le quema, obligándose a guardar las apariencias.

Iván ve que está hiperventilando y pausa la película:

—¿Vas a vomitar otra vez? ¿Quieres que te lleve al médico? Me preocupas, amor.

«Ya, claro, seguro que te preocupo mucho, asqueroso», piensa con desdén.

No responde; simplemente le hace un gesto con la mano, indicando que si habla es peor. Iván espera pacientemente y, finalmente, Marta contesta:

—No, no. Ha sido algo momentáneo. Ya se me pasa.

Él la observa, con una sombra de duda reflejándose en sus ojos.

—Creo que será mejor que me tome algo para las náuseas y me vaya a la cama. Mañana si quieres acabamos de ver la película. —Marta se levanta con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco y va hacia la cocina a por un comprimido de Primperam. Se lo toma y, seguidamente, se dirige al baño para asearse antes de meterse en la cama.

—¿Y tu pastilla de dormir? —observa Iván.

Marta maldice en su fuero interno. Vaya día para estar atento a todos sus movimientos.

—Tengo en la mesita de noche. Ahora me la tomo. ¿Vienes tú ya?

—No, yo voy a terminar la película. —Se acerca y le da un beso en los labios.

Marta consigue reaccionar a tiempo. No se siente bien al tener que besarlo, pero quiere llegar al fondo del asunto y, para eso, debe sacrificarse.

Una hora y media después, lo oye dirigirse al baño y la oscuridad inunda por unos segundos el piso. Ya ha apagado la televisión.

Enciende la luz del aseo y rápidamente cierra la puerta para que el haz de claridad no entre al dormitorio. Marta aguanta la respiración.

«¿Habrá sospechado?».

«¿Y si rebusca y encuentra el diario?».

«Madre mía, ¿y si me pilla y me mata?».

«Tendría que haberme traído un cuchillo o algo».

Los pensamientos se agolpan en su mente mientras aguza el oído en busca de algún sonido que revele lo que está haciendo Iván. El latir de su propio corazón le martillea las sienes y le dificulta la concentración.

Se oye la cisterna. Ahora tendría que escuchar el agua del lavabo.

Hace un esfuerzo titánico, pero lo único que oye es el agua del váter llenándose. De repente, el cajón del mueble del lavabo se abre.

Iván rebusca algo.

«Estará cogiendo la pasta de dientes», se tranquiliza.

Aunque ella juraría que la había dejado fuera para que él pudiera usarla luego y evitar así que tuviera que abrir el cajón.

De repente, el agua de la cisterna deja de cargar.

Y Marta oye cómo se abre la portezuela del lavabo y una de las cestas golpea el suelo.

El corazón se le va a salir del pecho.

33

UN PASO MÁS

No hay destinos lejanos, solo pasos más largos.

Jefatura

14 de junio de 2016. 13:30 horas.

Quedan ocho horas y media.

Tomás

El subinspector camina con rapidez hacia el aparcamiento de la comisaría. Necesita hablar con Juanjo. Algo en su actitud no le encaja del todo. Lo ha llamado dos veces, sin éxito. Por más que lo intente, parece esquivo. Si lo que piensa es cierto, si tiene alguna conexión con Marta o Iván, no puede esperar más.

Saca su teléfono y marca de nuevo, esta vez dejando un mensaje de voz breve:

—Juanjo, soy el subinspector Tomás Aguado. Por favor, llámame. Es urgente, tiene que ver con tu amiga Marta.

No tiene tiempo para más. Tras respirar profundamente para calmar sus pulsaciones, entra en el coche. Va a presentarse en casa de Juanjo; no pueden permitirse más retrasos.

Abre el GPS del móvil y busca la dirección que el chico les facilitó en el interrogatorio sobre Rachel. Coloca el teléfono en un enganche del salpicadero y pone rumbo a su casa.

Sus pensamientos van acelerados; tiene demasiadas cosas en la cabeza, y el único café de esta mañana no le ha servido para aclararlas.

Para Tomás, el hecho de moler el café, preparar la cafetera con esmero y luego sentarse tranquilamente a paladear del sabor, es todo un ritual con el que disfruta enormemente. Cuando no tiene tiempo de hacerlo, se conforma con beberse uno de bar o de máquina; sin embargo, tiene que reconocer que es adicto y que necesita al menos dos diarios para funcionar bien.

El tráfico está congestionado porque es la hora de comer y, además, la mayoría de los colegios pronto cerrarán sus puertas. Es común ver coches y más coches aparcados en doble fila, esperando a sus retoños.

—Venga, vamos —urge el subinspector al coche de delante, tamborileando con los dedos en el volante.

No quiere poner la sirena, pero enciende las luces para que le dejen paso. Murmura una maldición entre dientes al ver que el coche sigue sin moverse.

—¡A la mierda! —exclama, poniendo la sirena.

Cuando por fin logra adelantar, ve que el conductor tiene el móvil en la mano y está distraído viendo dónde poner su vehículo, seguramente para recoger a su hijo del centro escolar cercano. En estos momentos, a Tomás le encantaría no tener prisa y ser Guardia Civil de tráfico. Se

hartaría de poner multas.

Acelera y baja la ventanilla. Necesita el aire fresco de la calle.

Veinte largos minutos después, gira por la calle estrecha donde vive Juanjo. Para su suerte, encuentra un hueco libre casi al final de la manzana. Aparca con precisión, apaga el motor y toma su libreta de notas y el móvil antes de salir del coche. Mientras camina hacia el portal, se fija en los balcones desgastados, las fachadas llenas de ropa tendida y el sonido lejano de una televisión. Es un barrio tranquilo, pero hoy Tomás no tiene tiempo para apreciarlo.

Justo cuando alcanza la entrada, una mujer mayor con un carrito de la compra sale del portal. Tomás sujeta la puerta educadamente y aprovecha para entrar antes de que vuelva a cerrarse.

Sube al segundo piso usando las escaleras, comprobando la dirección en su libreta, y toca el timbre. El eco del sonido resuena en el pasillo. Tras unos segundos, la puerta se abre. Un chico joven, con el pelo alborotado y una camiseta amplia, lo mira con curiosidad.

—¿Sí?

—Buenas tardes, soy el subinspector Tomás Aguado —dice mientras muestra su placa—. Busco a Juanjo. ¿Está en casa? —Tomás sabe que Juanjo está, supuestamente, en Cuenca.

El chico parpadea varias veces, sorprendido, y suelta una risa nerviosa.

—¿Juanjo? Eh... No, lleva días que apenas para por aquí —balbucea mientras se pasa una mano por el pelo, visiblemente incómodo—. ¿Ha pasado algo? —pregunta finalmente, con un leve nerviosismo en la voz.

Tomás mantiene la calma pese a que la decepción le acaba de cruzar el rostro. Fija sus ojos en los del joven, evaluando cada gesto en busca de alguna mentira. Le llega un leve olor a marihuana.

—Solo necesito hacerle unas preguntas. Es importante. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —explica al fin.

El chico se cruza de brazos, incómodo, y se apoya en el marco de la puerta.

—La verdad es que lleva unos días en casa de su abuela. Me dijo que andaba ayudándola con unas cosas. Viene por el piso solo para coger ropa o cosas del trabajo y se va enseguida.

Tomás anota algo rápidamente, pero no pasa por alto el tono ligeramente defensivo del chico. Sonríe, victorioso.

—¿Dónde vive su abuela? —Su voz es amable. No necesita poner al chaval en su contra.

El joven vacila un momento, como si intentara decidir si responder o no. Finalmente, suspira y le da la información al subinspector.

—Espero que no esté en problemas… —murmura, sin atreverse a hacer la pregunta en voz alta.

—No te preocupes. Has hecho bien en ayudarme —agradece el subinspector, ambiguo.

Tomás se da la vuelta y baja las escaleras como alma que lleva el diablo.

Juanjo no está en Cuenca.

34

FUERZA

Nada es más fuerte que una determinación firme.

Sótano

14 de junio de 2016. 13:30 horas.

Quedan ocho horas y media.

Por primera vez en muchas horas, la calma de la soledad inunda el sótano. Se ha marchado y no sabe a qué. La inquietud se apodera de su cuerpo, no le gusta la sensación.

Gloria vuelve a tener los ojos cerrados; le ha acercado un trapo con cloroformo antes de salir y vuelve a estar fuera de juego.

El cuerpo ya le pesa demasiado. Siente los músculos adormecidos, pero tiene que intentar doblarse y escalar por sus propias piernas si quiere tener una oportunidad de soltarse. Es ahora o nunca, tiene que aprovechar que no hay nadie en la fría habitación.

El olor a humedad se mezcla con el metálico de su propio sudor, envolviendo el sótano en una atmósfera que asfixia más que la mordaza que vuelve a llevar puesta. Las paredes parecen respirar a su par, absorbiendo su desesperación en silencio.

Se da cuenta con el primer intento que ha sobrestimado su cuerpo. Está demasiado agarrotado y tenso, le cuesta doblarse.

Se balancea para entrar en calor y se golpea las piernas repetidamente con las manos cerradas en un puño para activar la circulación de la zona.

El aire ya le empieza a faltar y siente que la cabeza le va a explotar. Lleva un día en esa postura y, aunque en ocasiones ha intentado doblarse sin que nadie se percatara, al final son muchas horas colgando bocabajo.

Lo intenta una vez más. Los pantalones, de tela fina, se le arrugan a la altura de los muslos y la entrepierna, pero le sirven de agarre.

Consigue introducir las manos entre sus muslos. Tiene la espalda demasiado tensa y le duele el estómago de tener el cuerpo doblado. Pero tiene que seguir.

Comienza a doblarse más y más, avanzando poco a poco con la fuerza de su abdomen. El cuerpo le quema por el esfuerzo y encima no puede respirar por la boca, haciendo que la sensación de asfixia sea mayor.

«Vamos, coño, tú puedes. Tienes que soltarte y luego liberar a Gloria», piensa para sí, intentando animarse.

Descansa un par de minutos y continúa escalando.

Poco a poco, paso a paso. Ya está a la altura de las rodillas, pero le faltan las fuerzas. Está sudando y teme resbalar y volver a caer.

Cada segundo se estira como una cuerda tensa, lista para romperse. El eco de su respiración

entrecortada llena el sótano, marcando un ritmo irregular que incrementa su desesperación aún más. ¿Cuánto tiempo ha pasado realmente? ¿Estará al volver? ¿Va a pillarle en pleno intento de huida?

Se para otro minuto, cogiendo aire de forma entrecortada. Un leve chirrido en alguna parte del sótano le pone en alerta. ¿Es la puerta o solo su mente jugándole malas pasadas?

Por primera vez en muchos años, se descubre rezando. Hace años que dejó de hacerlo, pero ahora, colgando al borde del abismo, solo le queda esa opción. Qué ironía.

Desde la lejanía, el zumbido de una motocicleta se cuela débilmente por el ventanuco. Es un recordatorio cruel de que, fuera de estas cuatro paredes, el mundo sigue girando. Ajeno. Indiferente.

En su mente resuenan gritos pidiendo fuerzas para terminar de subir antes de que descubran su plan.

Vuelve a coger impulso. Logra llegar un poco más arriba. Ya está a la altura del gemelo. Le faltan apenas veinte centímetros para llegar a los tobillos.

Respira con calma. Ahora más que nunca necesita paz. No puede permitirse fallar. No ahora, no así. Ya casi lo tiene.

Le parece escuchar algo y se desconcentra. El sudor le nubla la vista, los dedos le tiemblan y entonces, ocurre.

Sus manos se resbalan.

El impacto contra la nada es demoledor.

Balanceándose de nuevo, sabe que ha perdido su mejor oportunidad.

«¡¡¡Mierda!!!», chilla en su mente, con desesperación. Se muerde la lengua por el esfuerzo.

Se oyen unos pasos, apagados pero inconfundibles, que reverberan en las paredes húmedas: un eco que parece multiplicarse en su cabeza. El chirrido de la puerta corta el aire como un grito, desgarrando el silencio del sótano.

El aire se siente más frío de repente, como si las sombras mismas se hubieran colado en la habitación. Un escalofrío le recorre la espalda, mezclándose con el sudor que empapa su nuca.

Dos figuras se asoman en la penumbra, y la opresiva calma del sótano desaparece de golpe.

35

NADA AL AZAR

El tiempo puede convertirse en un gran enemigo.

Jefatura

14 de junio de 2016. 14:00 horas.

Quedan ocho horas.

Ester ya está en su despacho con las dos grabaciones que le quedan listas para ser visionadas. Se ha despedido de Javier con un nudo en la garganta. Sabe que tienen algo y estaba deseando ir con su equipo, pero tiene que terminar esto primero. No pueden dejar ningún cabo suelto en esta cuenta atrás que les oprime con cada minuto que pasa.

Un dolor sordo comienza a palpitarle en las sienes, como un recordatorio de las horas que lleva sin parar. Aprieta las manos contra los reposabrazos de su silla y respira hondo. «Un último esfuerzo», se dice.

La vida de dos personas está en sus manos.

Sacude la cabeza para espantar la pena que la envuelve. Su cuerpo está reaccionando ante el cansancio de muchas formas diferentes; todas la guían al mismo pensamiento: «¿Y si…?».

Le da al *play* para reproducir el primer vídeo y lo pone a cámara rápida. Se muerde el interior de la mejilla en un gesto de nerviosismo que llevaba años sin hacer. Se obliga a parar; no quiere hacerse daño.

Revisa a cada viandante que pasa por la puerta de su amiga Natalia, pero no parece haber nada.

Cuando faltan apenas dos minutos de grabación, ve a Juanjo pasar por la puerta. Mira la hora, que coincide con su salida aproximada del interrogatorio.

El vídeo continúa y justo antes de finalizar, Ester ve al chico del tatuaje aparecer en una esquina. Tal y como había descrito su compañera Lucía Molina, el dibujo de su nuca es muy llamativo. La grabación se corta en ese momento.

—¡¡Mierda!! —exclama, frustrada. El golpe seco de su voz resuena en el despacho vacío, haciéndola fruncir el ceño.

Se da prisa en poner el siguiente vídeo.

El chico sigue por la esquina, pero mientras avanza hacia la plaza, gira la cabeza, se para y vuelve sobre sus pasos. Ester ralentiza la reproducción y ve cómo el chaval se para justo al final del escaparate.

Puede ver parte de su pantalón vaquero. Está hablando con alguien. El reflejo en el cristal es borroso, pero suficiente para encender todas las alarmas de Ester.

Luego, desaparece del plano.

Ester pausa la grabación, frustrada. Golpea la mesa con la palma de las manos, con la

impaciencia apoderándose de ella.

Continúa con los últimos minutos de grabación a velocidad doble. Duda que aparezca nada más.

Sin embargo, el chico del tatuaje vuelve a pasar.

Ralentiza la grabación y retrocede unos segundos.

—Vamos, vamos, vamos —murmura, conteniendo la felicidad momentánea que la ha invadido.

Le da al *play* de nuevo. ¡Bingo!

Ha terminado de comprobar la cámara de Natalia y tiene algo.

Ester reprime el impulso de ponerse a saltar. No hay tiempo para celebraciones. Sale del despacho eufórica.

Ahora solo necesita que las cámaras de los comercios aledaños al de su amiga hayan recogido algo.

Tomás

Tomás sale del edificio de Juanjo y corre hacia su vehículo. Arranca y conduce a toda prisa. Ha pensado en llamar a Ester por el camino, pero prefiere concentrarse en la carretera y contarle las novedades cuando llegue a comisaría. El motor ruge con fuerza bajo su pie, aunque las luces de los semáforos parpadean como una señal de que todo se puede complicar.

Mientras acelera, su mente no deja de dar vueltas a lo que acaba de descubrir. Los fragmentos de conversación con el compañero de Juanjo siguen rondando en su cabeza, mezclándose con los pensamientos sobre Marta, sobre cómo todo parece encajar de una manera extraña y angustiante. Está deseando llegar a jefatura para contar todo lo que ha averiguado.

El ritmo de su respiración se vuelve más irregular, como si el cuerpo ya se estuviera adelantando al caos que se avecina.

El tiempo que ha tardado en llegar al piso de Juanjo y en hablar con su compañero ha servido para que la carretera esté más despejada que antes, y eso le proporciona cierto alivio. Los coches ya no bloquean el paso cerca de los colegios y todo parece más fluido, como si la vida hubiera hecho una pausa y le estuviera facilitando llegar a comisaría.

Sin embargo, la buena suerte dura poco y Tomás se imagina a Murphy con su ley riéndose de él. A medida que avanza, los semáforos de la calle empiezan a ponerse en rojo, uno tras otro.

El frustrante tic-tac de su reloj es como una condena, sumando segundos perdidos. Con el volante apretado entre las manos, piensa en el caso y trata de calmarse.

Avanza unos metros en cuanto la luz cambia de color, pero la emoción le dura poco. Al final de la calle, un nuevo semáforo se pone en rojo. «¿Por qué hoy?», resopla, golpeando el volante con la palma de la mano. La impaciencia le quema las entrañas. Solo unos minutos más y podría estar en comisaría, pero parece que el destino tiene otras intenciones.

La voz de Ester, el rostro serio de Marta, la sombra de lo que aún está por venir, todo le pesa como un lastre en el estómago. Pero no puede desesperarse. No ahora.

El semáforo cambia a verde, y la tensión se disipa un poco. Pero sabe que este respiro es solo momentáneo. Tomás acelera con más decisión, sin mirar atrás.

Apenas faltan cinco minutos para llegar y, si no recuerda mal, hay solo un par de semáforos más.

—¿Qué pasa ahora? —Se desespera mientras observa otro semáforo en rojo. Es el cuarto ya.

Resopla con fuerza, pero decide que no puede perder la calma porque hoy el tráfico no esté alineado con él.

Inhala y exhala con lentitud, pues el semáforo estará rojo un minuto y medio para ser exactos, tal y como le recuerda la cuenta atrás anaranjada que se ve claramente encima del símbolo verde del peatón.

Él se caracteriza por su constante calma, pero hoy le cuesta mantenerla. No solo es el reloj corriendo en su contra, como el semáforo parece querer recordarle en una burla; sino también su situación familiar. No ha dejado de pensar en la llamada de su hermano ni un minuto.

Justo ahora, en la vorágine que los está devorando, viene la vida a darle otra sacudida.

«¿Qué querrás?», se pregunta mientras acelera, con el semáforo por fin a su favor.

El motor ruge una vez más. La comisaría por fin está a la vista, y aunque la ansiedad no se ha disipado del todo, siente que la tormenta se calma, aunque sea por un instante.

36

DESOLACIÓN

Cuando menos lo esperas, la vida vuelve a sorprenderte.

Granada

12 de junio de 2016. 23:30 horas.

Dieciséis horas y cincuenta minutos antes del secuestro.

Marta contiene la respiración. El corazón parece a punto de estallarle en la garganta. El martilleo constante le impide oír con claridad, así que se incorpora ligeramente en la cama, prestando toda su atención a los movimientos de Iván en el baño.

Tras unos minutos de larga angustia, vuelve a oír la cisterna y, unos segundos más tarde, oye el agua del bidé. Juraría que la puerta del mueble sigue abierta.

Sin embargo, el aire ya entra con mayor facilidad a sus pulmones: Iván solo usa el bidé si necesita lavarse después de hacer sus necesidades.

Vuelve a tumbarse, sin dejar de concentrarse en los ruidos de la habitación contigua mientras termina de calmar su respiración.

Pasados unos minutos, oye cómo se lava las manos y, por fin, cierra la puerta del mueble. Seguramente solo había cogido papel higiénico.

Marta se gira rápidamente y se hace la dormida. Iván sale del baño y, con cuidado, entra en el dormitorio. Ve a su novia tapada con una sábana ligera. Él es más caluroso, así que se desnuda, quedándose en calzoncillos, y se tumba al lado, encima de la ropa de cama.

Se da cuenta de que Marta respira con cierta dificultad, casi como si estuviera acelerada. Le extraña, pero piensa que puede deberse a que las ganas de vomitar hayan vuelto. Se da la vuelta y se dispone a dormir, despreocupado.

Mientras tanto, ella trata de disimular y hacer que su respiración sea más lenta y pesada, como si estuviera en un sueño profundo. Notar el peso del cuerpo de Iván cerca le provoca una náusea que lucha por contener.

Sin embargo, el cansancio hace mella en ella y poco a poco, Morfeo la envuelve en su manto.

Un espasmo de ansiedad la despierta al cabo de las horas.

«¡¡Mierda!! ¡¡Me he quedado dormida!!», se lamenta.

Trata de calmarse y agradece en silencio que sus nervios la hayan despertado, aunque haya sido de forma brusca. Llevaba un par de meses contenta porque había dejado de sufrir esos espasmos al quedarse dormida, pero ahora, pese al corazón acelerado, siente que les debe la vida.

Se incorpora con mucho cuidado y ve que Iván sigue dormido; no ha notado su brusco

despertar.

Coge el teléfono de su mesita de noche y se dirige con pasos silenciosos al baño. Cierra la puerta, echa el pestillo y extrae las cestas del mueble con movimientos lentos, medidos, como si el más mínimo sonido pudiera ser su condena.

Sabe que Iván es de sueño profundo, y que seguramente no se entere de nada, pero no puede arriesgarse a que, en medio de la quietud de la vivienda, se oiga algo más fuerte de la cuenta y su novio se despierte.

Por fin tiene el diario entre sus manos. Tiembla, pero no por el frío. La emoción le recorre la médula espinal: va a devorar cada palabra como si en ellas se escondiera la llave para escapar de aquel infierno. Aunque es un cuaderno grueso, no hay muchas páginas escritas, así que ya no le queda mucho.

Ha revisado todos los encabezados y hay doce en total. Siete víctimas más varias entradas referentes a Almería y a Gloria. A estas alturas, Marta ha encajado las piezas del rompecabezas y sabe que a su novio solo le excita escribir sobre sus asesinatos o hitos importantes.

Son las tres y media de la madrugada, así que tiene tiempo suficiente. Busca la página en la que se quedó hace unas horas y se dispone a leer.

Sabe que le va a doler tanto o más que todo lo leído anteriormente, pero necesita saber.

Almería, verano de 2013

Marta me ha presentado hoy a su familia. Ya los había investigado y tenía especial ganas de ver a su hermana. Gloria no me ha defraudado.

Coqueta, con ganas de comerse el mundo. Despampanante. Sexy. Provocadora.

Pero ella no sabe que, en el juego de la manipulación, el maestro soy yo.

Son tan diferentes que resulta evidente la adopción. Gloria es alta, con ese tipo de altura que le da presencia al entrar en cualquier habitación, y que ella aprovecha bien. Su pelo rubio y liso cae como una cascada hasta casi rozar el final de su espalda. Tiene unos ojos azules vibrantes que no dejan de escanear a todo el mundo, como si evaluara quién merece su atención y quién no.

Marta, en cambio, es más baja, con el cabello castaño oscuro y tan rizado que parece que cada mechón tiene vida propia. Sus ojos marrones son cálidos, casi ingenuos, y en lugar de analizar, parece que buscan conectar.

Durante la cena, Gloria no paraba de sonreír y hablar. Cada frase suya era un intento de dominar la conversación. No le importaba interrumpir, siempre lista para acaparar las miradas, incluso cuando la atención debía estar en Marta. Me di cuenta enseguida: no solo quiere ser vista, quiere que los demás se sientan pequeños a su lado. Marta nunca podría hacer algo así, es demasiado dulce para eso.

Gloria no ha parado de mencionar que va a estudiar medicina en Málaga; en su tono se ha distinguido claramente la superioridad que siente respecto a su hermana. Su carrera será de más peso, de más valor, hecho que se ha encargado de recalcar con bastante frecuencia.

Además, cada vez que se ha levantado se ha tomado la molestia de contonearse lo suficiente como para que su culo quedara bien visible.

La verdad es que lo consiguió: se me puso dura. Menudas curvas de infarto.

No he podido evitar fijarme, sin embargo, en que su padre tenía una mirada particular. Ha sido un momento corto pero intenso.

Conozco muy bien esa mirada; hay deseo en sus ojos.

No tuve que esperar mucho para confirmar lo que ya sospechaba: Gloria es de esas mujeres que necesitan constantemente medir su poder. Durante el café, se levantó con la excusa de traer algo de azúcar y pasó rozándome la silla, lo justo para que su cadera chocara levemente con mi hombro. Fingí no darme cuenta, pero me divertía saber que ese gesto no había sido accidental.

Cuando volvió, traía un vaso de agua en la mano, pero en lugar de colocarlo en la mesa, lo dejó frente a mí, inclinándose lo suficiente como para que su escote quedara a la altura de mis ojos. No puedo negar que era un espectáculo digno de admirar, pero no iba a darle la satisfacción de verme reaccionar. Mantuve la vista en el café y le di las gracias como si nada.

Más tarde, después de que Marta se ofreciera a recoger la mesa, me encontré a solas con Gloria en el salón. Había una película puesta, pero ella no parecía interesada. Se sentó cerca, demasiado cerca, y cruzó las piernas de manera exagerada, haciendo que su vestido corto se subiera aún más.

Recuerdo claramente nuestra conversación:

—Así que tú eres el novio de mi hermana —dijo, con una sonrisa que no era exactamente amistosa.

—Eso parece —respondí, dejando que el silencio se alargara. Sabía que eso la incomodaría.

—¿Y qué haces con ella? —preguntó finalmente, como si mi relación con Marta fuera un misterio digno de resolver.

Su tono era juguetón, pero había una clara intención de provocarme. Le devolví la sonrisa, calmado, como si estuviera hablando de cualquier cosa.

—Me gusta Marta. Es dulce, auténtica... Y sabe lo que quiere.

Gloria soltó una risita sarcástica.

—¿Dulce? Qué aburrido.

Me incliné un poco hacia ella, sin romper el contacto visual.

—A veces lo dulce es más peligroso que lo amargo. No lo olvides.

Eso la desconcertó por un segundo, pero no tardó en recomponerse. Me miró con esos ojos azules que parecían querer atravesarme, como si intentara leerme. Y, por primera vez en toda la noche, me di cuenta de que no solo era coqueta y provocadora; detrás de esa fachada, había un deseo desesperado de control.

Antes de que Marta volviera, Gloria se levantó, como si no hubiera pasado nada. Pero mientras salía del salón, me lanzó una última mirada. Esa mirada decía claramente: «Esto no ha terminado».

Marta cierra el diario un momento. «Zorra», piensa con rabia.

Sabe que Iván no es ningún santo, pero su hermana siempre ha querido quedar por encima de ella. Lo de entrometerse en sus relaciones, ya sean de amistad o de algo más, es algo que ella hace con naturalidad, por el simple hecho de verla sufrir.

Mira la hora: apenas han pasado diez minutos. Se acerca a la puerta, concentrada, a ver si oye algo.

Nada. Iván seguirá dormido.

Vuelve a la taza del váter, se sienta, y el frío de la parte de la cisterna se le clava en la columna, haciendo que se retire con un movimiento brusco. El diario sale volando y cae en el bidé con un estruendo que a Marta le hiela la sangre.

Se queda congelada, esperando. En el silencio de la noche todo se oye mucho más, y teme haber despertado a Iván.

Espera cinco minutos y vuelve a la puerta. No se oye nada, pero no se fía. Envuelve el

cuaderno en una toalla y abre con sumo cuidado la puerta del baño.

Asoma el cuerpo mientras se palmea la cara con la toalla, como si se estuviera quitando sudor. Aprovecha el movimiento para mirar hacia la cama.

Iván sigue dormido; sin embargo, ella está paranoica. Se sigue secando la nuca: el sudor imaginario se le da bien. Comienza a acercarse al lecho y, a mitad de camino, se para, encogiéndose sobre sí misma.

Se tapa la boca con la toalla y se oprime el estómago. Se yergue, todavía sujetándose el estómago, y se gira rápidamente sobre sus talones, de vuelta al baño.

Intenta no hacer nada de ruido cuando vuelve a cerrar la puerta y echar el pestillo tras de sí. Si Iván estaba disimulando, ella le va a ganar en la batalla de la mentira.

Ha hecho el papel de su vida por si acaso él fingía dormir.

Espera otros cinco minutos y nada ocurre, así que desenvuelve el diario y vuelve a sentarse en el váter, esta vez apoyando la toalla en la cisterna, para evitar que la fría superficie la vuelva a asustar.

Abre el cuaderno y continúa su lectura. Pronto serán las cuatro de la madrugada.

El sol estaba en su punto más alto cuando llegamos a la playa. Marta no paraba de mirar el agua con ansias, como si necesitara sumergirse lo más rápido posible. Yo no estaba tan interesado en el mar, así que me quedé cerca de la sombrilla, observando cómo las olas chocaban contra la orilla.

Gloria se quitó la camiseta con una actitud desinteresada, como si no le importara lo que pensaran los demás. Su piel bronceada brillaba bajo el sol y, con una sonrisa ladeada, desabrochó el sujetador del bikini.

Marta, que todavía estaba preparándose, se quedó paralizada. Podía ver cómo el malestar comenzaba a recorrerla, sus hombros tensos, la mandíbula apretada. También me fijé en la mirada de su madre, perpleja, observando todo en silencio.

—Gloria, por favor, ¿puedes no...? —intervino la mujer, visiblemente incómoda. Pero Gloria ni siquiera la miró, ya completamente desinhibida.

—¿Qué pasa, mamá? —respondió, la voz cargada de un tono despectivo—. Ya no estamos en los años ochenta. Qué anticuada eres.

Marta se mordió el labio y bajó la mirada al suelo, incapaz de enfrentarse a su hermana o a su madre.

Yo observé la escena con interés, sintiendo cómo la tensión aumentaba en el aire. A Gloria le encantaba el espectáculo, eso estaba claro. Lo único que me molestaba de ella era que también parecía creerse superior a mí. Pero estaba muy equivocada.

Quería atención, así que la ignoré aposta.

Sin embargo, se acercó a mí y, con una sonrisa juguetona, dijo en voz baja:

—¿Qué pasa, cuñadito, no te gusta lo que ves?

La palabra "cuñadito" la soltó con una suavidad que rozaba la burla, como si intentara marcar territorio, probando los límites.

Mi respuesta fue una sonrisa tensa que estaba lejos de sentir, porque menudas tetas tenía la niña.

Marta, patética, trató de hacerse la indiferente, pero sus ojos no dejaban de mirar a Gloria con incomodidad. Dejé que ese malestar inundara todo sin intervenir ni hacer nada más.

Gloria rio en voz baja, burlándose de la situación. Me ojeó a mí de nuevo y luego a Marta, lanzándole una mirada desafiante mientras se masajeaba el pecho echándose crema, provocando.

A mi suegra le iba a dar algo; mi suegro, sin embargo, se comía a su hija con los ojos. Qué descarado. Seguro que, si tuviera el dinero, pagaría por ver los vídeos que grabo o, al menos, compraría una de las braguitas o sujetadores.

Que el mundo estuviera lleno de depravados me convenía: mi riqueza estaba en sus debilidades.

Mi cuñada procedió a echarse crema en las piernas y los cachetes del culo. Cuando terminó, me preguntó si le podía echar en la espalda. Su sonrisa me retaba a hacerlo.

Me divertía ver cómo manipulaba la situación. Su madre se me adelantó y le echó el protector solar.

El resto del día pasó entre miradas furtivas, bromas, y un ambiente cargado de tensión no verbal. Gloria disfrutaba claramente de su juego, mientras Marta seguía sin atreverse a poner límites. Pero yo ya sabía cómo funcionaba este tipo de dinámica. No era el momento de intervenir. Al final, se trataba de control, y Gloria era muy buena en eso.

Me hice el ofendido delante de Marta, por supuesto. No quería que viese que tenía la más mínima intención de hacer algo con su hermana; es fundamental que Marta confíe en mí plenamente.

Pero por la noche la drogué. Necesitaba follarme a Gloria. Tenía que demostrarle que era yo quien dominaba la situación.

Estaba seguro de que ella era de las mías. Lo había notado desde el primer momento: sus ganas de comerse el mundo, su forma de manipular, de echarle la culpa a Marta de cosas que no tenían sentido, sus constantes desafíos, sus aires de superioridad… Todo encajaba. Además, estaba seguro de que tenía algo con el padre.

Los ojos nunca mienten. La sangre nunca miente. Y Gloria no era de su sangre.

Desde el principio, la actitud de Gloria me ha estado invitado a tomar lo que es mío por derecho. No porque ella lo valga, sino porque sabía que podía hacerlo. Y nadie me dice que no. Así que no esperé más y me fui al baño.

Sabía que ella vendría. Y no me equivoqué. Fingió sorpresa al verme, como si no hubiera estado pendiente de mis movimientos. Pero su ropa la delataba: llevaba un camisón corto con transparencias, muy sugerente, y no había rastro de bragas.

Ni corta ni perezosa, cuando estaba a punto de irme, me cogió de la muñeca y acercó mi mano a su sexo, húmedo de ganas.

Me dedicó una sonrisa altanera, de victoria por pensar que me tenía en sus manos.

Quería empotrarla contra la pared y comérmela entera, pero una parte de mí sintió rabia.

Ella no era más que yo. Tenía que ser yo quien controlara la situación; su sonrisa me molestó.

Estuve a punto de marcharme de verdad, pero entonces la sujeté por el cuello. Sus ojos azules brillaron con miedo por un segundo. Yo tenía el control.

Me bajé los calzoncillos; la tenía muy dura. La penetré y terminamos a la vez.

Marta se dobla por la mitad, rota. Consigue vomitar en el bidé. Las lágrimas le inundan los ojos y es incapaz de respirar con normalidad. Iván, Gloria… y hasta su padre.

Un ataque de ansiedad brutal la tiene paralizada; la mandíbula se le pone rígida, el aire le falta, y cada intento de inspirar lo siente como si le rasgara el pecho.

Varios puntos negros empiezan a aparecer ante su vista; se nota mareada, como si el mundo fuera a desvanecerse bajo sus pies.

Se vuelve a sentar en la taza del váter con dificultad; el cuerpo le tiembla, completamente cortado. No puede dejar de llorar. Se echa hacia atrás, boqueando en busca de aire; parece como

si su alma se fuera a escapar. El corazón le va a estallar.

No sabría decir cuánto tiempo permanece en esa posición. Cuando coge fuerzas, se incorpora. El sudor frío le empapa la frente, y las manos le tiemblan incontrolablemente mientras se agarra al borde del lavabo, intentando no desplomarse de nuevo.

Abre el grifo para enjuagarse la cara. El sonido de su respiración entrecortada llena el baño, mezclándose con el eco del agua; parece como si las paredes fueran un altavoz para su angustia.

De pronto, escucha pasos y un golpe seco en la puerta. El mundo se detiene.

—¿Marta? ¿Estás bien? —La voz de Iván suena ronca, adormilada, pero cargada de sospecha. Intenta abrir la puerta, pero el pestillo lo detiene. Marta siente cómo el corazón se le para un segundo.

—¿Por qué has echado el pestillo? —pregunta, su tono está ahora más alerta.

Marta se seca rápidamente las lágrimas con la toalla y apaga el grifo. Se obliga a responder con una voz que espera suene convincente.

—Nada, estoy bien. Creo que no ha sido buena idea cenar. He cerrado porque estaba vomitando, pero ya estoy mejor. Dame un minuto.

Iván no responde al principio. La sensación de desconfianza es palpable en el aire, y Marta escucha cómo intenta girar el pomo una vez más, como si no creyera su excusa. Ella aprovecha esos segundos para tirar de la cisterna y volver abrir el grifo. El ruido le viene genial para esconder el diario de nuevo. Mientras, se lava los dientes.

—¿Segura? ¿Quieres que vayamos a urgencias? —insiste.

—Tranquilo, de verdad. Ya se me ha pasado —dice, con una risa nerviosa que espera que él interprete como alivio—. Ahora salgo —añade, haciendo notar que tiene el cepillo de dientes en la boca.

Respira profundamente y se mira en el espejo. Tiene los ojos rojos e hinchados, pero no puede hacer nada al respecto. Se da unas palmadas en las mejillas para darse algo de color y se obliga a esbozar una sonrisa ensayada.

Cuando abre la puerta, Iván la observa detenidamente, con los brazos cruzados. Marta se encoge de hombros, todavía sujetándose el estómago como si le doliera.

—¿Seguro que estás bien? —vuelve a la carga, frunciendo el ceño.

—Sí, de verdad, estoy bien. Solo necesito descansar un poco. —Le sonríe débilmente, haciendo de tripas corazón. Ahora mismo siente una repulsión hacia él indescriptible. Es un asco profundo, visceral, que la consume por dentro, pero no puede dejar que lo note.

Pasa a su lado para salir del baño y él aprovecha, la coge y la estrecha entre sus brazos. Marta suspira y le devuelve el abrazo. Siente que ha sido el gesto más difícil que ha tenido que hacer nunca. Está abrazando a un monstruo disfrazado de hombre.

Tras unos segundos, se separa de él.

—Venga, vamos a intentar dormir —le dice, entrando al dormitorio.

—¿No quieres una pastilla? —sugiere Iván.

—No, prefiero dejar el estómago tranquilo hasta mañana.

Marta se gira y se dirige hacia la cama. Nota la mirada de Iván clavada en su nuca, pero no se atreve a girarse. Teme lo que pueda ver reflejado en sus ojos.

Sabe que cada segundo que pase a su lado a partir de ahora será una prueba, una batalla entre lo que desea hacer y lo que sabe que debería hacer.

Debería buscar ayuda antes de que sea demasiado tarde, pero la necesidad de terminar el maldito diario, de comprender hasta el último detalle de esa monstruosidad, se ha vuelto más urgente que cualquier otra cosa. Pero, al mismo tiempo, algo dentro de ella le grita que está

cruzando una línea, que cada momento que sigue al lado de Iván la hunde más en la oscuridad y la pone en grave peligro.

Cada página contiene más información que la anterior y ella desea saber más. Además, la mención de Iván al comportamiento de su padre le ha calado.

Necesita seguir leyendo.

37

SECRETOS

Los secretos más oscuros también encuentran su camino a la luz.

Jefatura

14 de junio de 2016. 14:05 horas.

Quedan siete horas y cincuenta y cinco minutos.

Tomás

El subinspector respira aliviado cuando por fin aparca en jefatura. Recoge su teléfono y va directo al interior del edificio.

Hoy, por un motivo que desconoce, el patio de la comisaría le parece más bonito que nunca: las macetas y flores lucen más vivas y coloridas que de costumbre. Inspira profundamente, dejando que el aire fresco le despeje la mente.

Mientras camina, vuelve a pensar en su hermano. Ha decidido llamarlo cuando terminen con el caso: ha tenido suficiente tiempo para reflexionar sobre ello en el último semáforo. La vida es muy complicada y hoy estás aquí, pero mañana ya no.

Esperando a que se pusiera verde, ha recordado a Rachel y el vacío y el dolor de sus padres; enseguida ha visto con claridad a Marta y a los suyos, con la preocupación presente en cada gesto, en cada mirada…

La voz de Antonio le sonó extraña y teme que algo le esté pasando a su hermano. Sabe que, si no lo llama, no vivirá en paz. Su conciencia no lo dejaría descansar.

Saluda a su compañero del control de acceso y sigue caminando hacia la zona de los despachos. Necesita hablar con Ester.

—¡Perdone! ¡Oiga, disculpe! ——La voz de una mujer lo detiene y, al girarse, reconoce a la madre de Marta.

Ella accede al recinto con paso apresurado, mientras su esposo sigue en el control con el compañero.

La mujer parece haber envejecido cinco años en cuestión de horas. Viste totalmente de negro, lo cual contrasta con los pantalones chinos color caqui y el polo color vino de su marido.

Tomás se para un momento, esperándolos. Decide que sean ellos quienes se acerquen. Hay varios rostros atentos a la escena: la gente que espera para renovar el DNI o hacerse el pasaporte ocupa más de la mitad de los asientos, y no quiere arriesgarse a que nadie oiga lo que los padres puedan preguntar.

Cuando están a su altura, Tomás les da la mano a ambos.

—¿Saben ya algo de mis niñas? —pregunta la mujer con un hilo de voz.

El subinspector alarga el brazo, señalando hacia la zona de los despachos del edificio. Prefiere

responderles una vez estén dentro. Nota cómo una señora de pelo blanco sigue atenta a la conversación, y la discreción es crucial.

La puerta metálica se cierra tras ellos, y Tomás los conduce a una de las salas de interrogatorios.

—Estamos más cerca de encontrarlas. Les podemos confirmar que están juntas y tenemos un hilo bastante bueno del que tirar. Todavía no habíamos querido llamarles porque necesitábamos agotar esa vía de investigación —explica, mientras se sienta frente a ellos.

La mujer saca un pañuelo y se seca la nariz. Su marido parece ido, como si apenas estuviera presente en la sala. Tomás no puede evitar preguntarse qué secretos guarda este hombre. Pese a todo, es evidente que su sufrimiento por las desapariciones es genuino, aunque su rostro trate de ocultarlo.

El subinspector se muere de ganas de preguntarle si su hija lo chantajeaba de alguna forma. Ha dejado el portátil a medias, aunque ya estaba algo saturado de tanto vídeo similar.

—¿Necesitan agua? ¿Café? —les pregunta.

—Lo que necesitamos es que encuentren a nuestras niñas —ataja el padre, serio.

El subinspector percibe la expresión de su rostro y el tono de su voz… Pero las manos del hombre, apretadas en puños sobre la mesa, traicionan su intento de aparentar calma. Detrás de esa compostura, parece roto. La desaparición de sus hijas le pesa en cada arruga del rostro.

El murmullo de quienes esperan en la comisaría sigue siendo ligeramente audible, pero aquí dentro el peso del silencio se siente opresivo. Cada minuto que pasa añade más tensión al ambiente.

—Comprendo su situación. Les prometo que estamos haciendo todo lo posible para llegar al fondo del asunto. De hecho, en estos momentos me dirigía al despacho de la inspectora para comentar unos nuevos avances. ¿Prefieren esperar en comisaría o les gustaría esperar en otro lugar?

Ambos se miran y asienten.

—Preferimos quedarnos por aquí, si no es molestia —responde la madre.

—Por supuesto que no lo es. Les mantendremos informados. ¿De verdad que no quieren tomar nada? —insiste.

—Yo necesitaría ir al baño —pide la mujer.

—Y yo quisiera una botella de agua, si es posible —añade el padre.

—Claro que sí, ahora mismo. Venga conmigo, que le digo dónde están los servicios. A usted, ahora mismo le traigo el agua —comenta Tomás.

Mientras guía a la mujer hacia los servicios, Aguado no puede evitar observar su lenguaje corporal. Los hombros caídos, el paso lento, las manos apretadas contra el pañuelo. Son señales claras de alguien al borde del agotamiento emocional. A su manera, también lo está el padre: su rostro rígido, casi impasible, parece más un intento de control que verdadera calma. Tomás se pregunta cuánto tiempo podrá sostener esa fachada antes de que la tensión lo venza.

Deja a la madre en la puerta de los aseos y él se dirige rápidamente a por una botella de agua. Estaba deseando quedarse a solas con el padre y tiene que aprovechar que la mujer tardará, al menos, cinco minutos en volver.

—Aquí tiene —le ofrece nada más entrar en la sala.

El hombre coge la botella con ganas y le da varios sorbos.

—Muchas gracias —comenta al finalizar.

Tomás echa un vistazo rápido al largo pasillo que se visualiza desde la sala y decide actuar.

—Verá, tengo que hacerle unas preguntas —comienza.

El hombre lo mira con extrañeza.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿No prefiere esperar a que también esté mi mujer? —bombardea, confundido.

Tomás arquea las cejas por un momento, un pequeño gesto que, por suerte, el padre parece no haber notado.

—Verá… Son delicadas —carraspea y vuelve a mirar al pasillo.

Tomás inspira hondo, consciente de que está a punto de pisar terreno peligroso. Hablar tan directamente sobre un tema tan delicado podría hacer que el hombre se cerrara en banda, pero no puede permitirse esperar más. Cada minuto cuenta, y cualquier información podría ser crucial para encontrar a Marta y Gloria

—Sabemos que tenía relaciones íntimas con su hija Gloria… —Ya ha lanzado la bomba.

El hombre abre mucho los ojos y recula tanto en el asiento que está a punto de caerse. Pero lo que más llama la atención de Tomás es cómo sus manos tiemblan mientras sujetan la botella. Su respiración es errática, con los hombros alzándose y bajando de manera descontrolada. Evita mirar al subinspector directamente, enfocándose en un punto indeterminado del suelo. Por un momento parece que va a negar todo, pero el silencio prolongado le delata.

—Tranquilo, por favor. —Aguado levanta las palmas de las manos en un movimiento que pretende apaciguar los evidentes nervios del hombre que tiene delante.

Tiene la cara lívida; ya no hay apenas rastro de la coraza que traía al principio.

—No estoy aquí para juzgar nada —continúa el subinspector —. Simplemente necesito saber si su hija lo chantajeaba de alguna forma.

El hombre respira con mucha dificultad, con un claro ataque de ansiedad invadiendo todo su cuerpo. Vuelve a coger la botella y se la termina de un trago, intentando calmarse. Permanece callado durante un minuto que a Tomás se le antoja eterno.

Aguado se acerca a la puerta: la mujer ya viene por el pasillo.

—Vamos, por favor, su mujer ya está casi al llegar.

—Acompáñeme a mí ahora al servicio. Se lo contaré todo —dice el hombre, recomponiéndose. Ha pasado de estar blanco como la pared a tener las mejillas de un rojo intenso.

Al subinspector le brillan los ojos.

—Muchas gracias —le susurra, sentándose enfrente.

La mujer entra en la sala unos segundos después y percibe que algo ha pasado. Su marido está muy colorado.

—¿Qué te pasa? Tienes la cara muy roja. ¡¡A ver si vas a tener la tensión alta otra vez!! —exclama, santiguándose con rapidez. El gesto sorprende al subinspector—. Lleva un año o así con problemas de salud, ¿sabe? —Esta vez la mujer se dirige a Tomás.

—Vaya, lo siento. Eso hay que controlarlo bien. ¿Necesita más agua? —le pregunta el subinspector al hombre, cortés, sabiendo que probablemente sus problemas con la tensión vengan de la situación con su hija.

—No, gracias. Pero sí me gustaría ir al baño. ¿Me puede indicar dónde es? Le prometo que después le dejaremos hacer su trabajo tranquilo.

—No se preocupen, estamos aquí para ayudarlos y servirlos. Venga conmigo, que lo acompaño —contesta amable Tomás—. Señora, en cuanto tengamos alguna novedad, le prometo que vendremos a buscarlos —se despide de la mujer.

Cuando llegan a los servicios, el hombre se vuelve a derrumbar.

—Lo siento… —Coge papel y se suena la nariz—. Sí, mi hija lleva un año y medio

chantajeándome. Pero le juro que yo la quiero, que no he tenido nada que ver en esto, de verdad —añade rápidamente, con la voz teñida de desesperación.

—¿Cómo empezó todo? —pregunta el subinspector.

El hombre, afectado, se gira sin contestar y va hacia los lavabos.

38

PIEZAS

Cada pieza cuenta en un puzle.

Jefatura

14 de junio de 2016. 14:25 horas.

Quedan siete horas y treinta y cinco minutos.

Ester

La inspectora recorre los pasillos de comisaría con prisa; necesita llegar a los negocios de la zona antes de que sea demasiado tarde y cierren.

Mira su reloj mientras avanza a pasos agigantados, con sus zapatos resonando en las losas del suelo como si fuera un caballo al galope: una fuerza en constante movimiento que no puede detenerse. Pero Ester no es solo eso. En cuanto algo llama su atención, su mente trabaja como un águila: precisa, ágil, cazadora.

De nuevo, en menos de veinticuatro horas se descubre pidiendo al cielo que, por favor, tengan cámaras de fácil acceso. Necesitan encontrar a esas hermanas con vida. El peso de los últimos días se le acumula en los hombros, pero no puede permitirse mostrarlo. Ester no cree en los milagros, pero tampoco en las coincidencias: todo lo que tienen hasta ahora es el resultado del trabajo duro, de noches sin dormir y de agotar hasta la última pista.

Se ha recogido el pelo en una coleta que va ajustando mientras llega a la puerta principal. El sol de media tarde la golpea de lleno, cegándola por un momento. El calor es casi insoportable, pero lo ignora mientras se dirige a la esquina del escaparate de su amiga, en la calle San Antonio. En su mente, ya repasa el listado de negocios de la zona. Con un poco de suerte, alguno tendrá algo útil.

La fugaz esperanza que aflora al pensar en una posible pista se mezcla con el miedo constante; ese que nunca se va, ese que le recuerda que cada segundo cuenta.

La tienda de trajes de comunión, que también funciona como lavandería, está cerrada. Por un momento, al no ver la persiana echada, ha pensado en que tendrían horario continuo.

—Mierda… —chasquea la lengua. De repente, le da un ataque de risa, uno de esos que llega sin previo aviso y sin una razón aparente.

El recuerdo de su madre, que siempre ha detestado las palabrotas, la hace reír más fuerte porque ella lleva todo el día maldiciendo.

Sabe que esos cambios de humor tan repentinos son debidos al cansancio; además, no ha comido nada todavía, y con hambre le cuesta funcionar.

Un minuto más tarde logra recomponerse, aunque no puede evitar preguntarse por qué la emoción la ha desbordado de esa forma. Gira para la Carretera del Progreso, pero la relojería y la

inmobiliaria ya están cerradas también. Da media vuelta, de nuevo en dirección a San Antonio. No recuerda qué comercios había ahí.

Da unos veinte pasos siguiendo el escaparate de su amiga y bingo: una clínica dental abierta.

Ahora solo falta que tengan cámaras y que sean accesibles.

—Buenos días —saluda al entrar.

No hay ningún paciente, lo cual agradece. La recepción hace las veces de sala de espera y de muestrario para los clientes. Es un espacio amplio y bien dividido, con un escritorio justo enfrente de la puerta. Una chica joven y muy maquillada lo preside.

Ester puede ver la caja y el datáfono a la izquierda de la muchacha. Y cámaras. Cuenta tres. Una de ellas apunta a la entrada y a las ventanas que dan a la calle. Ventanas que, desde fuera, no parecían pertenecer a la clínica. Otra está girada hacia el pasillo y la tercera cubre la zona de la caja.

—Bienvenida. ¿En qué la podemos ayudar? —La sonrisa de la recepcionista, blanca perla, se congela momentáneamente al ver la placa de Ester, que se acaba de presentar como inspectora de homicidios.

—Necesito acceso a las grabaciones de ayer por la tarde, entre las siete y las ocho y media —pide sin rodeos.

La recepcionista parece dudar un momento. Mira a su alrededor como buscando el protocolo para algo tan fuera de lo común. Finalmente, coge el teléfono y marca un número.

—Un momento, inspectora. Mi jefe está dentro, le aviso enseguida.

Ester asiente y se mantiene en silencio, observando las cámaras mientras espera. Unos segundos después, un hombre de mediana edad sale de una puerta lateral. Lleva una bata blanca de trabajo y, al ver a Ester, le dedica una sonrisa perfecta que mezcla cortesía con algo de tensión.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunta, estrechándole la mano a Ester, quien se presenta rápidamente como inspectora.

—Necesito revisar las grabaciones de seguridad de ayer entre las siete y las ocho y media de la tarde —responde ella con un tono directo y firme.

Sin embargo, el hombre, que parece algo cauteloso, frunce el ceño.

—¿Las grabaciones? —repite con algo de sorpresa—. Claro, pero… ¿puedo preguntar para qué las necesita? Las imágenes de seguridad pueden ser muy delicadas… Podría meterme en un lío si no hay una justificación adecuada.

Ester no muestra ningún signo de duda. Sus ojos se mantienen firmes mientras explica:

—Es una cuestión urgente, señor. Estamos investigando una desaparición, vamos a contrarreloj y esas grabaciones pueden ser clave. Pedir una orden judicial para acceder a ellas me llevaría más tiempo, así que le agradecería su colaboración.

El jefe la observa con detenimiento, midiendo cada palabra. Finalmente, asiente.

—Entendido, inspectora. Un momento, por favor.

Con la misma calma con la que Ester ha manejado la situación, el hombre abre un cajón de la mesa de recepción y saca una pequeña llave USB.

—Venga conmigo —le ordena.

Se adentra en el pasillo y abre una puerta a la derecha. Acceden a un pequeño despacho. Está rodeado de estanterías y coronado por un escritorio macizo de caoba.

—Por favor, siéntese —le pide el dentista con amabilidad—. ¿Quiere agua? —ofrece, mientras enciende el ordenador y comienza a teclear.

—No, se lo agradezco. —Ester le sonríe, sentándose en la cómoda silla frente a él.

El hombre inserta la pequeña llave USB y gira la pantalla mientras termina de acceder. Al poco, el monitor muestra el software de seguridad de la clínica con la interfaz de las cámaras.

—En este caso, tenemos un sistema NVR conectado a la red local, que almacena y organiza las grabaciones, haciendo que sea fácil acceder a ellas —dice mientras navega por las opciones.

Ester asiente, aunque en realidad no ha entendido bien de qué le habla el hombre. «Mientras nos sirva, me da igual cómo se llame el sistema», piensa para sí. Echa de menos a su compañero Javier, que es todo un experto en estos temas.

El peso de la urgencia vuelve a atenazarle el estómago, consciente de que cada vez tienen menos tiempo. Cada segundo perdido parece una eternidad, pero mantiene su rostro impasible, proyectando una calma que en realidad no siente.

—Vale, ya tengo lo de ayer. ¿Qué horas eran? —pregunta el dentista.

—Entre las siete y las ocho y media, y necesitaría solo las imágenes de la cámara que apunta a la puerta.

El hombre asiente y sigue con la tarea.

Cada clic del teclado se convierte en un eco interminable, como si el tiempo se hubiera congelado en esa pequeña habitación.

Ester observa el despacho mientras el hombre sigue inmerso en su misión. La habitación está decorada con un estilo sobrio y elegante, pero con la calidez de un lugar dedicado a la atención personal; Ester siente como si su caos interno contrastara perfectamente con la estancia.

En una estantería cercana, varios diplomas enmarcados exhiben la trayectoria del dentista, mientras que una pequeña planta en una esquina da un toque de vida al ambiente.

Vuelve a centrar su atención en la pantalla del ordenador, donde las imágenes del sistema de seguridad se cargan lentamente.

El dentista continúa navegando por el software, ajustando las opciones para localizar el archivo correcto.

La ansiedad en el rostro de Ester no desaparece.

Finalmente, el dentista se echa hacia atrás y señala la pantalla con satisfacción.

—Ya está. —Celebra—. ¿Se lo guardo en un USB? —ofrece.

Ester asiente sin dudar, con la misma rapidez que un águila caza a su presa.

—Sí, por favor, muchas gracias.

El dentista conecta un *pen drive* en el único puerto que queda libre y empieza la exportación de las grabaciones. Ester lo observa atentamente, fijándose en la pantalla del ordenador, que muestra el tiempo restante para completar el proceso.

La inspectora aprovecha esos segundos para respirar profundamente, sintiendo cómo la presión sobre sus hombros se relaja momentáneamente. Ahora solo le queda esperar que se vea algo.

Sus pensamientos vuelven a las imágenes de las jóvenes desaparecidas, la angustia de sus padres, y lo mucho que le pesa la idea de no poder hacer más en este momento.

Finalmente, el dentista le entrega el USB, que Ester recibe con una leve inclinación de cabeza; el peso del objeto es más simbólico que físico. «Ojalá haya una pista más», piensa mientras lo guarda.

—Muchísimas gracias por su colaboración, de verdad. Se lo traeré de vuelta —asegura.

Con un último vistazo a la pantalla, se levanta, le estrecha la mano al hombre y se dirige hacia la puerta.

Los nervios se la comen.

Cuando sale de la clínica, el sol sigue abrasando sin clemencia, pero ahora Ester camina

con un propósito renovado. En sus manos no lleva solo un USB; lleva la posibilidad de salvar vidas. Y eso la empuja a seguir adelante, a pesar del agotamiento que la consume.

39

CONFESIONES

En lo cotidiano también se encuentran horrores.

Jefatura

14 de junio de 2016. 14:15 horas.

Quedan siete horas y cuarenta y cinco minutos.

Tomás

En la quietud de los servicios, el hombre se ha derrumbado y va directo a mojarse la cara antes de comenzar su relato. Respira hondo mientras el agua fría resbala por su rostro, como si intentara calmar una angustia que no puede controlar.

Tomás cierra la puerta, pero se mantiene de pie junto al quicio, observando al padre desde la distancia. Decide darle espacio. Independientemente de sus pensamientos sobre la situación, tiene que ser imparcial y mantener su postura de autoridad. Entrelaza las manos detrás de la espalda, apretando los dedos con fuerza, intentando controlar la tensión que lucha por salir a flote.

El hombre se seca la cara con uno de esos papeles rígidos que hay en la mayoría de los baños públicos y que, más que quitar la humedad, te arañan el rostro.

Las luces blancas de la estancia le confieren a todo un tono casi fantasmagórico.

Tomás se adelanta unos pasos, dispuesto a escuchar atentamente lo que el padre tiene que contarle.

—Todo comenzó con algo insignificante, o al menos eso pensé en aquel momento... —El hombre baja la mirada, fijándose en sus manos temblorosas; se las restriega con ahínco, como si estuvieran sucias. Su voz se quiebra al continuar—. Gloria siempre ha sido especial. Tiene esa manera de mirarte, como si pudiera leer cada pensamiento en tu cabeza. Es tan encantadora que te hace bajar la guardia sin darte cuenta; siempre estaba cerca de mí. Pero no era solo eso. A veces decía cosas que me dejaban intranquilo, comentarios que parecían inocentes, pero... tenían un filo oculto.

El padre hace una pausa, apretando los labios mientras intenta reordenar sus pensamientos. Tomás mantiene el silencio, cortés, aunque su mente va a mil por hora y está deseando hacerle preguntas.

—No estoy orgulloso, pero empecé a tener fantasías… Ya sabe —dice, incómodo, sin saber qué término usar. Tomás aprovecha.

—¿Sexuales? —añade, intentando que no se cuele el asco en su tono. El hombre asiente.

—Me di cuenta de que ella me había pillado en varias ocasiones dándome placer. Pero no solo no dijo nada, sino que seguía asomándose. Yo… A mí… —tartamudea, indeciso.

—Entiendo que es complicado, pero necesito que continúe —indica Tomás, paciente.

El hombre vuelve a mojarse el rostro. Cada vez está más rojo.

—Yo… Bueno, cuando me di cuenta de que me espiaba, me excité. Estuve mucho tiempo sintiéndome mal, pero otra parte de mí se negaba a cerrar la puerta. Me volvía loco saber que ella me estaba mirando —confiesa del tirón.

El hombre se detiene a coger aire. Tomás lo observa, decidiendo cuál va a ser su siguiente pregunta. Tiene que hacer un esfuerzo titánico para mantener a raya el asco que siente.

—¿Ha pasado algo más entre vosotros? —dice al fin. Sabe la respuesta, pero necesita que el padre se concentre y llegue al fondo del asunto, a la pregunta original sobre el chantaje.

El hombre baja la mirada y, finalmente, asiente.

—Recuerdo el día exacto en que cambió todo —empieza.

Tras varios minutos hablando sin parar, el hombre parece relajarse por fin. Le ha contado todo lo que él ya sabe: se acostaba con su hija. Fue ella la que lo buscó las primeras veces; luego empezó a animarse él también.

—Estaba enamorado de ella. No compartimos la misma sangre, lo cual me ha facilitado no sentirme mal. Sé cómo suena, pero le juro que estaba loco por ella. Llegaría al fin del mundo por ella y mataría a cualquiera que se atreviera a hacerle daño —concluye.

Tomás ignora la última parte de la confesión, ya que sabe que es fruto de la pasión del momento. Sin embargo, no se le escapa el tiempo verbal usado.

—¿Estaba? ¿Ya no la ama? —inquiere.

—Antes me ha preguntado si me chantajeaba. La respuesta es sí. Comenzó hace dos años. Me enseñó una foto en su móvil, algo que jamás me hubiera esperado de ella. Se nos veía claramente teniendo relaciones, pero casualmente daba la sensación de que yo… Bueno, de que… —el hombre titubea de nuevo, nervioso —. De que yo estaba abusando de ella. —La voz se le rompe.

El subinspector le da un momento para que se recomponga.

—¿Y qué hizo usted? —le pregunta.

—Yo estaba en shock. No podía creerlo. Siempre pensé que ella me amaba también, que era nuestra pequeña burbuja de amor prohibido... pero esa sonrisa, esa maldita sonrisa, me lo dejó claro: solo era un juego para ella. Así que me enfrenté a ella, pero Gloria simplemente siguió sonriendo. Esa sonrisa... no era de la persona que yo amaba. Era como si la estuviera viendo por primera vez, como si detrás de esos ojos hubiera alguien que yo no conocía.

—¿En qué consistían sus chantajes? —inquiere el subinspector.

—Al principio fueron básicos: si no quería que todo el mundo supiera que yo “la violaba” —dice, dibujando unas comillas imaginarias—, tenía que darle dinero. Pero luego… fueron a más.

El hombre carraspea, nervioso de nuevo.

—Lleva más de un año pidiéndome cosas… extrañas.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, después de las primeras extorsiones, empezó de nuevo a ser amable conmigo y terminamos teniendo relaciones otra vez. Pese a lo muy decepcionado que estaba con todo lo ocurrido, seguía queriéndola, así que no le costó mucho volverme a engatusar.

»Ya no me pedía dinero, pero cambió su forma de relacionarse conmigo. Ahora nuestras sesiones de sexo eran muy raras, como esas que se ven en algunas películas. Ella se disfrazaba y me dominaba. Al principio me parecía extraño, pero acabé disfrutando de esa nueva versión.

El hombre vuelve a parar un momento para recuperar el aliento. Mira su reloj; tiene que acabar pronto si no quiere que su mujer empiece a preocuparse.

—Hemos estado así muchos meses, hasta que me di cuenta de que me grababa. ¡¡La muy hija

de puta estaba documentando todo!! —eleva la voz, indignado. De inmediato, su expresión cambia al darse cuenta de que quizá ha hablado demasiado fuerte. Se acerca a la puerta y la abre ligeramente para asegurarse de que su mujer no anda cerca.

Por eso, en los vídeos que ha visto Tomás el hombre parece ajeno a todo.

—¿Y lo ha seguido chantajeando con esos vídeos?

—Peor. Me obliga… me obliga a blanquearle dinero.

Tomás abre mucho los ojos, espantado. Su postura, hasta ahora tranquila, se va al traste en cuestión de segundos. Siente cómo una sensación helada le recorre la espina dorsal. Esto no solo es un caso de abuso y chantaje: hay una red mucho más turbia detrás.

—¿Cómo es eso?

El hombre procede a contarle todo con pelos y señales. Cuando termina, Tomás está en parte sorprendido, en parte no.

Qué maravilla lo que acaba de descubrir.

—Voy a necesitar que declare esto último de forma oficial.

El hombre pierde todo el color de la cara en cuestión de segundos. Está a punto de protestar cuando oye a su mujer en la puerta.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta, preocupada.

—S-sí, sí. Ya salgo. Se me ha descompuesto la barriga. Ya voy.

Tomás deja que el hombre salga primero y él se queda esperando en una esquina para evitar que la madre de Marta lo vea.

Ahora, sí o sí, necesita ver a Ester. Tiene que contarle todo lo que ha descubierto.

40

PERDIDA

Hay verdades que te empujan al límite de la cordura

Granada

12 de junio de 2016. 23:30 horas.

Doce horas y quince minutos antes del secuestro.

Marta se mete en la cama con calma, como si le costara horrores moverse. Nota que Iván sigue muy pendiente de ella, lo cual no le gusta nada. Un sudor frío le cubre el cuerpo: por primera vez es plenamente consciente del monstruo con el que duerme y siente pánico. Pero tiene que controlarse; ya ha llegado demasiado lejos y no va a parar ahora, cuando está tan cerca del final.

Por la mañana, sin falta, terminará de leer todo y pedirá ayuda, aprovechando que Iván se marcha temprano a trabajar. Por momentos, siente como si su mente estuviera desconectada de la realidad; necesita aparentar normalidad si quiere mantener la cordura.

El cuerpo de su novio cae al lado del suyo y, de repente, la abraza. Marta se muerde la lengua, asqueada, y reprime las ganas de apartarlo a manotazos.

Marta intenta mantener la respiración pausada, fingiendo tranquilidad mientras el peso del brazo de Iván sobre su cintura la inmoviliza. Por dentro, su mente es un torbellino de pensamientos: «¿se habrá dado cuenta de algo? ¿Por qué está actuando tan… normal?».

Siente el aire de la habitación pesado, cargado de una tensión que podría cortarse con un cuchillo. Iván murmura algo inaudible, y Marta apenas logra contener el estremecimiento cuando su aliento cálido roza su cuello.

«Estoy loca. Tendría que haber pedido ayuda ya…».

«Dios mío, por favor, que no me pille. Juro que mañana llamaré a la policía».

—¿Qué has hecho hoy? —pregunta él de repente, con una voz cargada de curiosidad que la pone en alerta.

—Nada interesante —responde ella, esforzándose por sonar casual mientras mantiene la mirada fija en la pared.

—¿Seguro? Te noto… diferente. Como si ocultaras algo. —Iván deja escapar una sonrisa que podría parecer amistosa a simple vista, pero en sus ojos no hay nada de calidez, solo un brillo frío y calculador.

Sus labios se curvan ligeramente, como si supiera algo que Marta aún no ha comprendido. Juega con los extremos de sus dedos, frotándolos lentamente, un gesto que denota control y paciencia, como si estuviera esperando a que ella cayera en su trampa. Su mirada fija en la nuca de Marta, atento; cuando habla, su tono es suave, casi como si estuviera consolándola. La pregunta, inocente en apariencia, está cargada de veneno, diseñada para ponerla nerviosa, para

que ella revele más de lo que quiere ocultar. Iván disfruta de la incomodidad que crea, como si tuviera todo el tiempo del mundo y su novia fuera solo una pieza más en su juego.

Marta siente que su corazón se acelera peligrosamente, desbocado.

«No, no puede saberlo. Es imposible», le grita su mente. «No ha estado en la casa solo; no ha podido mirar en el armario y darse cuenta de que falta el diario».

—¿Ocultar? ¿Qué voy a ocultar yo? Será el cansancio. No he dormido bien estos días con todo lo que ha pasado —miente, sin atreverse a girarse para mirarlo a los ojos.

Iván no responde de inmediato. El silencio que sigue es ensordecedor, y Marta tiene que esforzarse por no temblar bajo su brazo. Finalmente, él se aparta y se da la vuelta, como si hubiese perdido interés en la conversación. Pero ella sabe que no es así. Iván nunca pierde interés.

«Ay, Señor, por favor, que no se dé cuenta», chilla en su mente, aterrada.

Sabe que se ha pasado de la raya.

«¿A quién se le ocurre volver a casa después de lo que he descubierto? A mí».

La mente tiene caminos que, a veces, son inexplicables para la razón.

Una hora más tarde, la respiración de Iván se vuelve pesada y rítmica, señal de que se ha quedado dormido.

Mata se relaja y, al cabo de un rato, consigue dormirse. Tiene una pesadilla horrible donde él la persigue hasta matarla y se despierta bruscamente, empapada en sudor.

—Buenos días, ¿estás bien? —pregunta Iván, sobresaltado por el grito que acaba de dar su novia.

Marta tiene la mano en el pecho y trata de regular su respiración. Cuando se da cuenta de que Iván tiene el armario abierto, los latidos de su corazón se disparan.

—Sí, es que he tenido una pesadilla. No voy a ganar para sustos entre ayer y hoy… —comenta, intentando relajarse.

—Desde luego, chiquilla. ¿Cómo va ese estómago? —pregunta mientras continúa vistiéndose.

Marta mira el móvil y ve que son las siete y media, la hora en que Iván suele arreglarse para ir a trabajar.

—Ya bien. Me sentó bien vomitar anoche, aunque sea desagradable.

—¿Quieres que te haga una manzanilla? —ofrece él, amable.

—No, gracias. La verdad es que creo que voy a intentar dormir otro ratito. Anoche no descansé apenas con tanto ir y venir al baño.

—Ah, ¿tantas veces fuiste?

Marta no sabe si lo pregunta con sinceridad o es una trampa. Decide seguir con su mentira.

—Sí, tres o cuatro veces por lo menos. Intenté no hacer ruido.

—Pues lo lograste, porque solo te escuché la última, cuando toqué.

Marta asiente y vuelve a tumbarse mientras lo observa. «¿Me estará diciendo la verdad?». La duda la asalta. Sus manos se tensan instintivamente, aferrando la sábana como si con eso pudiera encontrar alguna certeza.

Sigue los movimientos de Iván hasta que este sale y va al baño. Parece tranquilo; quizá dice la verdad. Marta aguza el oído, pero no tiene que esforzarse demasiado: Iván deja la puerta abierta mientras orina y luego lo escucha lavarse las manos.

Cuando termina, se dirige a la cocina y ya no lo oye con claridad. Tiene que reconocer que es silencioso. Se pone bocarriba y mira al techo, pensativa. Sabe que las mentiras son arriesgadas, y más teniendo en cuenta con quién convive. Sin embargo, todo parece normal… Anoche se asustó cuando le sugirió que ella ocultaba algo, pero también tiene que reconocer que está más alerta

que nunca por todo lo que acaba de descubrir. Su nivel de paranoia ha aumentado y quizá ve fantasmas donde no los hay, distorsionando la realidad por todo lo sucedido.

Al cabo de quince minutos, oye a Iván volver a la habitación. Marta cierra los ojos y deja la boca ligeramente abierta, fingiendo dormir. Un beso inesperado en la frente la paraliza un segundo, pero no se mueve.

—Descansa, cariño. No quiero que te pongas mala otra vez —le susurra muy bajito, antes de salir. De nuevo, sonríe.

Sus palabras le dejan una sensación amarga. No es un gesto de cariño; es un recordatorio de que sigue teniendo el control.

A los pocos segundos, escucha la puerta del piso cerrarse con un golpe suave.

—Por fin, coño —murmura, incorporándose.

De repente, un ruido seco, como si una silla rozara el suelo, corta el aire del salón.

Marta se queda inmóvil.

El crujido vuelve, más claro esta vez, resonando en el silencio como si algo pesado se moviera a cámara lenta. Marta aguanta la respiración, cada músculo en su cuerpo tensándose, listo para explotar si fuera necesario. Un pensamiento abrumador cruza su mente: «¿Y si no se ha ido?».

El martilleo de su corazón es ensordecedor.

Pum, pum, pum.

Deja que pasen unos minutos. El silencio se vuelve atronador. El sonido de sus latidos le tapona los oídos.

Se levanta y camina con cuidado, casi de puntillas, fingiendo ir al baño. Desde el umbral del pasillo echa un vistazo rápido: vacío. Solo entonces suelta el aire contenido, con el alivio inundando su pecho como un torrente.

Entra al baño a asearse. Necesita una ducha urgente y sabe que el agua caliente la relajará. No importa la época del año, ella detesta usar agua fría.

Deja que el agua caliente se deslice por su cuerpo, lavando el sudor, el miedo y parte de su propia desesperación. El agua golpea la porcelana con un ritmo constante, llenando el espacio de un murmullo que, por unos instantes, acalla el ruido en su cabeza.

Deja que el vapor la envuelva, cubriendo por un momento sus pensamientos con un velo de calma. Pero la realidad la golpea con fuerza: «esto tiene que terminar».

Mientras, las gotas resbalan por su rostro y le permiten, por unos segundos, cerrar los ojos sin temor. La calma es efímera, lo sabe, pero la necesita. Es su único refugio momentáneo. El agua no solo limpia su cuerpo; también intenta arrancar las emociones que la desbordan.

Ya más despejada, se dispone a desayunar. Va hacia la cocina y pone un poco de leche a calentar en el microondas: hoy le apetece un colacao.

Mientras el vaso gira dentro de la máquina, se acerca a la puerta de entrada e introduce sus llaves por detrás. Quiere leer tranquilamente y, aunque sabe que Iván llegará sobre las tres y media, no quiere arriesgarse a que, de repente, vuelva antes y la pille.

Tiene el estómago mucho mejor, sin náuseas de ningún tipo. Sabe que leyendo puede que le vuelvan, pero, por otro lado, siente que ya tiene una coraza fuerte y que nada puede sorprenderla.

Termina de desayunar y va hacia el baño a lavarse los dientes y a coger el diario.

Hojea las páginas con rapidez, esquivando deliberadamente los párrafos más oscuros. Ha aprendido a esquivarlos: esas fechas que gritan peligro, acompañadas de descripciones enfermizas de Gloria. Va a buscar solo algo que la relacione con su padre, nada más.

Su corazón se encoge al rememorar lo mucho que la admiraba cuando sus padres la

adoptaron. Gloria iluminaba cualquier habitación con su presencia, como si el mundo entero girara a su alrededor. Pero poco a poco, Marta fue descubriendo que aquel brillo era un disfraz cruel, un barniz destinado a esconder la podredumbre de debajo. Ahora, cada recuerdo suyo le produce una mezcla de nostalgia amarga y rabia contenida.

Decide que no; no está preparada para leer eso otra vez. Ya duele demasiado saber que los dos se han estado acostando. No tiene ganas de imaginar las escenas por las descripciones tan explícitas que hace Iván. Cada palabra gotea perversidad, describiendo a Gloria como si fuera una obra de arte corrupta que solo él puede entender.

El recuerdo de aquella Nochevieja resurge con fuerza. Gloria, tan segura de sí misma, besando a Iván frente a todos, como si no tuviera nada que ocultar. Su voz susurrando: «Ya me ha probado y volverá a por más». Marta siente cómo la rabia la invade y se mezcla con un torrente de asco y traición. La evocación de las palabras de Gloria la aplasta; su respiración se acelera al darse cuenta de que todo lo que sabía sobre su hermana está manchado por la mentira. «En realidad te referías a que ya estabas con él, maldita zorra. Siempre jugando conmigo. Siempre manipulando», piensa, enfadada.

El estómago se le revuelve y no puede evitar el estremecimiento que recorre su cuerpo. Le duele tanto como entonces.

Se detiene al ver una entrada fechada en julio de 2015.

La mención a Almería, subrayada en rojo, le hace contener el aliento. Quizá aquí hay algo. Sus manos tiemblan ligeramente mientras lleva el diario hacia la mesa y se sienta a leer.

Almería, 2015

Hemos estado todo el día en la playa. Marta ya se ha acostumbrado a que Gloria haga toples, *aunque claramente le sigue molestando. Gloria, por su parte, se aburre porque ve que su hermana no reacciona. Pero yo la conozco y sé que, por dentro, arde.*

Por la noche, Marta y yo salimos a cenar y a un karaoke con mis suegros, pero mi suegro se excusó diciendo que algo no le había sentado bien y se fue antes de que nos diera tiempo a ir a cantar.

Hoy Gloria ha estado menos provocadora que de costumbre, pero yo llevo tiempo sospechando que algo pasa. Cuando llegamos a la casa, mi suegro estaba dormido y mi suegra tan borracha, que Marta y yo aprovechamos para entrar en el baño y follar. Me gusta hacerlo ahí porque sé que Gloria nos oye. Marta piensa que es por el morbo de si nos pillan, pero yo solo quiero que la rubia sepa que simplemente es una más en mi colección.

Después, he drogado a Marta y me he vuelto a ir al baño, a esperar. Sabía que Gloria vendría.

Ha confirmado mis sospechas: se acuesta con su padre desde hace bastante tiempo.

La confesión la golpea como una bofetada. El aliento se le corta. Sus ojos no pueden creer lo que ven. Lee una y otra vez, sin poder entenderlo. ¿Es real? ¿O está soñando?

Sus manos tiemblan incontrolablemente al sujetar el diario, y casi se le cae antes de obligarse a soltarlo en la mesa.

Se sujeta la cabeza, incrédula. Las lágrimas le inundan los ojos. De repente, la luz que entra por el gran ventanal del salón le parece sórdida y gris.

Su padre y Gloria… No puede ser.

Y, sin embargo, ahí está escrito.

Va al fregadero y vomita el desayuno. Necesita salir del piso, le falta el aire. Limpia todo

bien, se lava los dientes, se viste, guarda el diario en la cesta y sale de la vivienda como si el mundo entero le pesara sobre los hombros.

Tiene ganas de morirse.

Cuando pensaba que la vida no podía ser más cruel ni podía sorprenderla más, descubre esto. Su propio padre…

Ahora, tantas reacciones a lo largo de su vida, especialmente de los últimos años, le cuadran. Incluso cuando era evidente que la culpa era de Gloria, su padre siempre la defendía.

El discurso acerca de que a lo mejor le vendría bien ir a terapia se lo dio a ella, no a Gloria. Recuerda una de las últimas charlas que tuvo con sus padres, en la que ambos le sugerían buscar ayuda psicológica porque la veían siempre retraída y notaban que tenía envidia de su hermana.

—¡Ja! Me rio yo de tu moralidad… —chilla, conteniéndose para no tirarse del pelo ni darse golpes. Su voz retumba en las paredes del ascensor.

La necesidad de escapar se vuelve tan urgente que Marta siente como si el aire se le agotara. La rabia y el dolor se han acumulado tanto dentro de ella que se han convertido en un peso físico, una carga imposible de llevar. No es solo la tristeza lo que la empuja, sino un impulso desesperado por huir de la vida que acaba de descubrir. Sale del edificio sintiendo que ya nada tiene sentido, que la traición la ha dejado desnuda y expuesta a la brutalidad de la realidad.

Mientras camina, se pregunta si, en este mundo, hay algo que no esté corrupto.

41

DECISIONES

Algunas decisiones cambian el curso de la vida.

Granada

13 de junio de 2016. 9:30 horas.

Siete horas antes del secuestro.

Su calle la envuelve con el mismo vacío que ella siente dentro. Camina sin rumbo durante mucho rato. Ha logrado calmarse un poco; el aire de la mañana le ha venido bien, aunque sigue notando un peso en el pecho, como si algo oscuro se hubiera asentado allí. De repente, llega a Plaza Trinidad: lo sabe en cuanto oye el cantar de los pájaros que habitan en sus árboles.

Es un sonido que suele reconfortarla, pero hoy le resulta demasiado estridente, irritante. Casi como si fueran reproches. Marta inspira profundamente, tratando de que el olor fresco de los árboles la calme; sin embargo, percibe un toque dulzón que le resulta abrumador.

Las sombras de las ramas se proyectan en el suelo, moviéndose al ritmo de la ligera brisa, pero en lugar de apaciguarla, le parecen figuras inquietantes que la observan desde arriba. Los pájaros alzan el vuelo repentinamente, provocándole un escalofrío.

Se detiene en el centro de la plaza, bajo los árboles, y mira hacia arriba.

Un señor mayor que arroja alpiste a las palomas la observa, entre maravillado y extrañado. Marta se da cuenta y baja la mirada rápidamente, sintiendo una punzada de paranoia. ¿Habrá notado algo raro en ella?

Decide salir de la plaza e ir caminando a la comisaría del centro, donde trabajan Ester y su equipo. No quiere leer nada más; ya ha tenido suficiente.

La calle Mesones todavía duerme: algunos negocios han abierto ya sus puertas; otros, lo harán a las diez. Todo le parece artificialmente tranquilo, como si el mundo entero estuviera conspirando para que nada interrumpa sus pensamientos.

Sus pasos son lentos, tristes, alineándose con su estado de ánimo.

A lo lejos ve a una mujer de mediana edad empujando la silla de su hijo mientras se acerca a una de las pocas tiendas abiertas. Los reconocería entre un millón de personas. Mercedes y su hijo esperan en la cola de una panadería.

Se mira la cara usando la cámara del teléfono: no está en su mejor día desde luego, pero es aceptable. Se acerca a ellos, buscando algo de consuelo en la calidez de Mercedes y la sonrisa de su pequeño Marcos.

—¡Hola! ¿Qué tal? —los saluda.

—¡Hola, Marta! —Mercedes enseguida le da dos besos y un abrazo—. ¿Cómo estás? Nosotros bien, haciendo unas compras.

Marta se agacha y le da un beso a Marcos.

—¡Marta! —Le sonríe—. Mamá, contento —dice, mirando a su madre.

Intercambian unas palabras más. Ambas evitan mencionar a Rachel, porque Marcos todavía se pone muy triste. Les llega el turno y se despiden.

Marta se queda unos segundos mirando cómo entran en la panadería. La normalidad de esa pequeña escena le resulta insoportable, como si su mundo estuviera congelado mientras el resto sigue adelante sin ella.

Marta sigue caminando, con el recuerdo de su amiga en mente. Una rabia visceral la enciende. Tuvo celos de la menos culpable de la historia. Se siente estúpida una vez más y lucha para no volver a echarse a llorar.

La bilis le sube por la garganta. Se da cuenta de que se ha parado en medio de la calle cuando una voz familiar la saluda.

—¡Hola!

Marta está teniendo un ataque de ansiedad y no puede responder. Se pone la mano en el pecho, boqueando en busca de aire.

Juanjo la sujeta por los hombros y la ayuda a sentarse en un escalón cercano.

Cuando por fin puede hablar, estalla. Le cuenta todo a su amigo, desahogándose por fin.

—No me lo puedo creer… me dejas… helado —comenta el chico, visiblemente afectado.

—Se me han pasado todo tipo de cosas por la cabeza. Me siento… ni siquiera sé cómo me siento. Tengo asco, odio y pena; una pena muy grande. —La voz de Marta vuelve a romperse y echa a llorar de nuevo.

Están a punto de dar las once. Han estado más de una hora en ese escalón sentados. Juanjo ha llamado a la copistería para decir que llega tarde. Hoy no tiene clase, así que por la mañana trabaja y por la tarde irá a comisaría. Está citado a las siete de la tarde.

—Muchas gracias, por todo.

—¿Quieres que vaya a tu piso cuando salga de trabajar y lo enfrentamos? Podemos llamar a la policía un poco antes de que llegue Iván y le tendemos una trampa —ofrece Juanjo.

—No te preocupes, de verdad. Solo necesito un poco de espacio.

Se despiden y Marta se queda sentada un rato más. Finalmente decide ir a una cafetería cercana. Necesita tomarse un ansiolítico o el pecho se le va a partir en dos.

14:30 horas

El piso la recibe en silencio. Ese mismo silencio que le pesa en los hombros y que, hasta hace poco, encontraba reconfortante. Iván todavía no ha llegado; suele aparecer a las tres y media, como un reloj. Marta camina con lentitud, como si prolongar el recorrido le diera más tiempo para ordenar sus pensamientos. No hay vuelta atrás, y, sin embargo, cada paso que da le sabe a traición y le parte el alma.

Después de estar toda la mañana fuera, ha decidido que tiene que recoger sus cosas y despedirse del piso como se merece. Le cuesta aceptar su nueva realidad, pero no va a permitir que él también se quede con lo poco que tiene. Lo necesita. O quizá necesita verlo una vez más, como si su mente se negara a creer lo que sabe que es cierto e imborrable.

La calidez de este lugar, que antes le daba fuerza, ahora se mezcla con una angustia que le oprime el pecho. Cada rincón le susurra un recuerdo, pero ninguno consigue ahogar la certeza del peligro que se cierne sobre ella.

Sabe que es arriesgarse demasiado, pero no puede marcharse sin más, como si todo lo que ha vivido aquí no significara nada. Este lugar es más que cuatro paredes: es donde aprendió a sentirse adulta, donde descubrió que podía compartir su vida con alguien. Incluso ahora, después

de todo lo que ha leído, el piso sigue oliendo a hogar.

Entra en la habitación de invitados y coge la maleta. Siempre bromeaban con que ese armario era todo suyo, un rincón que Iván le cedió sin cuestionarlo. Mientras abre las puertas, una parte de ella se pregunta por qué no puede simplemente salir corriendo. ¿Qué la retiene aquí? ¿Es miedo? ¿O es esa idea enfermiza de que, de alguna manera, este caos todavía tiene arreglo?

Mete algunas cosas rápidamente, pero sus manos tiemblan tanto que decide parar. Sus dedos tropiezan al intentar cerrar la cremallera; la maleta queda a medio llenar, un reflejo perfecto de cómo se siente: incompleta, dividida, su vida paralizada. Cada prenda que guarda parece un fragmento de sí misma que intenta rescatar, pero la sensación de estar perdida no la abandona. Deja la maleta preparada detrás de la puerta con lo poco que ha conseguido guardar.

Se sienta en el borde de la cama para calmarse. Desde aquí puede oír los leves crujidos del edificio, los mismos que siempre la tranquilizaron. Pero hoy, cada sonido parece anunciar que Iván está a punto de entrar.

«Aguanta un poco más, Marta. Solo un poco más». La voz en su cabeza suena extraña, como si no fuera suya. Más bien es la de alguien que intenta convencerla de que hay tiempo, de que puede controlar lo incontrolable. Como si todo fuera cuestión de ser valiente un poco más, de seguir fingiendo que aún queda algo de la vida que soñó tener con él.

«Tu novio es un asesino. Huye».

Se lleva las manos al rostro. No es la primera vez que siente que su cuerpo no responde, que sus piernas no obedecen al impulso de huir. «Esto es demencial», piensa, y aun así sigue ahí.

En el fondo sabe que no es miedo, sino algo mucho más difícil de romper: el vínculo, ese hilo invisible que la mantiene atada a todo lo que Iván representa. Y romperlo significa admitir que fue un error desde el principio, que todo lo construido aquí es mentira y que ella, como sus padres y todos piensan, es rematadamente imbécil y siempre la han engañado.

Se seca las lágrimas y se pone en pie. Para romper esa atadura necesita verlo una vez más, terminar de mentalizarse. Recuerda las palabras sobre Gloria, la descripción de los asesinatos, su padre… Y la rabia la ciega, estallando como un torrente que arrasa con cualquier otra emoción.

El amor que ha sentido, tan grande, tan intenso, ahora le parece una burla cruel. Es como si, por primera vez, pudiera ver a Iván sin el filtro del autoengaño, y lo que ha descubierto le provoca un odio tan intenso que casi le resulta desconocido. Pero necesita verlo. Una última vez. Falta poco para que llegue.

Tienen sopa y algunas sobras del mexicano de ayer. Decide calentarlas. Abre la nevera y, por un instante, la rutina la golpea como una bofetada. El gesto cotidiano de elegir un táper choca con la monstruosidad de lo que está a punto de hacer. Siente un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío del electrodoméstico.

—Tu última comida conmigo, cabrón —murmura, pero la frase le sabe amarga en la boca. Por un segundo, duda de sí misma y de su capacidad. «¿De verdad podré hacerlo?». Los años de relación y buenos recuerdos le pesan demasiado. Siente que todo se está rompiendo a su alrededor y no sabe cómo afrontarlo. Una persona cuerda ya se habría marchado. Pero, quizá, la cordura no es más que un lujo al que renunció hace tiempo, sin darse cuenta.

El calor de la sopa hirviendo no logra penetrar el frío de sus manos. Tiene el cuerpo cortado por la tensión. El ruido de la cuchara contra la olla se le antoja ensordecedor en la quietud de la cocina.

Coloca los tacos en un plato y remueve con cuidado la mezcla que los acompaña. Se asegura de que los sabores estén bien integrados, como si esa perfección absurda, ese pequeño gesto de control, pudiera mantenerla firme.

El vapor asciende en espirales lentas, llenando el aire con su aroma a verduras, pero Marta apenas lo nota. De fondo, el leve tintineo de los cubiertos choca con su mente dispersa, incapaz de centrarse en el momento.

Iván llega y, como siempre, le pregunta por su día. Ella responde de manera automática, pero un nudo atenaza su estómago al escuchar el tono familiar de su voz. Él también le cuenta el suyo. Ha traído unos pasteles y no deja de insistir en que Marta se coma uno de postre.

—Te lo agradezco, de verdad. Sabes que me encanta el dulce, pero yo con la sopa tengo bastante. No quiero volver a forzar el estómago.

—Venga, amor, que he ido a por ellos expresamente por ti. No me hagas el feo, anda. Además, me he animado porque esta mañana estabas mejor.

—Bueno —accede finalmente, alargando mucho la "e".

Marta se come el dulce que le ofrece Iván y él hace lo propio con otro.

«Ojalá te atragantes, asqueroso», le desea mentalmente, mientras le sonríe.

—Gracias, estaba muy rico —le dice cuando acaba.

—De nada. Voy a ducharme, que hoy en el trabajo he ayudado con lo del archivo que te he comentado y he sudado como un cerdo.

«Como lo que eres, dirás», piensa con ira. Pero asiente y vuelve a sonreír, intentando no prestar atención a sus pensamientos intrusivos.

Iván lleva un rato en la ducha. El sonido del agua llenando la casa la pone más nerviosa. Cada gota que escucha parece un reloj marcando una cuenta atrás. Marta sigue paralizada en la cocina, incapaz de moverse. Sin embargo, tiene que sacar fuerzas de donde sea. Necesita oír de labios de Iván que realmente ha mantenido relaciones con Gloria.

Cuando finalmente se pone de pie, algo no va bien.

El mareo llega de golpe, como si alguien hubiera apagado las luces de su mente. Su visión se torna borrosa, el suelo parece ceder bajo sus pies, y un frío aterrador le recorre la espina dorsal. El sonido del agua se mezcla con el latido furioso de su corazón en los oídos.

«¿Qué está pasando? ¿Qué me está pasando?».

Un ruido detrás de ella la hace girarse de golpe. Iván está justo allí, observándola con una sonrisa inquietante, como si disfrutara del espectáculo.

—¿Qué ocurre, cariño? —Su voz es suave, casi tierna, pero Marta detecta el tono de burla detrás de sus palabras.

El pánico se apodera de ella. Intenta contestar, pero nota la lengua pesada y las palabras se quedan atrapadas en su garganta. Se tambalea hacia atrás, chocando con el borde de la encimera. Sus piernas no parecen responder.

En cuestión de segundos, Iván se acerca con la cara totalmente cambiada, como si ya hubiera anticipado este momento. Se inclina frente a ella, tomando su rostro entre sus manos, y le susurra al oído:

—¿De verdad pensabas que podías engañarme?

Las palabras de Iván atraviesan su mente como una cuchilla, desgarrando cualquier rastro de esperanza. Nunca lo había escuchado con ese tono, calculado, disfrutando de su miedo.

El terror la paraliza. Su cuerpo no responde y la sensación de vulnerabilidad es insoportable.

Consigue zafarse de él. Jamás había visto un rostro así de aterrador. Marta corre hacia el cuarto de baño, intentando escapar. Pero Iván es más rápido.

Sin embargo, cuando está a punto de cogerla, él tropieza con el pie de una de las lámparas y pierde el equilibrio. La puerta del baño está ya cerca, pero Iván, desde el suelo, la agarra del tobillo y tira de su pie hacia él.

Marta se cae. No se pega en la cabeza gracias a que ha reaccionado a tiempo poniendo las manos. Nota un fuerte dolor en el brazo derecho: se ha dado un golpe muy fuerte contra el marco de la puerta del baño.

Patalea con desesperación y consigue liberarse, pero Iván ya está de pie.

Marta se arrastra por el suelo y le da un puntapié en las espinillas.

—¡Puta! —le grita. Tampoco lo ha visto jamás perder los nervios de ese modo.

Ella consigue ponerse de pie, trastabillando. El baño parece su única salida. Corre hacia él, empuja la puerta tras de sí, pero Iván la detiene antes de que pueda cerrarla por completo.

Empuja con fuerza y Marta sale disparada hacia atrás. Se da en el gemelo con la puerta del lavabo, que estaba abierta.

Un grito gutural escapa de su garganta, cargado de dolor, pero con la rabia y la desesperación colándose también en su voz. El golpe se siente en su pierna como el golpeteo de un tambor sordo, y el dolor se extiende rápidamente, agudo e insistente.

La cesta con sus productos del pelo está fuera y el diario, también.

Recula y se apoya en la media mampara, aterrada. Se arrepiente de no haber ido a la policía esa misma mañana.

Se mete dentro de la ducha, pero Iván la sigue, bloqueando cualquier salida.

La mira fijamente antes de entrar él también.

—No tienes escapatoria.

Sus ojos son como dos canicas negras. Marta tiembla, pero la adrenalina que siente por el terror que recorre cada poro de su piel hace que reaccione.

Iván la sujeta del cuello, apretando con fuerza. Marta siente cómo el frío de los azulejos se le clava en la espalda; la camiseta se le moja por las gotas de agua, aún sin secar. El olor del jabón todavía fresco en la ducha la invade, mezclándose con el sudor que corre por su frente. Intenta patalear, pero su cuerpo apenas responde.

Con un último impulso, consigue darle una patada en los genitales. Iván la suelta y resbala; se agarra sus partes aullando de dolor. Marta se abalanza sobre el grifo extensible de la ducha y le asesta un golpe. Y dos, y tres. Cada impacto hace eco en el baño, entrelazándose con el sonido del agua que sigue goteando.

El mango del grifo resbala ligeramente en su mano húmeda, pero no deja de golpear con toda la fuerza que le queda. Cada impacto parece insuficiente, como si solo un golpe más pudiera asegurar su supervivencia.

Aprovechando que aún se retuerce en el plato de la ducha, salta por encima para escapar. Pero él se incorpora con dificultad y la persigue. Su rostro es el de un animal herido y furioso.

Marta corre por el pasillo, el suelo frío y sus zapatos mojados casi la hacen caer. El aire apenas le llega a los pulmones. El eco de sus pasos llena la casa como una sinfonía del caos. Siente que las paredes se estrechan, que la falta de aliento se convierte en una enemiga que no le permite avanzar más rápido.

«No puedo más. Esto es el final», piensa, aterrada.

Tropieza con la esquina del sofá, pero no se detiene. Está llegando a la puerta de entrada. Nunca un pasillo le había parecido tan largo ni un piso tan grande.

Su mano se estira hacia el pomo. Con los dedos temblorosos, intenta girar las llaves, pero Iván la alcanza antes de que lo logre. La agarra del brazo y la lanza contra la pared. Un cuadro cae al suelo y el cristal se rompe en mil pedazos. Su espalda golpea el mueble de la entrada y el dolor la paraliza.

Iván la inmoviliza, respirando pesadamente, debilitado por los golpes recibidos, con su rostro

apenas a centímetros del de ella. La rabia y el desprecio en su mirada la hacen temblar; sin embargo, en lo más profundo de su ser, siente que no puede rendirse.

—Siempre estoy un paso por delante —escupe en su cara.

Le aprieta el cuello. Forcejean una vez más. Marta siente que la fuerza la abandona.

Le falta el aire; trata de inhalar, pero solo encuentra un vacío que quema su garganta. Los sonidos se desvanecen uno a uno, como si el mundo se cubriera de un manto espeso. Percibe un golpe seco, pero no sabe si viene de su cuerpo o de algún objeto cercano.

Todo se vuelve confuso.

La oscuridad se cuela por los bordes de su visión, devorándolo todo, hasta que solo queda un zumbido ensordecedor y el eco de su último pensamiento: «Esto no puede acabar así».

Y después, la nada.

Unos minutos más tarde, lejos de allí, el móvil de Juanjo vibra con fuerza, como si de esa manera pudiera transmitir la urgencia con más eficacia.

—Gracias. Ya está hecho.

42

VIDAS ROTAS

Algunas vidas se destruyen en silencio.

Jefatura

14 de junio de 2016. 14:45 horas.

Quedan siete horas y quince minutos.

La inspectora va directa a su despacho, deseando ver las nuevas imágenes. Tiene una corazonada muy fuerte; ojalá no se equivoque. La presión está empezando a pesarle más de lo que admitiría, pero no hay tiempo para dudas ahora.

—¡Inspectora! ¡Espere! —La llama un agente. Se acerca trotando hacia ella, con unos folios en ristre.

—Hola, Valdivia —lo saluda deteniéndose.

—Estos son los informes de lo hallado en los correos, chats y demás aplicaciones de mensajería del ordenador de Gloria —dice, ofreciéndole los documentos—. Hemos resaltado lo relevante en amarillo. Además, te confirmo que la huella dentro del doble fondo del armario sí era de Marta.

—Muchas gracias, Valdivia —responde Ester cogiendo los papeles, aunque apenas los mira. Está demasiado concentrada en la corazonada que la está rondando.

—Parece que Gloria estaba más ocupada de lo que creíamos, inspectora —añade Pablo, ajustándose las gafas con una expresión seria.

Ester frunce el ceño, notando un leve temblor en su estómago: una advertencia de lo que podría estar a punto de descubrir.

—¿A qué te refieres?

—Échele un vistazo al último mensaje resaltado —dice, señalando uno de los folios con el dedo.

—Vaya, vaya —cabecea, sorprendida. El correo subrayado estaba lleno de términos ambiguos y era justo el tipo de pista que podía desentrañar el caso... o complicarlo aún más. Tendrá que examinarlo con lupa en cuanto llegue al despacho—. Gran trabajo —se despide, echando a andar de nuevo.

Ester hojea los folios mientras sigue avanzando. Sus ojos se detienen en las frases resaltadas: "ubicación no verificada", "contacto desconocido", "transferencias frecuentes". La corazonada se intensifica, pero algo en su estómago se retuerce, como si la verdad fuera aún más oscura de lo que esperaba.

El caso abarca tantos entresijos que gran parte del equipo de Homicidios está involucrado de una forma u otra. Todavía tienen que terminar los expedientes del caso de Rachel y, ahora, con

las desapariciones de Gloria y Marta, el trabajo se ha triplicado. Toda la ayuda que puedan obtener se le antoja poca. El esfuerzo del equipo es admirable, pero Ester sabe que no pueden permitirse el lujo de bajar el ritmo. Cada minuto perdido es una ventaja para ellos, para él. Y eso es algo que no puede suceder.

«No puedo tolerarlo». Esa última palabra, flotando en su mente, la hace apretar los dientes.

Llega a su despacho y rápidamente introduce en su ordenador el *pen* que le ha dado el dentista. El estómago le ruge, avisando de que lleva muchas horas sin echarse nada a la boca. En cuanto termine de ver el contenido del USB, se comprará uno de esos sándwiches fríos de la máquina. No son un manjar, desde luego, pero el de atún lo tolera bien.

Mientras carga el archivo, empieza a leer desde el principio el informe que le ha dado Pablo.

En la página siete, sus ojos no dan crédito a lo que pone. Sonríe.

Tienen otra conexión más. Otra pieza encajando.

Un zumbido de su ordenador la avisa de que ya tiene la grabación lista. Ester se levanta, tratando de mantener la calma, pero una parte de ella desea acelerar todo este proceso. La incertidumbre la quema por dentro.

Abre el archivo y se dispone a ver las imágenes, dejando los documentos de Gloria a un lado para seguir justo después.

Al cabo de unos minutos, una figura conocida aparece en la esquina de una de las ventanas de la clínica dental. Sin embargo, apenas está unos segundos y desaparece. Ester chasquea la lengua, frustrada.

—Claro que no iba a ser tan fácil —comenta en voz alta, como si de alguna manera pudiera pedirle a la suerte que fuera menos cruel.

—¿Qué no iba a ser tan fácil? —pregunta Tomás, que acaba de llegar a su despacho.

—¡¡Coño, Tomás!! ¡¡Se me va a salir el corazón!!

—Ay, perdona, no era mi intención asustarte. Pensaba que me habías oído.

Tomás se ríe y se acerca a su compañera, que todavía tiene la mano en el pecho.

—Pues no, hijo, no te he oído. Cuando quieres, mira que eres silencioso. —Le da un golpe amistoso en el brazo y lo insta a sentarse. —Tengo novedades muy suculentas.

—Y yo también —añade Tomás. —Pero antes, cuéntame qué estabas haciendo tan concentrada para que te haya espantado mi linda voz.

Ester pone los ojos en blanco y sonríe. Tomás siempre sabe qué decir para rebajar la tensión y ella lo agradece más de lo que reconoce. Después de todo, en los últimos días los momentos de calma se han vuelto demasiado inusuales.

Lo pone al día y le explica lo que estaba viendo en la grabación.

—A ver, dale otra vez y la terminamos de ver —le dice él.

La inspectora reproduce el vídeo desde el principio. A los pocos minutos, la figura vuelve a verse. Tomás se asoma por encima de su hombro, observando con atención.

—Parece Juanjo, ¿no? —inquiere el subinspector.

—Estoy casi cien por cien segura, pero solo se ve ese trozo.

—Bueno, ponlo a cámara rápida a ver si capta algo más. Todavía faltan quince minutos de grabación.

—Sí, justo eso iba a hacer antes de que vinieras a provocarme un infarto —añade, con fingido retintín, aunque su voz no logra esconder la tensión acumulada.

Pone la reproducción rápida y ambos se concentran en las imágenes. El zumbido del monitor, el clic del ratón, el sonido de la grabación, todo parece intensificarse a medida que avanza la grabación. Y entonces… ¡bingo!

Ahora es Tomás quien se asusta con la palmada de victoria que da su compañera. El aire, que antes estaba cargado de incertidumbre, se llena de un nuevo tipo de tensión. Esta vez, es real. El pequeño sobresalto de Tomás la hace sonreír, pero en el fondo, no hay mucho que celebrar. Todavía no.

En el fragmento se ve claramente cómo Juanjo le da un sobre al chico del tatuaje en el cuello.

—¡Lo sabía! No me cuadraba que estuviera tan tranquilo con la desaparición de su amiga —comenta la inspectora, con el tono ahora más serio y un atisbo de triunfo en su mirada. Está feliz, aunque todavía no pueden relajarse. Espera encontrarlo a tiempo.

Para el vídeo y le da los folios a Tomás, exactamente por la página número siete.

—Juanjo —lee el subinspector.

—Exacto. Juanjo conocía a Gloria. Ahí está el chat que mantuvieron ayer, en el que él la invita a venir a Granada.

—O sea que Gloria jamás pensó en venir a ver su hermana, tal y como les había dicho a sus padres.

—Exacto. Había quedado con él. ¿Por qué la ha secuestrado? La única hipótesis que se me ocurre es que quieran cerrar otro círculo, esta vez con dos hermanas diferentes.

Ester sigue compartiendo el resto de información que tiene hasta ahora con Tomás: lo pone al día sobre la triangulación, la *deep web*, y le cuenta que Javier y una patrulla se han desplazado hasta las inmediaciones de Alfacar para peinar la zona entre las dos torres de comunicaciones.

Sin embargo, su compañero está demasiado callado. El reloj del despacho parece hacer eco a sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? ¿No te apetece venir a Alfacar? —le pregunta, extrañada antes su falta de participación.

—No es eso, perdona. Claro que quiero ir al pueblo. Es que esto es algo mucho más grande de lo que esperaba. Juanjo no está en Cuenca como le dijo a Javier. He estado en su piso, como sabes, y el compañero me ha dicho que está en Alfacar, en casa de su abuela.

La inspectora no se lo puede creer. El subinspector procede a explicarle también que los padres de Marta y Gloria están abajo, esperando novedades. Le cuenta lo que ha descubierto tras la conversación con el padre: todo encaja.

—El hombre es gestor, y Gloria lo chantajeaba con desvelar vídeos e imágenes comprometidas si no accedía a blanquearle dinero.

Ester frunce el ceño, perpleja.

—¿Imágenes comprometidas? ¿De qué tipo? —pregunta, aunque el peso en su estómago le dice que no quiere saber la respuesta.

—En las fotos parece que él abusa de ella. —Tomás hace una pausa, mirándola con preocupación. —El temor, junto con el amor que siente por su hija, lo llevaron a aceptar los chantajes.

Ester abre la boca, pero no dice nada. Cabecea, incrédula, pero no es sorpresa lo que siente, sino más bien horror. La magnitud de todo lo que está detrás de esto comienza a apoderarse de ella. Por unos segundos, solo el tic-tac del reloj de pared llena el aire.

—Pero hay más. Ella se dedica a subir vídeos con su padre a un foro muy turbio.

—¿Como el que vimos en su ordenador? —pregunta, aunque el nudo en su estómago le dice que no quiere saber la respuesta.

—Los llaman "vídeos por encargo", según el foro donde los subían —explica Tomás. Hace una pausa momentánea, observando a su compañera con cautela.

—¿Encargo? —repite Ester, incrédula, con una mezcla de asco y horror.

—Exacto: los usuarios piden y, a cambio de grandes sumas de dinero, Gloria sube lo que ellos encargan.

La inspectora parpadea varias veces, como si intentara asimilar todo lo que está escuchando.

—Su padre era totalmente desconocedor de esto; simplemente pensaba que su hija y él tenían un romance a escondidas y que se amaban. Sin embargo, hace como un año o año y medio, Gloria empezó a pedirle que blanqueara dinero.

—Pero vamos a ver, vamos a ver… —Por primera vez en años, Ester no sabe cómo continuar una frase. —¿Me estás diciendo que hay gente…? O sea, ¿cuánta gente paga por ver algo así? ¿Y tanto pagan como para que se tenga que blanquear? —Las preguntas de la inspectora se suceden una tras otra, sin dar espacio a que su compañero responda.

—He analizado alguno de los vídeos en el ordenador de Gloria y no son… normales. Yo desde luego jamás había visto nada igual. He buscado y ni siquiera en los típicos anuncios de páginas más *hardcore* se ven cosas similares. Hay mucho depravado suelto.

—Yo es que alucino, de verdad…

—Pero eso no es todo, Ester. El padre de Gloria me ha dicho que, hace unos meses, descubrió algo más acerca de toda esa actividad. Su hija estaba aliada con Iván.

—¡¿Cómo?! —Ester, que se había levantado mientras su compañero le contaba todo, vuelve a caer en la silla, con los ojos abiertos de par en par.

—Gloria e Iván tenían una especie de asociación. Él era quien la ayudaba con la gestión y distribución de los vídeos en la *deep web* y fue quien le aconsejó que tenía que ir desviando el dinero. El padre me lo ha contado todo y me ha pedido protección.

—No me lo puedo creer… Una alianza… Vale, y el padre, ¿protección por qué? ¿Va a declarar?

—Sí. Declarará todo lo que haga falta, pero solo cuando encontremos a sus hijas. Además, necesita tiempo para saber cómo contárselo todo a su mujer.

Ester palidece. De repente, no se encuentra bien y siente unas náuseas horribles. El olor a café frío que envuelve el despacho acentúa sus ganas de vomitar. Tendría que haber tirado el vaso de papel en cuanto se cansó de beber.

Mientras, Tomás sigue hablando. Pero ya no lo escucha con claridad. Es como si las palabras de su compañero fueran un zumbido lejano, ahogado por el peso que siente en el pecho.

«¿Cómo hemos llegado a esto?», se lamenta. El caso había comenzado con la desaparición de una joven, y ahora están destapando algo mucho más oscuro. Cada detalle que descubre parece una gota más en un océano de podredumbre, y siente que se está ahogando.

Un pensamiento fugaz cruza su mente: «¿Qué pasará si no logramos detenerlos? ¿Cuántas vidas más destruirán?».

Cuando las náuseas finalmente la vencen, no es solo por el horror de las imágenes que ha visto o las palabras de Tomás. Es por la impotencia de saber que, incluso si logran atrapar a Gloria e Iván, hay muchos más como ellos.

«Es demasiado. Es demasiado horror para un solo caso». Siente el ácido subiendo por su garganta y no puede contenerlo más.

—Voy a vomitar —anuncia, segundos antes de agacharse en busca de la papelera. Es mayoritariamente saliva, fruto de su estómago vacío.

Tomás se levanta y le da agua.

—Tranquila, Ester. Todo esto nos está afectando demasiado. ¿Quieres que me encargue yo de ir a Alfacar?

La inspectora cabecea y desvía la mirada hacia el reloj de pared. Se concentra en el

movimiento de las manecillas para calmar su estómago, un truco que siempre la ha ayudado. En el pasillo, se escuchan unos pasos apresurados, seguidos por el murmullo de dos voces que rápidamente se pierden en la distancia. Ester respira hondo, tratando de olvidarse del olor del café, que de repente parece haberse multiplicado.

—Te lo agradezco, pero tengo que ir. No estaría tranquila si me quedo aquí. —Ester se levanta con una determinación que contrasta con el temblor de sus manos—. No pienso dejar que Iván y Juanjo se salgan con la suya.

—Vale, pues vamos a pedirle al comisario que busque la propiedad de la abuela de Juanjo y te acompaño a ver qué nos puede decir de su nieto. Pero antes, deberíamos comer algo.

Ester tiene el estómago revuelto por su reciente vómito, pero asiente, exhausta. Sabe que necesita ingerir comida sólida o al final va a marearse de verdad.

—¿Puedes sacarme un sándwich de atún de la máquina mientras yo me enjuago la boca?

—Eso está hecho.

43

FRUSTRACIÓN

El control, como todo, también tiene un límite.

Sótano

14 de junio de 2016. 15:00 horas.

Quedan siete horas.

Tiene la respiración acelerada todavía. Espera que no se den cuenta; no quiere parecer débil delante de nadie. Además, tampoco le vendría bien que sospechen que ha intentado escapar.

La humedad del lugar se mezcla con el sudor de su espalda. El esfuerzo que ha hecho por escalar e intentar huir ahora le está pasando factura. Le duelen las costillas y los pulmones le pesan, a punto de estallar.

La traición arde en su pecho como lava mientras observa a las dos figuras caminar.

La voz de Juanjo resuena en las frías paredes del sótano.

—¿La despertamos? —pregunta, señalando a Gloria.

—No, todavía no. Cuando falte poco para las veintiocho horas, entonces. Así lo verá todo en primera fila.

Un escalofrío recorre la espalda de Marta. Es cierto eso que dicen de que la vida cambia de un minuto a otro. Piensa en el diario y en todo lo que leyó en él, y la rabia vuelve a consumirla.

No sabría decir cuánto rato pasan allí en silencio, pero no le gusta nada verlos callados.

Juanjo teclea algo en su móvil.

Por un momento, la pantalla ilumina su rostro, pero su expresión no revela nada. Solo espera. Como si todo estuviera saliendo según un plan que solo él conoce.

Juanjo levanta la vista del móvil y asiente brevemente, como confirmando algo para sí mismo. Da unos pasos hacia las dos figuras que tiene colgando delante y, con un movimiento rápido, les arranca la mordaza.

Marta suspira y se limita a observarlo, esperando algo que no llega. No dice nada. Tal vez sabe que las palabras no cambiarán lo que está a punto de ocurrir. Sin embargo, Juanjo la mira, como si le estuviera diciendo que aguante, que todo está bajo control. Pero Marta ya no está tan segura. Todo esto le parece una bomba de relojería, y ella no sabe si puede aguantar hasta que explote.

«Maldito diario, maldita curiosidad. Si no lo hubiera abierto, si no hubiera leído esas páginas llenas de horrores, ignoraría la verdad y tal vez ahora no estaría aquí», piensa, a medias arrepentida, a medias no.

De pronto, un sonido metálico rompe la tensión del silencio: un grifo goteando en algún rincón del sótano. Marta no puede evitar pensar en lo irónico que resulta. Aquí, en este agujero,

cada gota parece marcar los segundos que le quedan a todos ellos.

—Siempre te creí más lista, Marta —dice Iván, con la voz ronca, como si se burlara de ella.

Marta siente las palabras de Iván como un puñal, pero no le da el gusto de responder. Solo aprieta los dientes, mientras cada gota que retumba en el sótano parece clavarle la certeza de que esta pesadilla aún está lejos de acabar. El sonido le perfora los oídos.

44

EL ÚLTIMO ENLACE

Algunas tormentas cosechan tempestades.

Alfacar

14 de junio de 2016. 16:15 horas.

Quedan cinco horas y cuarenta y cinco minutos.

El camino hacia Alfacar serpentea entre colinas bañadas por la luz brillante del sol de media tarde. Tomás conduce con los nudillos blancos por la fuerza con la que agarra el volante, mientras Ester, en el asiento del copiloto, repasa mentalmente cada detalle de lo que saben. Va encajando piezas, pero hay algo que no se va del fondo de su mente. Un pensamiento molesto, pero que se hace hueco entre sus cábalas cada vez que está a punto de desecharlo.

Detrás, otro coche patrulla los sigue de cerca, con las luces apagadas para evitar alertar a nadie.

—Javier, ¿dónde estáis? —pregunta Ester, al teléfono. Tras escuchar la respuesta al otro lado, finaliza—: de acuerdo. Vamos a la casa de la abuela de Juanjo. Te llamaré si necesito que os mováis.

Tomás aparca justo en la puerta de la casa gracias a las indicaciones del GPS. El comisario ha sido rápido encontrando la dirección y Ester y él se bajan del coche, nerviosos.

La propiedad no es muy grande, pero se ve bien cuidada. Tocan a la puerta y esperan. El peso de la cuenta atrás les oprime el pecho, pero saben que están cerca. Ojalá dar con Juanjo sea la clave para encontrar también a Iván y a las hermanas.

—Espero que esté en casa o que no esté dormida —susurra la inspectora a su compañero.

Está a punto de tocar otra vez cuando una mujer mayor abre la puerta.

—Hola, ¿qué necesitáis, niños? —les pregunta con un tono amable, casi como si estuviera tratando con unos jóvenes que andan perdidos por el pueblo.

Ester no puede evitar pensar que algo se acerca a la realidad.

—Buscamos a su nieto Juanjo. ¿Está por aquí?

La mujer frunce el ceño y un aura de confusión cruza su mirada.

—¿Juanjo? —repite.

Tomás y Ester se miran. La anciana no parece estar en su mejor forma. La inspectora se frustra momentáneamente; ahora que casi saborean una pequeña victoria, el destino se burla y Juanjo parece escaparse delante de sus narices.

—Hola, ¿necesitan algo? —Una voz a sus espaldas los sobresalta.

Una mujer morena, bajita y regordeta los mira con escepticismo al no reconocerlos como vecinos del pueblo.

—¡Puri! —saluda la mujer, contenta.

—Hola, buenas tardes. Somos de la policía, inspectora Ester Espejo y subinspector Tomás Aguado.

A la mujer se le cambia la cara y todo rastro de color desaparece.

—Ay, Dios mío, díganme que no ha pasado nada grave. ¿De quién se trata? ¿Qué ha ocurrido? —las preguntas de Puri se suceden una tras otra.

La mujer se presenta como hija de la anciana y tía de Juanjo. Ester y Tomás le explican que están investigando la desaparición de una amiga de su sobrino y que necesitaban hablar con él, pero no lo localizan.

—Ayer vino a pedirme las llaves de nuestra casa del campo. Es una vivienda que usamos todos los de la familia para reuniones, cumpleaños y esas cosillas, ya saben.

Ester fija la mirada en Puri, notando que sus manos tiemblan ligeramente mientras habla. La mujer se lleva los dedos al cuello, como si buscara un collar inexistente.

—¿Dijo para qué quería ir? —pregunta la inspectora, modulando su tono para no sonar acusatoria.

Puri duda un momento, pestañeando rápido antes de responder, y Ester siente que el peso en su pecho se intensifica.

—Dijo que quería estudiar... como tiene exámenes, ya saben. Al parecer los compañeros de su piso están siempre de fiestas y esas cosas, ya saben, y le cuesta más estudiar. —La mujer repite la muletilla tantas veces que pone nerviosa a Ester. Coge aire y añade—: Pero… no sé. Estaba raro… nervioso incluso, diría yo.

Los ojos de Tomás buscan los de Ester y, sin necesidad de palabras, ambos saben que están más cerca de Juanjo de lo que han estado nunca. Pero también, que puede ser demasiado tarde.

—¿Y qué más le dijo? —presiona Tomás, dando un paso adelante.

—Nada más. Solo pidió las llaves y se fue. —La mujer desvía la mirada, como si la conversación le resultara incómoda. Luego añade, casi en un murmullo—: Supongo que no ha hecho nada malo, ¿verdad?

Ester y Tomás se miran, intentando que la emoción no se les note.

—No tendrán otra copia de las llaves, ¿verdad? —pregunta Ester, esperanzada.

La mujer observa a la pareja de policías con ligera desconfianza.

—¿No le habrá pasado nada a mi sobrino y me lo están ocultando, verdad? —pregunta, dubitativa.

—No se preocupe. Como le hemos comentado, ha desaparecido una amiga suya y necesitamos hablar con él. Nos sería de gran ayuda si tuvieran otra copia y nos la facilitaran.

—Claro que sí —asiente al fin—. Los acompaño.

Ester y Tomás no tienen más remedio que aceptar. Además, con las indicaciones de la mujer llegarán más rápido.

Por el camino, Ester vuelve a llamar a Javier y le da la dirección que Puri le indica. Además, avisa a los servicios de emergencias para tener una ambulancia disponible. No saben lo que van a encontrar.

Necesitan ir con la máxima cautela. El silencio en el coche es tenso, roto únicamente por el ruido del motor y el crujido de la grava bajo las ruedas al aproximarse a la zona.

Llegan a una cancela de metal, oxidada en los bordes, con un candado que parece reciente. Al fondo, se ve una casa de dos plantas con las persianas bajadas y una fachada algo descuidada. La vegetación alrededor es salvaje, como si nadie se hubiera molestado en cuidarla en meses.

Hay un coche aparcado fuera, con las ruedas marcando huellas frescas en la tierra. Ester

intercambia una mirada con Tomás, sintiendo el peso del aire caliente y cargado de incertidumbre.

—No podemos arriesgarnos a que nos oigan entrar. Vamos a dejar los coches aquí fuera y entramos caminando —ordena Ester antes de que Tomás apague el motor.

Salen del vehículo con cuidado y esperan a Javier, que llegará con la otra patrulla en dos minutos.

El chirrido de unos pájaros rompe el silencio opresivo de la tarde. El aire está cargado con el olor a tierra caliente y hierba recién cortada, aunque un escalofrío le recorre la espalda a Ester. Por un momento, el sonido lejano de unos coches le parece un eco siniestro, pero Tomás le hace un gesto para que se enfoque.

—Puri, voy a necesitar que se quede en el coche. Estamos ante una operación muy delicada y no podemos arriesgarnos a que le ocurra algo, ¿me comprende? —le comenta la inspectora.

La mujer vuelve a pedir explicaciones acerca de su sobrino, pero Ester no le da más detalles de los necesarios para tranquilizarla.

Puri asiente, asustada, y se lleva una mano al pecho mientras observa a los agentes. Su expresión mezcla confusión y angustia.

—Es un buen chico, de verdad. Siempre ha sido un poco… reservado, pero nunca pensé que pudiera estar metido en algo malo —susurra, casi como si hablara consigo misma.

Puri le explica al grupo de policías la distribución de la casa y se ponen en marcha. Los médicos, que acaban de llegar, se quedan fuera con la ambulancia, esperando a que los avisen.

La reja de entrada está bien cuidada y no cruje al abrirla. El universo parece estar de su parte.

La adrenalina inunda el cuerpo de la inspectora: el corazón le va a mil por hora y siente la emoción del momento recorriendo cada célula de su cuerpo.

El reloj de Ester marca las 16:32. Cada minuto, cada segundo, pesa como una piedra atada a sus tobillos. Aunque están tan cerca, la incertidumbre de lo que encontrarán la asfixia. Se sacude esos pensamientos.

Ojalá lleguen a tiempo.

45

BOOM

La venganza se esconde en las sombras.

Sótano

14 de junio de 2016. 16:30 horas.

Quedan cinco horas y media.

El murmullo de sus voces es lejano, pero presta toda la atención posible. Están enfrascados hablando de algo que le gustaría escuchar.

Quizá, con suerte, vuelvan a irse y puede intentar escapar una vez más. Había supuesto que sería más fácil escalar sobre sus piernas y soltarse. Pero recordar ese último resbalón le oprime el pecho. Todo por haberse asustado con un ruido insignificante. La frustración le ahoga. Ahora, ese pequeño fallo parece decidir su futuro…

Sin embargo, pensándolo bien, si hubiera podido escapar, tampoco sabe a dónde hubiese ido. No sabe dónde está; intuye que se encuentran a las afueras de algún pueblo, por la quietud que reina desde que está consciente, pero no sabría decirlo con exactitud. Y Gloria le sería de poca ayuda, porque tampoco conoce la zona.

Quizá, en la huida, hubieran terminado con su vida igualmente.

Sigue pensando a la par que observa a los dos discutir. Juanjo se ve molesto y gesticula con ahínco: parece que ha perdido los nervios.

Aguza el oído para intentar captar algo ahora que ya hablan con más volumen.

Le parece oír pasos bajando la escalera, pero la voz de Juanjo es demasiado elevada como para distinguir si de verdad ha escuchado algo o es su imaginación.

La fachada de la casa, blanca y algo descuidada, parece devorada por las sombras. A lo lejos, el cielo sigue despejado, pero aquí el viento se ha vuelto más frío y la penumbra confiere a la escena un aire de abandono y peligro. El sol, implacable en la parte trasera de la vivienda, apenas alumbra este lado, como si también temiera acercarse.

Solo se oye el cantar de algunos pájaros y el roce del aire en los árboles cercanos.

Los agentes cubren el perímetro para evitar fugas. Ester se acerca a la puerta principal, de madera oscura con detalles negros, rústica, y la abre con cuidado de no hacer ruido. Tomás y Javier la flanquean, seguidos de otros dos oficiales.

El interior es fresco, pese al calor que reina fuera. El aire está limpio: no hay olor a cerrado en la planta de abajo, lo cual indica que se ha ventilado hace poco.

Ester hace gestos a sus compañeros para dividirse por las distintas estancias.

La casa, sencilla pero bien conservada por dentro, tiene cuatro dormitorios, dos baños, un salón-comedor y una gran cocina. Además, en la zona del lavadero hay dos puertas más: una en la parte de atrás que da al enorme jardín y otra que baja al sótano.

—Tiene que ser aquí —susurra Ester al detenerse frente a la entrada de la última puerta que les queda por revisar.

Han peinado la casa con mucho cuidado y ya solo falta el sótano. Una vez más, se descubre rezando para que estén ahí.

Tomás nota la tensión en su compañera y le toca el hombro para infundirle ánimos. Ester asiente a modo de agradecimiento, pero no deja de apretar la mandíbula, nerviosa. Señala a los agentes para que cubran las salidas antes de avanzar.

Abren la puerta con cautela y descubren una escalera estrecha. Al final, una puerta metálica de seguridad da acceso al sótano. Ester y su equipo bajan midiendo cada paso, con sus armas en ristre.

Han tenido suerte y, gracias a los suelos de terrazo, no han hecho ningún ruido para alertar de su presencia. Sin embargo, al abrir la puerta de seguridad, un chirrido metálico rasga el silencio.

Dentro, el olor a humedad y a algo más indefinible, algo acre y rancio, les golpea de inmediato.

—¡Al suelo! —grita Ester; su voz retumba en el espacio cerrado.

La escena los golpea como un puñetazo. Esto no es lo que esperaba encontrar, pero en el fondo sabía que algo así iba a pasar. ¿Cuántas veces tendrá que enfrentarse a situaciones imposibles como esta?

Iván y Gloria cuelgan bocabajo de ganchos en el techo, sus cuerpos suspendidos como grotescos trofeos de caza.

Sus rostros, enrojecidos por la sangre acumulada, parecen máscaras macabras, a medio camino entre la vida y la muerte. Las cuerdas que los sostienen crujen con un movimiento leve, proyectando sombras fantasmales que bailan en las paredes desnudas.

Juanjo se deja caer al suelo, como si el peso del mundo lo aplastara. Las lágrimas brotan descontroladas, empapando su rostro mientras un sollozo demoledor escapa de su garganta. Se lleva las manos a la nuca, aferrándose a ella como si de algún modo pudiera contener la avalancha de emociones que lo asfixia.

Tiembla de forma descontrolada, su cuerpo atrapado en un vaivén de espasmos que lo hacen parecer una marioneta rota. Un pitido agudo le llena los oídos, aislándolo del mundo exterior, mientras su respiración, entrecortada y errática, lo lleva al borde de la hiperventilación. El ataque de pánico lo domina por completo: un torbellino implacable de miedo, culpa y desesperación que lo deja paralizado en el suelo.

Mientras tanto, Marta se arrodilla lentamente, con una deliberación casi inquietante, como si hubiera estado esperando que llegaran. Sus ojos, enrojecidos pero llenos de una calma heladora, se clavan en Ester.

—¿Sabes cuántas vidas han destrozado? —le pregunta, su voz apenas un susurro que aun así llena la habitación. —¿Cuántas familias no tienen respuestas porque él las ha enterrado bajo el peso de su maldad? ¡¡Se lo merecen, los dos, por hijos de puta! —chilla, ida.

—Esto no es justicia —replica Ester, avanzando con cautela, midiendo cada palabra.

—¿Justicia? —Marta deja escapar una carcajada seca, amarga, afilada como una hoja. —¿Acaso tú sabes qué significa eso? ¿Qué es justicia, entonces? ¿Dejarlos vivir? ¡Qué irónico! —Sus ojos, desbordados de furia, bailan de un lado a otro, con la locura opacando la luz que solía brillar en ellos—. Esto es lo único que entienden, el dolor. Esto es lo único que sienten. Más

dolor. Lo justo es que paguen, que sientan lo que nos hicieron sentir a todos los demás —escupe, llena de rabia, olvidando que habla con la policía.

Tomás avanza un paso, levantando las manos en señal de calma.

—Marta, míranos. Esto no te devolverá la paz. Si haces esto, te convertirás en lo mismo que ellos.

Por un instante, un destello de duda cruza el rostro de Marta, pero se desvanece rápidamente.

—No soy como ellos —responde con firmeza, la calma vuelve a su voz. —Ellos eligieron hacer daño por placer. Yo estoy devolviendo el equilibrio.

Ester da una señal y los agentes intervienen con cautela para liberar a Iván y a Gloria. Ella y Tomás siguen acercándose con cuidado a Marta.

Iván deja escapar un quejido apenas audible cuando los ganchos ceden. Sus labios tiemblan por el dolor, pero en su mirada brilla algo que no se apaga: el destello retorcido del orgullo herido. Pensaba que lo tenía todo bajo control y bien planeado: su cuerpo de gimnasio le permitiría doblarse sobre sí mismo, agarrarse los tobillos e incorporarse hasta soltarse; pero no ha sido así. Una sonrisa, casi imperceptible, cruza su rostro.

«Marta. Quién lo diría... La pazguata de Marta, la misma que lloraba por un rasguño, casi me mata».

El pensamiento le sorprende, y por un instante siente algo que se parece a la fascinación. No por ella, claro, sino por lo que ha sido capaz de hacer. «Quizá no sea tan inofensiva como pensaba».

Pero la idea se desvanece tan rápido como llega, aplastada por la certeza de que todo lo que Marta ha hecho, incluso sus actos más extremos, lo colocan a él en el centro de su universo. Su mente lo celebra: sigue teniendo el control, incluso en su derrota.

Mientras dos agentes lo tumban con cuidado en el suelo, Iván busca con la mirada a Marta, sus ojos se clavan en ella como un arma invisible. Una nueva idea le asalta, burlona y cruel: «al final va a resultar que la policía no es tan incompetente».

Observa a la inspectora, y de forma fugaz, algo que podría llamarse admiración roza su mente.

Gloria, por su parte, cierra los ojos con fuerza, como si al hacerlo pudiera borrar la escena. El mundo a su alrededor se desmorona y, por primera vez en mucho tiempo, no es ella quien lleva las riendas.

«¿Cómo ha podido Marta engañarme? ¿Cómo no lo vi venir?».

El sabor amargo de la derrota le quema la garganta, y un pensamiento la invade como un veneno: si Marta, esa hermana que siempre ha considerado débil, insignificante y fácil de manipular, ha podido superarla, ¿qué significa eso para ella?

No quiere mirar a nadie, ni siquiera a Iván, que en otro tiempo fue su aliado. La vergüenza es un puño que le oprime el corazón. Pero detrás de ese sentimiento, algo oscuro se agita, creciendo.

Mientras los agentes los terminan de ayudar, Marta y Juanjo permanecen inmóviles, sabiendo que no hay escapatoria. Ester los observa con atención, consciente de que, aunque la escena parece haber llegado a su fin, todavía hay heridas abiertas.

En ese momento, Gloria, débil pero consciente, deja escapar un gemido. Marta gira la cara hacia ella con la mirada encendida.

—Cállate. ¡¡No tienes derecho a hablar, puta de mierda!! —le grita.

Ester aprovecha el momento para avanzar más. Está a escasos metros cuando Marta levanta una pistola, esta vez apuntando directamente a Iván.

—Marta, no lo hagas —advierte Ester, apuntándole a su vez con su arma.

Marta observa, temblando, los tres cañones que apuntan en su dirección. Siente que el mundo se desmorona a su alrededor, como si cada traición y cada grito de auxilio no escuchado le cayeran encima, aplastándola. Las lágrimas corren por sus mejillas sin control, ardientes, histéricas, mientras su respiración se entrecorta.

—¡¡¿¿Por qué a mí??!! ¡¡Es un asesino, y son unos traidores!! ¡¡Se merecen todo el odio del mundo!! ¡¡Ha quitado vidas inocentes!! —su voz, desgarradora, llena el espacio como un rugido desesperado: un grito que lleva consigo todo el dolor acumulado, la rabia, el vacío.

Sus dedos, tensos sobre la pistola, comienzan a aflojarse. Todo dentro de ella grita que luche, que no ceda, que siga adelante hasta el final. Pero al mismo tiempo, algo en su interior se quiebra: un pensamiento frío y devastador que le susurra que no hay victoria posible, que el daño ya está hecho, que su guerra ha perdido sentido.

Cierra los ojos con fuerza, tratando de calmar el torbellino de emociones que la consume. Ve los rostros que la rodean: los de Iván y Gloria, el de su amigo Juanjo, tirado junto a ella, el de los policías, y se imagina el suyo propio. Lo siente todo y, al mismo tiempo, nada. La rabia se mezcla con la culpa; la impotencia, con el agotamiento.

Finalmente, con un temblor que recorre todo su cuerpo, baja el brazo. La pistola pesa demasiado ahora, como si estuviera hecha del mismo plomo que su corazón.

—Está bien… —murmura, apenas un susurro, su voz quebrada y vacía. Las palabras son un eco de derrota, un último intento de aferrarse a algo que no puede alcanzar.

Ester se está acercando para arrebatarle la pistola; pero Marta, de repente, en un movimiento rápido, levanta el arma y dispara.

—¡¡No!! —grita Ester, incrédula, corriendo hacia ella.

El caos inunda el sótano y la inspectora se culpa por no haber cogido el arma a tiempo.

—¡¡Que alguien salga a avisar a los médicos!!—ordena Tomás, mientras se acerca a ayudar a sus compañeros.

La sangre brota del cuerpo con abundancia. Los agentes intentan hacer un torniquete y el subinspector reza para que sirva.

Marta, consciente por primera vez de lo que acaba de hacer, deja el arma en el suelo con un gesto lento y doloroso, como si entregarla fuera también rendirse a un destino que ya no puede controlar. Las manos le tiemblan.

Levanta la mirada, desafiante a pesar de las lágrimas que empañan sus ojos, mientras Ester la apresa.

—¿Ha valido la pena? —le pregunta antes de que se la lleven.

Cuando suben de nuevo a la superficie, el cielo está teñido de nubes grises, anunciando tormenta. Ester mira a Marta, que ahora está esposada y rodeada de agentes. Intenta disimular el nudo repentino que siente en la garganta.

La inspectora suspira, viendo cómo la meten en el coche patrulla. Por un instante, siente una punzada de algo que no sabe definir: ¿compasión? ¿desolación? Sacude la cabeza, desechando el pensamiento rápidamente. Luego se gira hacia Tomás, que parece abstraído.

—Esto no se acaba aquí —murmura él.

—No —responde Ester, sintiendo al fin el peso de todo lo que ha ocurrido—. Qué manera de destrozarse la vida, de verdad —añade, con pena.

—Pues sí, una lástima. Vete tú, yo me quedo aquí para acompañarlos en la ambulancia —le dice Tomás.

—No, chicos —interviene Javier —. Yo iré al hospital. Id vosotros y yo luego os pongo al día.

Ambos asienten y se lo agradecen al compañero. Se suben al coche de Tomás y Ester respira hondo para evitar las lágrimas que empiezan a asomar a sus ojos.

Siente una pena profunda que le quema el pecho.

46

DECLARACIONES

El precio del silencio es más alto de lo que imaginamos.

Jefatura

14 de junio de 2016. 18:15 horas.

El aire en comisaría es denso, cargado con el murmullo de conversaciones apagadas y el eco metálico de pasos apresurados. Una tensión invisible parece adherirse a las paredes, como si el tiempo se hubiera detenido. Los agentes se mueven entre las mesas, algunos pasando papeles, otros comunicándose por sus radios. Un ventilador viejo emite un zumbido constante, agitando apenas el calor que se acumula en el lugar. El olor a café rancio y a sudor impregna el aire, mezclándose con el tenue aroma metálico de las armas de los agentes. Las paredes, de un blanco amarillento por el tiempo, parecen absorber la tensión del momento, reflejando el desgaste emocional de quienes trabajan allí.

Ester y Tomás se encuentran en el pasillo, frente a las salas de interrogatorios, esperando para entrevistar a Marta y a Juanjo por separado. La luz artificial refleja el agotamiento de sus rostros. Ambos saben que lo que tienen por delante no será fácil.

Ester respira profundamente antes de entrar en la primera sala. Juanjo está sentado al otro lado de la mesa, sus manos entrelazadas sobre la superficie, los ojos mirando hacia abajo. Su camiseta, de manga corta, está manchada en la parte del estómago; su rostro esconde más preguntas que respuestas. La inspectora siente un pinchazo de inquietud al observarlo: este chico no parece el mismo al que habían interrogado ayer.

—Juanjo, ¿quieres hablar? —le pregunta Ester, con una voz que parece más suave de lo habitual, modulada para invitarlo a abrirse y ganar su confianza.

Él asiente lentamente, pero tarda un rato en pronunciarse, como si las palabras se le atascaran en la garganta. Se le nota el agotamiento, los ojos vidriosos, pero hay algo más, algo que no puede ocultar: el peso de lo que ha hecho lo está aplastando. Ester se pregunta si está ante una víctima o si su remordimiento es simplemente una farsa.

—Lo hice por ella —dice finalmente, su voz quebrada. Baja la mirada hacia sus manos entrelazadas, como si buscara algo allí que lo justificara—. No sé en qué momento me perdí. No supe cómo negarme.

La voz de Juanjo es apenas un susurro cargado de culpa y arrepentimiento. Ester siente un nudo en el estómago al escuchar sus palabras, como si, por un instante, pudiera vislumbrar la batalla interna que está librando el joven destrozado por sus decisiones.

La inspectora lo observa fijamente, tratando de desentrañar lo que realmente está sucediendo en su mente. Tomás, que ha permanecido al margen de la conversación, se acerca para tomar notas, pero su mirada se clava en Juanjo, como si intentara leer más allá de lo evidente.

—¿Por qué? —inquiere finalmente Ester; la pregunta lleva rondando su cabeza desde el principio.

Juanjo alza la vista por primera vez, como si al pronunciar esas palabras pudiera quitarse un peso de encima.

—Marta… Ella necesitaba ayuda —confiesa, con la voz ligeramente tomada—. Me hizo creer que era lo correcto; que lo que estábamos haciendo no solo era necesario, sino justo.

Ester frunce el ceño, tratando de asimilar la información. No era lo que esperaba oír, pero algo encaja. Había algo en la mirada de Marta cuando la enfrentó en el sótano que la había hecho dudar. Una frialdad implacable, algo de lo que no podía escapar.

—¿Y por qué la ayudaste? —insiste Ester, mientras mira a Juanjo con una mezcla de incredulidad y compasión.

Juanjo cierra los ojos por un momento, como si el peso de su propia historia lo desbordara.

—Porque… no podía dejarla sola. Y, si os soy honesto, también quería vengarme de Iván. Él me pegó una paliza, amenazó a mi familia y mató a Rachel —responde Juanjo entrecerrando los ojos, como si tratara de encontrar sentido a su propia justificación. Está tan nervioso que los tutea sin percatarse.

Ester se queda pensativa un momento; su mente trabaja a toda velocidad, desentrañando las piezas del rompecabezas. La última frase de Juanjo resuena en su cabeza. No era Iván quien había controlado la situación, sino Marta.

—Tus motivos me parecen demasiado inconsistentes —presiona Tomás, que había permanecido en silencio hasta ahora.

El chico lo mira y se pone rojo. Tomás no sabría decir si de vergüenza o de furia.

—Yo… Yo no sabía que ella quería llegar tan lejos, la verdad —confiesa al fin.

—Lo que digas aquí puede ayudarte cuando se celebre el juicio. Vamos, cuéntanoslo todo. No tienes nada más que perder —insiste Tomás.

—Me la encontré por la calle y estaba en pleno ataque de ansiedad. Me dio muchísima lástima y no sabía cómo consolarla. De repente, estalló y empezó a contarme las barbaridades que había estado leyendo en un diario que Iván escribía.

Ester y Tomás se miran, sorprendidos. Por eso estaba la huella de Marta dentro del armario, porque ella descubrió el doble fondo donde, con total seguridad, estaría guardado el cuaderno.

El descubrimiento del diario no solo confirma las sospechas de Ester, sino que abre una puerta a los horrores que Iván ha dejado plasmados. Su mente viaja a través de las imágenes que podrían estar allí reflejadas, intentando prepararse para lo que, sin duda, será un testimonio perturbador.

—¿Dónde está ese diario ahora? —inquiere la inspectora.

Juanjo permanece unos segundos en silencio. Ester y Tomás pueden notar cómo, teniendo en cuenta sus circunstancias, todavía parece querer ocultar cosas.

—Iván guardaba dinero, un portátil, el diario y una zapatilla de cada una de sus víctimas en un doble fondo en el armario de su habitación —explica—. Marta lo cogió todo y lo guardó en una maleta que tengo yo en mi piso. Hemos intentado que nos dé la contraseña del ordenador, pero ha sido imposible.

—Tomás, pídele a Javier que vaya en busca de esa maleta en cuanto salga del hospital, por favor —ordena Ester.

El subinspector abandona la sala para llamar a Fernández, que en estos momentos se encuentra con otros compañeros en el hospital universitario, vigilando a Iván y a Gloria.

—Continúa, por favor —lo anima la inspectora. Ahora que ha comenzado, no quiere

interrumpirlo más.

—Marta me confesó que Iván era el asesino de Rachel. ¡¡Yo la quería!! —Juanjo se rompe en mil pedazos y se pone a llorar, desconsolado.

Sus hombros se convulsionan con violencia. La inspectora, impasible, espera a que termine. Le ofrece una botella de agua que el joven se bebe de un trago. En ese momento, Tomás vuelve al interrogatorio.

—Muchas gracias —dice, con la voz ronca—. Después de esa confesión yo… me volví loco. Por eso, cuando me dijo que no os había dicho nada todavía y que se debatía entre vengarse o pediros ayuda, lo tuve claro. Había que darle un susto a ese cabrón.

»Aunque mi idea no era la misma que la suya. Marta me convenció para grabar un vídeo con ella colgando bocabajo y dejarlo aquí, para haceros creer que Iván la había secuestrado. Luego lo colgaríamos a él de los ganchos, para que viviese el mismo horror que sus víctimas habían vivido antes de morir. Pero os juro que jamás pensé que ella quisiera matarlo de verdad. La idea que me vendió en todo momento es que al final os llamaríamos.

»Después me pidió que hablara con su hermana Gloria y la invitara a Granada. Como nos conocíamos, sabía que ella no diría que no a una escapada. Además, es muy retorcida y Marta estaba convencida de que, con tal de hacerla quedar en ridículo, vendría.

—¿Hacerla quedar en ridículo, en qué sentido? —inquiere Tomás.

—Pues yo le dije a Gloria que se viniera y que podríamos hacer planes juntos con su hermana e Iván, y Gloria jamás desecha una oportunidad para ridiculizar a su hermana delante de Iván y sus amigos. Por eso sabíamos que vendría —explica Juanjo. La voz le tiembla y tartamudea un poco al continuar—. Entendía tan bien su dolor… Entendía que su familia se había roto y que ella quisiera venganza. Yo también quería ver a Iván destruido por arrebatarme a Rachel. Accedí a secuestrar a Gloria porque lo que ha hecho con su padre es de estar enferma y también merece un castigo.

Juanjo para un momento para coger aire. Tomás sigue anotando. Ester, por su parte, aprovecha para poner en voz alta el pensamiento que le rondaba en la cabeza de camino a Alfacar.

—Fuiste tú quien dejó el móvil conectado más rato para que os encontráramos, ¿no?

—Sí. Cuando vi que ella estaba cada vez más desequilibrada, supe que esto se nos iba de las manos. Pensé en venir, pero no lo hice. Tenía miedo de actuar por lo que pudiera pasarnos. Entonces, le sugerí a Marta hacer un experimento. Le propuse que te llamara, aprovechando que teníamos tu teléfono personal, y que te diese a entender que Gloria también estaba con nosotros en el sótano. Al principio dudó, pero luego le pareció una idea genial.

»Dejé el teléfono conectado un par de minutos más —admitió, tragando saliva—. Sabía que era posible rastrear la señal. Lo vi en un documental. Confiaba en que lograríais encontrar algo.

Ester asiente. Sabe que una mente tan afilada como la de Iván jamás cometería un fallo así. Eso es lo que no le cuadraba a ella desde un principio. Cómo alguien que ha demostrado tal inteligencia y perfección en casos previos, ahora de repente comete el fallo de llamar y dejar el teléfono conectado, como si no supiera que la policía podría rastrearlo.

—¿Por qué no nos llamaste antes? ¿Te das cuenta de la gravedad de lo que habéis hecho? Habéis secuestrado a dos personas y una de ellas no sabemos si sobrevivirá.

—Marta me amenazó. Después de grabar el vídeo, la ayudé a colgar a Iván y me vine a comisaría a declarar por todo lo de Rachel. Su hermana ya estaba de camino a Granada para ese entonces. Bueno, pues cuando volví por la noche, cargando con Gloria como buenamente pude, la noté extraña.

»En todo momento me hizo creer que, a la mañana siguiente, los despertaríamos y los dejaríamos tan solo unas horas ahí, pero que luego os llamaríamos y los bajaríamos antes de que llegarais para que pudierais arrestarlos. Técnicamente os íbamos a decir que Iván me había engañado para usar mi casa familiar y que yo lo había descubierto y había logrado reducirlo.

»Marta no quiso subir conmigo a la parte de arriba para descansar mejor. Ahí debería haberme dado cuenta de que, quizá, no estaba bien del todo. Se limitaba a observar a su hermana y a Iván. Sin embargo, estaba agotado y excitado por la venganza, y no me percaté de que ella parecía ida.

»Esta mañana le llevé el desayuno, pero se negó a comer. Estaba callada y seguía mirando a Iván y a Gloria fijamente. Fue en ese momento cuando le propuse llamarte, y aceptó. Me relajé un poco pensando que, quizá, el cansancio me estaba jugando malas pasadas y ella, en realidad, estaba bien.

»Cuando Marta estaba a punto de deciros que Gloria estaba allí con nosotros, le di un manotazo para tirar el móvil y que pareciera todo más real. Funcionó. Sin embargo, después de todo, algo en mí desconfiaba: por eso dejé el teléfono conectado un ratito más. Al par de horas le sugerí volver a llamaros para que ya vinierais a "rescatarla" —Juanjo entrecomilla la palabra en el aire—. Y ahí fue cuando sucedió. Me apuntó con un arma que no sabía que tenía y me dijo que, si me iba de la lengua, moriría yo también.

»Estaba muy asustado, inspectores. Sé que quizá no es excusa —solloza, agobiado—, pero no me podía arriesgar. Si la ayudaba hasta el final, quizá yo saldría vivo de todo ese circo. —Juanjo hace una pequeña pausa para limpiarse la nariz—. No os imagináis el alivio que sentí cuando abristeis la puerta de ese maldito sótano. Parece que el truco del móvil había funcionado. Estábamos a salvo, por fin —susurra, volviendo a mirar hacia abajo.

Juanjo se calla y Ester reflexiona acerca de todo lo que el chico le ha dicho.

—Tengo una conversación en WhatsApp donde se puede ver que es ella la que me pide ciertas cosas —añade, con desesperación en la voz.

—Juanjo, hemos avisado a tus padres y ya han llegado —interviene Tomás—. Se te asignará un abogado de oficio, tal y como ellos han pedido.

El color abandona el rostro del chico, que comienza a llorar sin consuelo. Su rostro se contorsiona bajo el peso de la confesión, y el llanto lo sacude con la fuerza de una tormenta. Cada lágrima parece arrastrar años de culpa acumulada, dejando su voz rota y apenas audible.

Con una leve sacudida de cabeza, Ester sale de la sala y se dirige hacia la siguiente. No tiene fuerzas. Continúan, además, sin noticias del hospital. Siente la cabeza embotada y el cuerpo agotado. Tomás la sigue y dejan a Juanjo con uno de los oficiales y sus padres, que acaban de entrar.

Antes de que se cierre la puerta, oyen a la madre chillar de pena.

Ambos sienten el peso acumulado de días de trabajo sin descanso; sus gestos son una mezcla entre el agotamiento físico y la determinación que solo el deber logra mantener.

Ester respira hondo y se detiene un momento en el pasillo, apoyándose en Tomás, y dejando que el peso de las palabras de Juanjo se asiente en su mente. Sabe que no es un monstruo como Iván, pero su silencio lo convierte en cómplice. Su confesión lo pinta como un joven atrapado en una telaraña que él mismo teje, pero ¿cuánta verdad hay en su versión? Intuye que no puede confiar del todo en él, pero sabe que Marta es la clave de todo este rompecabezas.

Ella está en la sala contigua. Sus padres siguen en una de las salas de espera, atendidos por los psicólogos. Toda la adrenalina del día parece haberse esfumado y Ester solo puede pensar en lo horroroso que debe ser saber que una de tus hijas ha hecho esa barbaridad.

—Necesito beber agua. ¿Te saco una botella de la máquina? —inquiere la inspectora.

—No hace falta. Te acompaño y me saco yo otra.

Los pasos de Ester y Tomás suenan lentos, apesadumbrados; la urgencia de estos días ha desaparecido para dar paso a un cansancio extremo. Caminan en silencio uno al lado del otro. Llegan a la máquina y se beben el agua de un trago, sin mediar palabra.

Se acercan a la sala donde está Marta, con el eco de conversaciones más alegres resonando en alguno de los despachos aledaños.

Esta vez, la puerta se abre con un chirrido que parece aumentar la tensión. La joven está sentada, con las manos apoyadas sobre la mesa, mirando al vacío. Ester entra con Tomás, que se mantiene al fondo de la sala, observando en silencio.

Huele a lejía y a sudor, una mezcla que a Ester le da náuseas. La luz del techo parpadea ocasionalmente, como si también estuviera al borde del agotamiento. Marta permanece inmóvil, pero el leve temblor de sus manos delata una tensión latente.

Al principio no dice nada. Su mirada vacía parece un escudo, pero hay algo más, algo que Ester no puede descifrar del todo. ¿Es culpa? ¿Orgullo? Por un momento, la inspectora duda si está frente a una joven rota por el dolor o ante una mente calculadora.

Ester toma asiento frente a ella.

—Sabes por qué estamos aquí, ¿verdad? —comienza sin rodeos, mirando a Marta fijamente.

Marta asiente lentamente, sus labios curvándose en una sonrisa apenas perceptible. Es como si ya lo hubiera dicho todo sin hablar, como si sus ojos pudieran expresar más que sus palabras.

—¿Ha valido la pena? —le repite la pregunta Ester.

Marta la mira a los ojos y responde sin dudar:

—Sí. La pena —repite con intención— es no haber disparado a los dos. —Su voz, firme pero cansada, reverbera como un eco en la quietud de la sala. —Yo solo estaba devolviendo el equilibrio —añade con calma, como si su decisión estuviera justificada—. Ellos son los culpables. Iván, Gloria… los dos, se lo merecen. No lo ve, inspectora: no tienen alma. Yo solo estaba haciendo justicia.

—¿Justicia? —repite Ester, con una mezcla de incredulidad y frustración. Sus manos descansan sobre la mesa, pero su cuerpo está tenso, preparado para cualquier cosa—. ¿Crees que esto es justicia, Marta? Secuestrar, torturar, manipular… Esto no es justicia. Esto es venganza, pura y simple.

Marta sonríe de nuevo, esa sonrisa que parece tan fuera de lugar, tan perturbadora.

—Llámelo como quiera, inspectora. Pero al menos alguien hizo algo. Alguien decidió detenerlos. ¿Cuántas personas más habrían sufrido si no fuera por mí?

Ester siente un nudo en el estómago, su instinto le dice que hay algo más en esa respuesta. No es solo lo que Marta dice, sino cómo lo dice: su voz firme, sin un ápice de duda.

La pregunta retumba en su cabeza: ¿Marta disfrutó de esto más de lo que quiere admitir? ¿Fue solo venganza o también una necesidad insana de control? Por un instante, Ester se pregunta si Marta se convenció a sí misma de que estaba salvando a otros solo para justificar algo que, en el fondo, sabía que estaba mal.

Justicia, venganza, poder... ¿Dónde termina una cosa y empieza la otra?

—¿Y Juanjo? ¿Qué papel tenía él en todo esto? —pregunta finalmente, rompiendo el silencio que se ha formado.

Marta no titubea. Sus ojos se iluminan con un atisbo de algo muy cercano a la satisfacción.

—Juanjo solo era el medio, el vehículo. Yo lo convencí —admite—. El dolor me cegaba… La rabia, la impotencia, los años de maltrato. Pero claro, qué sabrá usted del sufrimiento. Su vida

seguro que es perfecta… —añade con desdén.

Ester se muerde la lengua. No va a perder los nervios, aunque ha estado a punto de contestarle. Por el contrario, permanece en silencio, mirándola, impasible. Marta continúa:

—¿Sabe lo mal que me sentí cuando leí que mi hermana se tiraba a mi padre? Mi mundo se ha roto, ya jamás volverá a ser el mismo. Mi novio, al que adoraba, es un asesino que, encima, me ha puesto los cuernos con mi hermana. ¡¿Te lo puedes creer?! —chilla, dando un salto en la silla, perdiendo las formas. Ya no le habla de usted.

Se calla por unos segundos, hiperventilando, enajenada. Cuando logra controlarse, continúa. Habla rápido, como si estuviera en trance.

—Todo eso me llevó a hacerlo, ¿comprendéis? —inquiere, con un tono que realmente no admite réplicas—. Juanjo no debe cargar con esta culpa. Yo tomé todas las decisiones. Yo tracé el plan. Él solo siguió mis instrucciones porque, en el fondo, también buscaba justicia. Justicia para Rachel, para mí… para todos los que Iván y Gloria destruyeron.

Ester escucha en silencio, intentando descifrar el laberinto de emociones y lógica retorcida que Marta expone. Cada palabra está cargada de convicción, como si verdaderamente creyera que sus acciones eran la única salida posible.

—Eso no es justificación para hacer lo que has hecho. ¿Dónde termina eso, Marta? —pregunta Tomás, con una voz baja pero cargada de intensidad—. Si justificas todo esto, ¿quién te detiene a ti?

Marta se queda en silencio por un momento, sus ojos fijos en Tomás. Luego, sin previo aviso, su expresión cambia. La sonrisa desaparece y su rostro se endurece.

—Nadie —dice finalmente, con una frialdad que hace que el aire en la sala se congele—. Nadie me detiene porque ya no tengo nada más que perder.

—Al contrario, tienes mucho que perder. Tu familia, tus amigos, tu libertad. ¿Acaso quieres ser como Iván? —la desafía Tomás.

—Yo lo único que quería era que sufrieran los dos. Que les doliera tanto como me ha dolido a mí todo. No se merecen vivir, no se merecen vivir, ¡¡no se merecen vivir!! —De repente, se tira del pelo y se golpea la cabeza contra la mesa.

Tomás la sujeta rápidamente y otro agente, junto con Ester, le abren las manos para que se suelte el cabello.

—Marta, por favor, para, no queremos que te hagas daño.

Pero Marta no oye. Está en estado de shock y empieza a convulsionar.

Pasada media hora, ya está más relajada. Le han tenido que dar dos tranquilizantes.

Les confirma la versión de Juanjo, exculpándolo una vez más. Ella quería matar a Iván y a su hermana y Juanjo era la ayuda perfecta. Aprovechó su dolor por lo de Rachel para engañarlo. En cuando vio que se estaba arrepintiendo, actuó amenazándolo.

—Juanjo y yo cogimos el coche de Iván para llevarlo a Alfacar. Él tenía una pistola escondida en el maletero; no dudé en cogerla.

—¿Cómo lograste secuestrarlo? —pregunta la inspectora. Es lo único que le falta por saber.

—Tomo trazodona para dormir y Valium para la ansiedad. Aprovechando las sobras del mexicano, que tienen un sabor picante y bastante fuerte, le eché varias pastillas machacadas. Me informé bien para no matarlo de sobredosis; necesitaba que despertara y se viera colgando en los ganchos. Quería que me viese a mí tomar el control por primera vez. Yo sería su verdugo.

»Sin embargo, él me había intentado drogar también. Me trajo un pastel y prácticamente me obligó a comerlo. Me pareció extraña tanta insistencia, pero no podía comprometer mi plan, así que lo acepté. Al cabo de los minutos me sentí mareada y no lo dudé: aprovechando que Iván

estaba en la ducha, lo devolví todo en el fregadero.

»El efecto de lo que fuera que tuviera el pastel me duró bastante; sin embargo, cuando nos volvimos a enfrentar, pude vencerlo antes de que me asfixiara. Cayó desplomado delante de mí.

»Si lo pensáis con calma, si yo no hubiera actuado, él me hubiera matado. Ya me había drogado con el dulce. Si no lo llego a vomitar…

Ester observa a Marta en silencio, tratando de asimilar las palabras que acaba de escuchar. Esta no es una historia de violencia sin razón, de locura sin sentido. Es la historia de un control absoluto, de una manipulación que se extiende más allá de lo que cualquier persona podría anticipar.

—¿Sabes lo que yo creo, Marta? Que tú has querido cerrar tu propio círculo. Necesitabas que tu mundo volviera a estar bien y, para ello, te has corrompido. Has mentido. ¿Y sabes lo que ocurre con las mentiras? Que caen por su propio peso: son imperfectas —concluye, mirándola con una mezcla de compasión y desaprobación.

—Y reza para que el disparo no haya sido mortal —añade la inspectora, fría.

A continuación, le lee sus derechos y sale, seguida por Tomás. No puede estar ni un minuto más con esa chica en la misma habitación.

—¡¡No me arrepiento!! —les chilla antes de que la puerta se cierre tras ellos—. ¡¡Ojalá el tiro haya sido certero y no vuelva a ver la luz del sol!!

La inspectora se para un momento y suelta el aire que no sabía que estaba reteniendo. Han sido casi dos horas de interrogatorios.

—Dame un momento. Necesito enjuagarme la cara —le pide Ester a su compañero.

Al cabo de un rato, la inspectora sale del servicio, ya más despejada.

Tomás se acerca a Ester, que sigue pensando en las palabras de Marta. Su mente se desplaza hacia un lugar oscuro, tratando de encontrar respuestas a lo inexplicable.

—En esta ocasión, Iván no ha sido el líder —murmura Tomás, como si intentara ordenar sus pensamientos en voz alta—, sino Marta. Ella lo ha manipulado todo. Juanjo solo ha sido una pieza más, un peón en su juego. Juanjo nunca ha sido cómplice de Iván…

Ester asiente lentamente, sus ojos permanecen clavados en las puertas cerradas que tiene delante. La revelación le da una sensación de vértigo, pero también un tipo de claridad, como si finalmente la última pieza del rompecabezas hubiera encajado.

—Es extraño… —dice Ester, pensativa—. Juanjo se perdió en ella y en sus motivaciones. En la necesidad de sentir que pertenecía a algún sitio, que se podía justificar todo por el dolor que sentían. Y Marta… Marta siempre ha sido el motor, el cerebro detrás de todo. ¿Por qué, Tomás? ¿Qué puede conducir a una persona a comportarse así? —Ester siente una lástima repentina concentrándose en su pecho.

Tomás la mira en silencio, sabiendo que la respuesta no será fácil de encontrar. Pero lo que sí sabe es que todo esto no termina aquí. La mente humana, con su capacidad para el mal y el control, ha dejado una marca indeleble.

—El dolor, la desesperación… Ha sufrido una ruptura profunda, algo que la ha llevado a perder el control de sus propios pensamientos y acciones. Su mundo entero ha cambiado en un abrir y cerrar de ojos, paralizándola. Es como si su mente hubiera llegado a un punto donde todo se ha desbordado, donde la lógica y la moralidad ya no eran suficientes para frenar su impulso destructivo —comenta al fin.

—Hola, chicos —saluda Javier, que acaba de llegar.

Su cara de circunstancias, blanquecina y algo demacrada, no anticipa nada bueno.

—Gloria ha muerto —les anuncia—. La bala le seccionó la arteria femoral y no han podido

hacer nada por ella.

Ester y Tomás agachan la cabeza, desolados. Si el futuro de Marta pintaba mal, ahora no hay nada que puedan hacer por ayudar a que se restablezca. Le espera una vida en prisión.

—Por favor, dadle vosotros la noticia a los padres. No me veo capaz ahora mismo —confiesa Ester, que ha perdido el color del rostro.

—Iban a llamarlos desde el hospital, pero he pedido ser yo quien hable con ellos. No te preocupes, que me encargo ahora mismo —explica Javier—. Por cierto, aquí traigo la maleta que Juanjo os ha dicho. Está todo lo que nos han contado —añade.

—Muchas gracias, Javier. Tendremos que analizar todo. ¿Cómo está Iván? —pregunta Ester.

—Bien, fuera de peligro. Estaba ya estabilizado cuando me he ido.

Javier se despide y se lleva la maleta. Tienen mucho trabajo por delante, pero ahora, al menos, han salvado una vida.

Ester suspira y apoya la cabeza en el hombro de su compañero. Habrá más investigaciones, más preguntas por responder. Pero, por ahora, tienen un primer paso hacia la verdad.

EPÍLOGO

UNOS MESES DESPUÉS

Iván, Marta y Juanjo están en prisión preventiva, a espera de juicio. El padre de Marta, en libertad bajo fianza, podría tener que pagar una sanción por haber ayudado a Gloria a blanquear dinero. Los nervios por no saber si tendrá que entrar en prisión lo ahogan. En el juicio se decidirá su futuro.

En la *deep web* han encontrado auténticas barbaridades. Además, el diario de Iván y su portátil son pruebas irrefutables contra él y contra Fernando, su padre. No pisarán la calle durante bastantes años.

El tiempo va lento en prisión. Marta pasa las horas mirando el techo de su celda, con la luz fría de la mañana filtrándose por las pequeñas rendijas. Todavía siente el peso de todo lo que ha vivido, como si las paredes de la cárcel se estrecharan un poco más cada día. A veces, los recuerdos de Iván se vuelven más nítidos, como si su presencia estuviera en cada rincón de la prisión. Sin embargo, el arrepentimiento no llega. «Ojalá te hubiera matado a ti también», desea cada día. Aunque siente consuelo al pensar que, gracias a lo que ella encontró en ese armario, él pasará bastante tiempo a la sombra, encerrado.

Juanjo, por su parte, se mantiene distante, alejado de los demás reclusos, pero su mirada ya no es la misma.

El arrepentimiento, aunque tardío, lo alcanza con la misma intensidad que el miedo. Sabe que la verdad no puede ocultarse, y aunque su traición hacia Marta lo persigue, algo más grande lo atenaza ahora: el temor a lo que vendrá cuando el juicio se celebre. Está cerca y, con él, la última posibilidad de encerrar todo lo que ha sucedido en un rincón del pasado. Todos sabrán lo que ha hecho. La vergüenza lo abruma.

Mientras tanto, en la parte sur de la ciudad, Tomás, que acaba de volver de Madrid de ver a su hermano, va a recoger a Mónica y a Javier. Tienen una visita muy importante que hacer. Después de todo lo vivido con Rachel y las hermanas, el subinspector se ha dado cuenta de que la vida puede sorprenderte de un momento a otro. Cuando le devolvió la llamada a su hermano, hace ahora varios meses, Antonio le contó que se estaba muriendo y le pidió perdón por todo el daño que había causado y por romper el vínculo familiar que los unía. El subinspector no dudó en visitarlo y reconciliarse. Ahora, además, estaba empezando algo con Mónica. Su sonrisa se ensancha cuando la pelirroja entra en el coche.

—Hola, bonito —saluda Mónica, dándole un beso en los labios.

—Bonito me siento cuando estoy a tu lado —le contesta él, sonriente.

Ambos se sonrojan, tímidos de repente, y Tomás acelera para acercarse a por Javier.

La casa de la inspectora huele a hogar. Ester aprovecha que ya se ha instalado el frío en Granada para hacer sopa. Es su plato favorito del invierno y siempre hace croquetas con la carne que le sobra.

Su marido, Arturo, tenía un juicio temprano, así que aprovecha su soledad para poner música y bailar mientras cocina.

La inspectora deja que la música la envuelva, moviéndose ligeramente siguiendo el ritmo mientras la olla burbujea suavemente en el fuego. El sonido de la guitarra eléctrica se mezcla con la melodía, una especie de refugio de la rutina diaria. En ese instante, todo parece olvidarse: los juicios, las sombras que acechan desde el otro lado de la puerta. Bailar, aunque sea por unos minutos, le recuerda que todavía hay algo que la sostiene fuera de este caos.

Últimamente, eso es lo que más la ayuda a no pensar en los juicios venideros. Tiene ganas de que lleguen, pero sabe que debe mantener la calma. No puede alterarse.

De repente, el timbre la sobresalta. Reduce el fuego, baja el volumen de la música y se acerca a abrir.

—¿Quién es? —pregunta.

—Tomás.

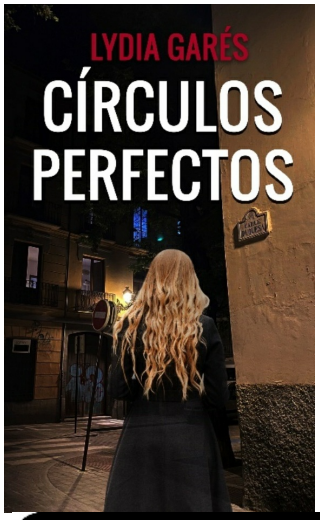
Su compañero viene junto con Javier y Mónica. Traen un peluche gigante y un ramo de flores.

—Venimos a verte y a mimarte para que no le falte nada a ese sobrino que nos traes —dice Mónica, adelantándose para tocar la barriga de Ester, que pronto dará a luz.

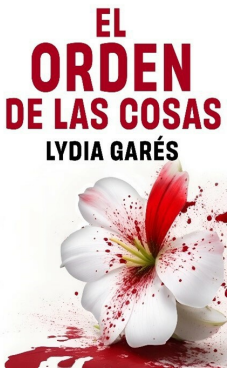
¿TE HA GUSTADO?

Tu apoyo significa muchísimo para mí. Si te ha gustado, me encantaría que dejaras tu reseña en Amazon. ¡Leer vuestros comentarios me hace mucha ilusión!

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



COMPRA AQUÍ



COMPRA AQUÍ

AGRADECIMIENTOS

Esta es la parte que más me gusta leer en todos los libros y la que más disfruto escribiendo.

Con esta novela he tenido tantos altibajos… Quería publicarla en 2023, por lo que desde ya GRACIAS a todos mis maravillosos lectores por vuestra encomiable paciencia. Espero y deseo que os haya gustado mucho y que la hayáis disfrutado hasta el final.

Gracias por cada mensaje privado, por cada palabra de ánimo, por cada reseña. Me hacéis grande y, lo más importante, me dais la fuerza que a veces me falta para continuar con mi sueño de ser escritora.

No voy a mentir: han sido dos años difíciles en los que he estado a punto de dejarlo todo. Luchar con los demonios que a veces viven en mi cabeza es muy complicado; sin embargo, aquí entra mi maravillosa familia, mi pareja y mis amigos también. Gracias a cada uno de ellos por sus ánimos siempre, por ver en mí lo que yo soy incapaz de percibir y por animarme a seguir adelante.

En este punto, quiero mencionar especialmente a Pablo, mi prometido. Gracias, mi amor, por tanto. Me

iluminas cada día y me haces sentir especial y admirada. Te quiero mucho.

No puedo olvidarme de mis maravillosos lectores cero: Javier Fernández, Mónica Campos, Ángela Sánchez, Encar Poyatos y Cynthia García. GRACIAS por todos y cada uno de vuestros consejos, de vuestras sugerencias y por vuestra magnífica labor. Siempre lo digo y siempre lo defenderé: sin lectores cero, el libro no sería el mismo.

Además, no sois simplemente mis lectores beta… sois mis amigos. Y no puedo estar más orgullosa de ello. GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS.

Especial mención también a mi correctora y amiga, Vanesa Paredes, que me ha ayudado a que el libro brille.

Y, por último, y no menos importante, esta obra se la dedico a mi abuela también. 2024 no ha sido un año fácil, pero la ilusión que a mí me hace verte sentadilla en tu sillón y que me mires con admiración y amor… eso no lo cambio por nada. No sabes leer, pero ya me encargaré yo en esta vida y en todas las que vengan de que sepas que te quiero con locura y de que me das fuerza hasta cuando no te das cuenta. El abuelillo se nos ha ido, pero siempre, siempre, siempre va a estar con nosotros. De muchas formas. Os quiero, abuelos.

SOBRE LA AUTORA

Lydia nació en Villanueva del Trabuco, Málaga. Desde pequeña ha tenido pasión por la literatura, la escritura y los idiomas, lo que la llevó a estudiar un grado en Estudios Ingleses en Granada. La ciudad de la Alhambra la conquistó de tal manera que, no solo vive ahí en la actualidad, sino que ha decidido inspirar su obra en la mágica ciudad.

También es una apasionada de los gatos y una orgullosa mamá gatuna de nueve: Neko, Mini, Rubio, Felipe, Bicho (o Chillin, como más os guste), Ares, Noa, Kiwi y Kuro (o Chico/Choco). Son su dosis de energía y alegría diarias.

Si queréis seguirle la pista, ella estará encantada de hablar con vosotros por Instagram, donde a veces publica reseñas, fotos de gatos y hace promoción de su obra.

@lydiagares